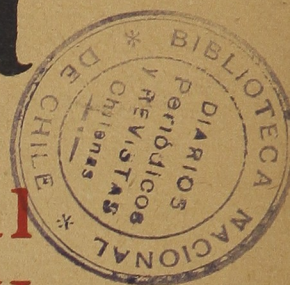


Año I

Núm. 6

Atenea

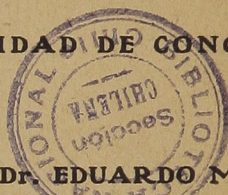
~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~



PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



SUMARIO: Dr. **EDUARDO MOORE:** *La mujer de ciencia* □ **LUIS D. CRUZ OCAMPO:** *En torno al feminismo* □ **ARMANDO DONOSO:** *Totila Albert, un escultor original* □ **GABRIELA MISTRAL:** *La casa del Señor* □ **Dr. RODOLFO OROZ S.:** *La enseñanza de la filosofía en nuestros días* □ **IGNACIO VERDUGO CAVADA:** *El Tesoro* □ **Hombres, Ideas y Libros:** **JULIO MONTEBRUNO LÓPEZ:** *Discurso pronunciado en la celebración del Centenario del Liceo de Concepción* □ *Un juicio de Paul Hazard sobre nuestra Revista* □ *Centenario del Liceo de Concepción* □ **ANDRÉ MAUROIS:** *Ariel o la vida de Shelley. (conclusión)*



625-1

Universidad de Concepción. Chile
Precio: \$ 3.00 ~ ~ Septiembre, 1924

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).

EDITOR Y AGENTE GENERAL: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO I

SEPTIEMBRE DE 1924

NÚM. 6

Dr. Eduardo Moore

La mujer de ciencia

(Conferencia pronunciada en la Universidad del Estado, el 17 de Octubre de 1923).



AS alumnas estudiantes de Medicina han querido formar un Centro con el laudable propósito de apoyarse mutuamente, de conocerse entre sí y de progresar en sus estudios; han deseado ser auspicadas por su Alma Mater—la Universidad—y por el apoyo moral de sus Directores Honorarios entre los cuales se honra el que habla; han pedido que uno de nosotros dé a conocer, ante la opinión, la creación de este Centro y esa es la razón de esta Conferencia. La Facultad de Medicina, que se ha inspirado en crear una extensión universitaria también me autoriza para dirigirlos la palabra.

Leocadio Hearn, irlandés, descendiente de celta y de griega, profesor de inglés en la Universidad de Tokio, donde residió largo tiempo, casado con japonesa, escribió un libro sobre proyectos de interpretación del alma japonesa. Y no creyó alcanzar a comprender al alma oriental. ¿Podría, preguntó, cualquier observador interpretar el modo de pensar, la mentalidad de la mujer de cualesquier país? Quizás pudiera comprenderse los sentimientos de una madre—que orienta, y su recuerdo se tiene siempre vívido en sí mismo,—que tanta influencia ejerce en los actos que han formado la vida;—podría interpretarse el sentimiento de una hermana, las dulzuras de las propias hijas, de la esposa; pero muy poco más.

El autor de «La Educación de sí Mismo», doctor Paul Dubois de la Universidad de Berna dice: «El médico, el más íntimo de los confesores, comprueba

cada día que sus condiciones se ensanchan cuando se pone a profundizar el alma humana». Son los médicos los que estudiando la mentalidad de la mujer, en sus distintas actividades, y sobretudo en sus clientes, los que pueden interpretar el alma femenina. Con más razón, la mujer que estudia medicina será la que puede conocer a otra mujer. Las que no estudian ciencia, crecen, viven, se desarrollan y mueren, experimentando las ternuras de su madre o de sus hijas, la amistad de sus hermanas y de alguna que otra de sus relaciones, sin poder jamás entender el alma de las demás mujeres.

El hombre que, en sus relaciones sociales, trata en salones a la mujer, a la novia, a su esposa, hijas, hermanas y relacionadas, tampoco conoce a la mujer.

Mientras tanto el médico cada día aprende a conocerla más y más, y cada vez se asombra de aprender, y pasa de un asombro a otro, al oír las confidencias de sus clientes, preguntándose a veces si el sueña. «Si traicionase sus secretos médicos, dice Dubois, no sería creído o, a lo menos, lo tacharían de exagerado».

No nos extrañemos, pues, del absoluto desconocimiento que se tiene de la mentalidad femenina, a la que se eleva a veces a los cielos, como lo hizo Aristóteles,—que rindió un culto de Diosa a su esposa en su tumba—a punto de exponerse a ser condenado a muerte por sacrilego, o Augusto Comte, que comprendió la inteligencia, la colaboración de la mujer; y otras veces al suelo, como lo hicieron los misógenos, Moebius y Schopenhauer, que las relegaron a la condición más infeliz. Son novelistas los que hablan sobre la mujer, los que por adquirir fama o adquirir dinero, pintan a una mujer rara, porque en la singularidad de los relatos está lo que hoy día se llama originalidad; escriben como les ha ido en la feria, o lo que dice la chismografía o su imaginación. En los Biógrafos se vé lo que más interesa al público y no la verdad real. Y la mujer, cuando escribe sobre ellas, no está capacitada para comprender otros matices de la sensibilidad e intelectualidad femenina que los que ella posee. Pero si esa mujer estudia las funciones de la vida, la magnífica estructura del cuerpo humano, las funciones cerebrales, y si ella lee en el alma sincera—como es la de la doliente—entonces puede interpretar el alma de las de su sexo.

El médico, y en especial la mujer dedicada a la Medicina, estudia la psicología de la mujer desde la que vive en la choza, en el campo, o en los conventillos de la ciudad; de la mujer con todas sus inquietudes; sigue a la que se inicia en su primer amor y hasta que llega a ser madre; a la hija que se desarrolla; a las hermanas, a las maestras como a las monjas y si además tiene el honor de ser la formadora de un hogar, se deduce que la mujer de ciencia es la más preparada para conocerse a sí misma y a sus congéneres, y es la más preparada, entre todas las mujeres, para ser la verdadera cuna de la humanidad.

Si la sociedad, sean gobernantes, políticos o sociólogos no comprenden a la mujer no es por culpa de ella: está cohibida por la falta de iniciativas a que la ha reducido el hombre, por la ninguna libertad en que desarrolla su espíritu, con el prejuicio que no es habilidosa ni capaz de pensar como el hombre. Tampoco los inquilinos de los campos, se manifiestan tal como su naturaleza les permitiera desarrollarse; sin embargo admiramos sus salidas geniales, su profundo buen

sentido y la facilidad con que hacen ganar dinero, a sus amos; y observadores con libertad de pensar, sin sugerencias previas, han demostrado que cuando los inquilinos han sido liberados de tutelas, y bien alimentados y han adquirido independencia económica, resultan grandes patriotas y padres de genios, si es que ellos mismos no han probado ser hombres de criterio superior. Así la mujer, que vive tiranizada por el temor infundido por sus padres, por el peso del prejuicio, educada con tal deficiencia que no obtiene la instrucción que le daría razón fundamentada a su virtud, apagada, educada—por lo menos en nuestra sociedad—contra viento y marea—oyendo aún apóstrofes de «muy sabida» de «pedagoga» y otros denuestos, esa mujer y las hijas de ella y las descendientes de esa extirpe serán pusilámines, apocados, sin fe en sí mismas, incapaces de luchar por la vida y sin dejarlas que comprendan el gran rol que desempeña en la formación de la raza. Tiene todo lo que le dan los instintos, pero carece de la adaptación al medio ambiente que es la tercera condición del carácter, porque en verdad no tiene un medio ambiente adecuado. Colocamos a la herencia como el primer factor que determina el carácter, y la herencia le es desfavorable, porque desde la más remota antigüedad se hereda la creencia trasmitida de padre a hijo que la mujer es inferior al hombre y ella se ha habituado a creer que es así. La educación, el segundo factor que determina la formación del carácter, no se le suministra porque únicamente se le da instrucción. Si estos tres únicos factores apenas influyen en la mujer, no nos extrañemos de que se considere al sexo femenino como otro reino distinto al de los hombres. Concordando con mi profunda convicción creo que ellos, al dictar las leyes y con su aplicación creando las costumbres, han dictado lo que cuadra a sus beneficios, goces y placeres, dejando a un lado la equidad y recluyendo a la mujer a un rincón de donde sacarla cuando les convenga. No han hecho leyes derivadas de las costumbres, que serían perdurables.

Al recorrer los claustros de la Escuela de Medicina y los patios de los Hospitales de enseñanza, se observa que las mujeres estudiantes, recorren tímidas, se arrinconan en los asientos, buscan los lugares que les dejan en las aulas, contestan a sus Profesores como un reo ante el Tribunal, sin tener libertad para darle desarrollo a su inteligencia y contribuir, a la par que sus compañeros, al mejor progreso de sus estudios. Esta situación debe terminar, y el Centro de Estudiantes de Medicina quiere reaccionar, y trabaja por una evolución de equidad y de justicia en la que acompañan alguno de sus Profesores con toda decisión. Pero quieren probar además que también son mujeres, y muy femeninas y que respetando las verdaderas cualidades del hombre, desean ellas que se les respete, y se les reconozcan sus verdaderas cualidades de mujeres: ser mujer de ciencia no excluye a que sean muy femeninas. Por eso es que el día de hoy en el que sale a luz una nueva corporación cultural, es un día histórico.

La primera vez que en Chile se ha formado un Centro Femenino de Medicina, (pues las tentativas anteriores de agrupar Doctoras no llegaron a formar una Asociación) debe dejarse establecido que sus miembros quieren probar que lo trivial y lo rutinario, no existe como una característica de la mujer, sino de todo ser que vive aislado; se ha probado que cuando los hombres viven también confina-

dos se hacen rutinarios e intrigantes. Las socias de este centro han empezado por desterrar la palabrería en sus reuniones, para obtener resultados prácticos de sus discusiones, han suprimido los estatutos, o constituciones, reglamentos y demás cosas inútiles; cada acuerdo de la mayoría forma una ley hasta la próxima sesión,—que si por utilidad ese acuerdo perdura,—por él gobiernan sus actos y si se han convencido que no sirve a sus ideales lo modifican por otro: el acta de sus acuerdos es su constitución. Si todos los miembros del Parlamento tuvieran como ideal el bien público, las leyes servirían, y cuando puestas en uso no realizaran el propósito buscado se cambiarían por una nueva ley. Más vale hacer numerosas leyes y borrarlas cada vez que no sean útiles, que no dictar ninguna o dictarlas en largos plazos lo que es igual. Las demás Asociaciones Nacionales se constituyen para llenar los puestos, para dictarse una constitución en que los artículos y los incisos son discutidos hasta la saciedad, y después vienen los reglamentos, el más hablador—el que maneja más pomposamente la verboza lengua de Castilla—o el que histéricamente grita más fuerte ese es el *leader*, y este es Presidente, Vice, Secretario, Tesorero, dispone de la orientación social, ahoga a todos y cuando toda la palabrería vaciada para dictar los estatutos se ha agotado y ha querido ser el único inspirador moral, intelectual y material, mata y concluye la sociedad, dejando ante sus socios la desunión, el desapego y sentimiento de honda rivalidad. Las alumnas han tomado como norma en sus escasas discusiones considerar que toda refutación no es contradicción, que refutar es ayudar a construir y no a destruir.

• • •

La evolución en bien de la mujer vendrá y su mayor impulso será dado por la mujer de ciencia en forma serena y convincente, como es la característica de la ciencia: ellas saben que la ignorancia es la mayor desgracia que puede caer en la humanidad y que en las dulces ignorantes se ceban los libertinos.

• • •

Si el hombre se adapta al medio ambiente, y cuando el medio no le es favorable, hace que el medio se le adapte; es un factor industrial, a su vez, la mujer ha creado el hogar, ese medio social que da la estabilidad de la comunidad; es el factor moral.

• • •

El amor que todo lo crea ha formado la madre, la que con abnegación, con entusiasmo infinito, con valor sobre-humano cría, alimenta y educa a su hijo: la madre, pues, es la primera pedagoga, es también la primera mujer de ciencia, ella es la artista que ha esculpido al niño, y enamorada de su obra, presciente y aprende la manera de cuidar al hijo, de formarle el carácter, de enseñarle el amor

a su padre; el niño cuando ha saciado su hambre se extasia jugueteando con su madre: después con el padre, con los hermanos, con la nodriza; ha nacido pues del amor maternal, el paternal y el filial y se deriva de él el amor a los hermanos, a los vecinos, a los habitantes de su ciudad, a los de su raza, es decir el amor patrio. Quién desee mejorar la raza, educarla en grandes ideales tenerla sana y mantener vivo el amor patrio debe pensar que la primera maestra, la más grande educadora es la madre.

• • •

Si la madre estuviere instruída en los conocimientos de Fisiología, y de su aplicación, la Higiene, y de las exageraciones de las funciones de la vida, las enfermedades, entonces esta gran pedagoga, que es enfermera, monja de caridad y sembradora de virtudes, la madre, llenaría su altísima misión en favor de su hijo, y de los otros hijos de otras madres, produciendo más bienes que los que puede esperarse de todas las leyes de instrucción primaria y Códigos de Sanidad.

La mujer de ciencia es la verdadera madre del futuro. Don Antonio Ramón Cajal el gran sabio español, premiado por el premio Nobel, en una de sus tantas y variadas conferencias, decía que deploraba que en España, no se entusiasmara a la joven a estudiar ciencia, porque él distinguía a tres categorías de mujeres: la linajuda, la rica y la hacendosa. Que un hombre útil a la sociedad y en especial un sabio no podrá aceptar a la primera como compañera de su hogar, pues mientras él trabaja o investiga, ella, la linajuda, no tendría tiempo sino de ocuparse del almanaque de Gotha, o de visitar gente de alta alcurnia; que la rica se destinaría a conciertos, automóviles, alhajas y comprar pieles y otras actividades; pero ya que desgraciadamente no podría elegirse a la mujer de ciencia—que en otros países—ha acrescentado el brillo de los sabios y de la ciencia, debería contentarse en España con la hacendosa, mujer de ciencia al natural, y lista para asimilar e interesarse por todo lo que la ciencia y al progreso concierne.

• • •

Los que no atribuyen mentalidad a la mujer, aducen que ella no tiene genio, pero no niegan que ella ha engendrado a los genios; y el estudio nos demuestra que la primera célula origen tiene tantos cromosomas femeninos como masculinos, la mitad pues—a lo menos—corresponde, de ese genio, a la mujer.

• • •

Dicen que no puede manejar sus intereses ¿y quién sostiene la economía del hogar? ¿quién modela la vida íntima, educación, alimentación? Y pueden, sin embargo, manejar su fortuna y la de sus hijos los que juegan, beben y dilapidan!...

• • •

Pueden elegir ciudadanos, los que venden sus votos, los bebedores, pero no puede la que como leona defiende sus hijos, sus intereses, la que forma, cría y educa a los futuros ciudadanos. Se dice que es susceptible, que es veleta; pero olvidan que ese aparato señala la dirección del viento, y quién varía es el viento que empuja a la veleta; ella, la veleta, la mujer no cambia, él, el hombre, el viento, cambia.

• • •

Observemos la acción de tanta mujer en la Historia; Juana de Arco, Isabel la Católica, Madame Curie; sin ir tan lejos vemos que las Directoras de Liceos, administradoras de obras de beneficencia, etc. se desempeñan con talento y con acierto.

• • •

Tener corazón en el hombre, es tener coraje; en la mujer significa tener ternura, y esta es su superioridad. El hombre es orgulloso, quiere predominar; pero la mujer, si tiene vanidad, es porque quiere agradar. Es mejor tener la preocupación de agradar, porque este afán lleva a la perfección, crea la estética y el arte de la moda, que es una industria.

La industria, nació en el hogar, la creó la mujer para servir al hogar, el hombre la aprovechó, la sometió a la mecánica y obtuvo beneficios.

• • •

El instinto de la felicidad, el más fuerte de los de la especie humana, humaniza el hombre, pensando en la mujer; si busca dinero es para formar un hogar, para cuidar, educar y dar bienestar a sus hijos. Para la mujer el sentido de la felicidad reside en el amor; y sus lujos, sus encantos, el deseo de ser considerada, es para dar renombre a su hogar, bienestar a sus hijos, y recibir de su esposo el apoyo, el cariño, la exclusividad; el amor, y sólo este gran sentimiento, y concebido elevado, sincero, por sobre lo terrenal, «el amor es el alma de la naturaleza» Platón. Cuando la mujer ve que puede apoyar su cabeza en un pecho amigo, que tiene una otra parte de su propio ser a quien confiar sus cuíitas y faenas, que es correspondida con los mismos sentimientos que a ella la embargan, entonces ha realizado su felicidad. El fruto de ese amor es una consecuencia, es la cristalización de su felicidad, su ídolo, su Dios: es engendrado por el ser que ama; por ellos ha nacido el hogar: la mujer ha estabilizado la sociedad. Comprende su gran rol intuitivamente, y entonces todo lo que contribuya a dar brillo a su hogar, dinero, hermosura, virtudes, lujo, todos estos adyuvantes no le son indiferentes, y unida a su esposo, colabora de conjunto, pero aconseja, vigila, economiza, defiende.

Sin la mujer, el hombre tendería al retroceso; ella lo afina, lo endulza, le lima las púas, le debilita sus impulsos combativos—que hay que aminorar den-

tro de la disciplina social, sin la cual, todo sería un match de box,—le refrena sus tendencias poligámicas; lo hace más humano con los humanos y hasta con los brutos. Ella da la fama del hogar, ella sostiene las relaciones, da el tono de delicada cultura. Pero por encima de todo, perfecciona a sus hijos, en la salud, en la moral, y en la instrucción aún cuando ella no la haya conocido. Es pues, la mujer—y digámoslo muy alto por lo que a Chile concierne a lo menos—el factor más poderoso de selección, de regeneración de la raza. Ella silenciosamente, en el hogar—y así en todos los hogares—es la abeja que fabrica la miel, la que dá sólidas enseñanzas morales a sus hijas, que sabe serán futuras madres; a sus hijos que desea sean los verdaderos futuros ciudadanos,—los que van a regenerar a nuestra raza—porque la corrupción de los politiqueros, empuja más los males por venir sin divisar la tempestad que se cierne.

Las mujeres quieren hijos patriotas, y si hoy por voluntad de los hombres, las madres de héroes, de genios y de los ciudadanos no pueden elegir a los mejores ciudadanos en las urnas, es porque para ellos aún nada importa la moralidad como factor de elegir: ellas habrían elegido lo selecto entre lo selecto, el representante del ideal, los más justos, lo más moral, lo más patriota, el que desplegara mayor espíritu cívico. Ellas piden orden, respeto a la autoridad constituida, no entienden de la palabrería inútil la renovación de valores: la mujer de ciencia sabe que es una ley biológica la que sólo el cerebro comanda, a los músculos que nos mueven, a los sentidos que nos ayudan; que el cerebro nos dirige para procurarnos la armonía material y espiritual, y que sería imposible la marcha de un organismo, si al mismo tiempo mandaran otros órganos. Sabe también que si el cerebro consciente trabaja, hay cerebros inconscientes, para nuestros sentidos, que presiden el trabajo del corazón, el cual va a alimentar el cerebro—impulsando la sangre. Así también, una fuerza inconsciente, al parecer de los hombres, toma una parte muy activa en nuestra vida nacional, es la opinión pública, que forma una alma colectiva—conservada en los hogares y en los que la mujer es la autorizada guardiana.

* * *

La mujer tiene instinto constructor: la industria es de origen femenino. El hombre tiene más desarrollado el tipo destructor: las artes de la guerra.

* * *

El amor por aquellos que dependen de nosotros, los inferiores, está más desarrollado en la mujer, que posee la ternura en alto grado; también le pertenece el amor a sus superiores, la veneración, que exigiendo mayor respeto, le es más fácil a la mujer que siempre ha convivido con la obediencia, y con la admiración. El amor para con los iguales es propiedad de quien posee como cualidad innata la simpatía, la ternura, la bondad.

* * *

La pureza es dote natural en la mujer, no es un esfuerzo; así no conoce, le repugna la pornografía, y le hiere en lo más íntimo de su ser todo lenguaje grosero.

* * *

El hombre, no podría vivir donde no existiera la mujer, aunque no fuera sino para contemplarla y ser inspiradora de sus trabajos. Así recordamos que en su gran exploración polar Nansen, dice que durante los tres años de vivir en el hielo, el odio mutuo que se inspiraron los hombres, entre sí, fué tal, que cuando abandonaban el buque en las mañanas, para tomar un ejercicio, todos al salir del buque se dispersaban en dirección de los cuatro puntos cardinales, para no encontrarse, para no hablarse el uno con el otro. En las guerras, cuando los militares se ven obligados a estar lejos de la sociedad femenina, no se pueden tratar, no se toleran. Un solterón, es el más triste de los seres, y cuando no tiene una ocupación muy altruista y es ayudado en su obra por la mujer es un ser intratable. En cambio, la mujer, puede pasar sin el hombre y por eso la vemos que existe con tanta abnegación cuando es monja, profesora, Directora de obras de beneficencia.

* * *

Los grandes pensamientos vienen del corazón, y como es, precisamente la mujer más sentidora que el hombre, era de esperar que los más grandes productos de la inteligencia deberían venir de la mujer; si no los observamos es únicamente porque no se le ha permitido que su mente trabaje con la entera libertad que para sí la desea el hombre. La función crea el órgano; si no han usado las mujeres ni la atención ni la reflexión, para fijar los puntos que hay que observar, ni se las ha interesado en que graven ciertas ideas no pueden pues producir igual al hombre. Pero los que columbran en ellas el sentido de la intuición, que el hombre no posee, el que sabe que todo impulso o deseo crea un sentimiento, y que los sentimientos están más desarrollados en la mujer que en el hombre, por lo tanto las acciones deberán ser más completas, más sentidas, más perfectas en quien hay más sentimientos, es decir en la mujer; con esta cualidad se tiene más voluntad, más carácter. Lejos de estar destinada la mujer a crear pocas obras intelectuales, está construída, ella, la creadora de vida, a crear también producciones intelectuales y quizás si a producirlas más perfectas y sensibles, más humanas, más estables, más utilitarias y más idealistas que las emanadas del hombre.

* * *

Existe en la mujer un altruismo innato, y esa condición es la base de su enorme influencia social: encontrará en ella apoyo el débil, y no la teme el fuerte.

* * *

Si la mujer tuviera inferioridad mental, entonces también los hombres la tendrían porque los caracteres se heredan, y todo hombre es mitad mujer y entonces, a lo menos, la mitad del hombre sería inferior.

* * *

La mujer ha sido creada con timidez con un pánico espantoso. El hombre—por su actual mayor libertad y mayor fuerza física—es el que tiene mayores aptitudes para modificar el medio material, y la mujer para modificar el medio moral, pues vive más en lo afectivo, vive más con los seres íntimos. Pero otra cosa sería si la mujer viviera en contacto con el mundo; entonces sería tan capaz como el hombre. Hoy por hoy la mujer apenas conoce al hombre, por eso es tan engañada. Ella nace, crece, muere y el número de individuos con los cuales ha tenido que tratar es tan reducido, que en verdad nada conoce con respecto al alma masculina: conoció a su padre, a sus hermanos, a su esposo, a sus hijos.

* * *

Se ha hablado mucho de las relaciones del peso del cerebro del hombre en relación al de la mujer. Pero si se toma en cuenta la relación con el peso total de todo el cuerpo, siendo pues la mujer de menos peso, se observa que el cerebelo pesa un poco más en la mujer, y el lóbulo frontal muy poco más en el hombre. Pero aún en este caso, el almacenaje de las ideas puede grabarse lo mismo en células de menor volumen, así como una fotografía puede imprimirse en un cartón más grande y la misma en otro cartón de menores dimensiones. Grandes pensadores han tenido cerebros medianos, e idiotas grandes cerebros.

Por otra parte nadie ha podido medir el volumen total de la suma de células cerebrales en ambos sexos, la materia que *engrama* las ideas, comparada con la materia de sostén, que no entra en lo que ocupa el psiquismo.

* * *

Si el hombre tiene la facultad de crear, combinar, descubrir que visiblemente la ostenta, es porque siempre aceptó ideas en su cerebro, que al ser representadas con repetición formaron el deseo de crear y el impulso de ese sentimiento, dando como resultado la acción, la creación. Y como su gimnástica de razonamientos lo educó pesando el pro y el contra, también almacenó ideas—razones. Para que la mujer, escultora de la creación, pudiera en el terreno intelectual también producir obras intelectuales, hubiera sido necesario que se la instruyera, se la interesara en ideas que almacenar en sus células cerebrales, las que transformadas en sentimientos, modificadas por la inteligencia pudieran dar como resultado una acción, una creación.

Y esto no ha acontecido así; ha aceptado, y le han presentado un grupo determinado de ideas; y a pesar de todo, la ciencia, día a día señala nuevas mujeres geniales.

Pero el poder de recepción, de comprensión y de reproducción es igual a, hombre, y con esta ventaja: que en la escala de hombres y de mujeres mediocres son más torpes los hombres. Falta dar a la mujer la calidad de materias para que lo que recibe en su mente lo comprenda y lo reproduzca, y sea el material mismo que ha servido al hombre para igualar a su imaginación creadora.

También en la esfera del sentimiento el uno completa al otro, ambos son muy apasionados. Las pasiones del hombre son más violentas y más groseras y más pasajeras. Los sentimientos de las mujeres son más elevados, más delicados, más duraderos, de matices más finos, estéticos y morales. Lo mismo en la construcción de un edificio, al lado de la piedra tosca y la arena áspera que dan solidez, existe el cemento plástico, que une, modela y consolida.

La voluntad es superior en la mujer—¿Creen Uds. que si la mayoría de los estudiantes en la Escuela de Medicina hubiera sido de un 95% de mujeres, el 5% de hombres, restantes habrían formado un Centro Masculino de Medicina y solicitado la Universidad para su inauguración?

* * *

La mujer se ha habituado, a igual que el esclavo, el soldado, el inquilino, a considerar normal su situación de gran inferioridad, ante el hombre, cuando debiera formar parte de la dirección en el hogar, tal como no es un deprimido un Vice-presidente de sociedad, o un Delegado de Escuela con respecto al Rector, que son como colaboradores autónomos en sus repartimientos, y todavía esta dependencia no es absoluta, ni en todo orden de ideas.—Es menester desentenderse de la rutina, o tendencias o costumbres arraigadas de la humanidad, que las juzga sólo objetos de placer; lo que no ha sido desarraigado en dos mil años. El progreso ha sido en las ciencias no en los hábitos—Hoy mismo existen cerebros al parecer ilustrados que confunden la instrucción y educación de la mujer, con las tendencias a imitar al hombre, temen que ella pierda sus gracias, sus encantos—adornos que cree le pertenecen a sus sentidos exclusivamente—, y hasta dicen que no tienen sexo las estudiantas—Y yo me pregunto ¿si Aristóteles, Dante, Galileo, Newton, Leibnitz, Napoleón, Pasteur, Ramón y Cajal, que llenaron su cerebro de ideas, de obseciones, produciendo relámpagos de genio eran asexuados?

Los que conocen a la mujer, y muy especialmente el Doctor Paolo Mantegazza, senador romano, no toman en cuenta el espíritu masculino, de la mujer-hombre, amiga de variar en el matrimonio, divorciándose amenudo, como algunas de las mujeres de un país del norte. Esas son así, medias mujeres, no por estudiar, por ser de ciencia, nó; sino por un exceso de consideraciones que los hombres les han discernido, abusan de ellos porque dominan, así como el hombre abusa donde él domina.

Pero las mujeres, entre las que descuellan las descendientes americanas de pueblos latinos y especialmente las sud americanas, dice Mantegazza, sean comu-

nes o sean mujeres de ciencia sobresalen como hermosura de cuerpo y de alma a todas las demás mujeres.

* * *

Bajo la protección física del hombre que comandará, ella Jefe de Estado Mayor, dará la protección moral. «Es la directora de la familia, sin ruido dice Forel, y el hombre no es sino exteriormente el señor y amo de los fuertes músculos; hace gala de autoridad, pero la tenacidad, la perseverancia, la elasticidad, la justicia de la causa dan el verdadero comando a la mujer, porque el hombre impulsivo y violento en sus resoluciones, irresoluto, cede fácilmente».

* * *

La mujer tiene un juicio intuitivo o subconciente que le permite descubrir una verdad general y aplicarla, con solo lo que ha aprendido por sus propias observaciones; y esto lo hace sin tomar en cuenta las ideas abstractas: el sentido de la intuición dá una gran superioridad que pone en servicio de su propia protección y de su hijo.

* * *

El hombre y la mujer se completan en el conjunto; ni aquel puede abandonar su fuerza muscular que protege a su familia, ni esta sus variados matices morales, estéticos e intelectuales propios de su carácter de madre.

* * *

Todas las ocupaciones que semejan al papel de madre como enfermeras, maestras de escuela primaria para ambos sexos, directoras de establecimientos de caridad, de beneficencia o enseñanza, son propias—casi exclusivamente—de la mujer.

El papel de médico tiene mucho del altruismo, de los sentimientos de caridad, de piedad, de bondad que caracteriza a una madre; por eso es esta noble profesión compartida también con la mujer, es signo de un gran progreso y de beneficio para la colectividad. Las madres, y sus hijas especialmente, obtendrán un gran beneficio al poder consultar a una Doctora que sabe interpretar sus dolencias y su mentalidad.

Salas de Hospital con pacientes mujeres; dispensarios (que deben multiplicarse en el país) maternidades; crèches; gotas de leche; casas de expósitos; enseñanza a enfermeras, mujeres en Asociaciones de Cruz Rojas; propaganda en centros femeninos y muchas otras actividades se están reservadas a las futuras doctoras en Medicina; sin olvidar que en las ciencias de investigación, y de aplicación, las puertas son anchas, y ya algunas descuellan con brillo tanto en la ciencia pura en la enseñanza médica, como en el ejercicio de la profesión.

* * *

Hemos hablado del solterón en son despectivo, porque no busca a la mujer sino al objeto de placer, por lo general es también avaro. La solterona en Chile—no es globe-tratter—es una alma abnegada, segunda madre de los hijos de sus hermanos, la ecónoma de su hogar, la enfermera de los ajenos, es *altruista* y generosa:

* * *

Estudiar Medicina es un trabajo árduo, que exige del *alumno* contracción, abnegación, vida entregada enteramente al estudio y sacrificios sin cuento a la familia y al individuo. Para la *alumna* esta tarea es enorme, es entrar en terreno desconocido, en pugna contra su educación anterior. Cuando asistía al Liceo, estaba entre alumnas, dirigían su educación personas de su sexo. Pero hoy la dirigen Profesores y viven en contacto permanente con un compañerismo masculino, el que está acostumbrado a otras libertades, que hace sentir a sus compañeras una manera de ser a que no estaban habituadas; viven entre instrumentos de laboratorios, cadáveres, enfermos, produciendo en su mente una evolución desconocida y a la que nadie, las ha preparado paulatinamente: estudiar Medicina es para la mujer un acto de heroísmo, y por eso algunos Profesores aprecian debidamente sus grandes esfuerzos, y éste que habla por ellas, las entusiasma a perdurar en la escala ascendente de la ciencia, sin desmayar, y cuando lleguen a la meta—obteniendo su título profesional—digan «empezamos a ser útiles, no nos cohibamos y luchemos en bien del gran ideal que nos hemos forjado: *curar los enfermos y hacer avanzar la ciencia*».

Entre las ocho o diez únicas ideas directivas que el hombre posee durante su vida, la primera, en mi fila, es la elevación de la mujer, el respeto por ella y la certeza que es lo que más vale en este paraíso terrenal y que sólo por ella y con ellas se puede realizar grandes obras «l'amour pour principe, l'ordre pour base, le progrès pour but». Mi segunda idea directriz me dice que el peor enemigo del hombre es la ignorancia, no sólo porque «siempre ella es atrevida» sino por que, con las luces se ilumina el camino, que con educar a la mujer formamos hogares educados y estabilidad nacional y que entre esas educaciones la más útil es la enseñanza de la ciencia empezando por conocerse a sí mismo, es decir, conocer las funciones de su propia vida. Cuando la mujer sabe, tiene respeto a sí mismo, se apercibe con calma y con alta moralidad de la evolución de su vida entera, y con el conocimiento de la ciencia pone un rígido guardián para acentuar más la fe, (en su religión cuando la posee), en su moralidad y comprende el gran rol a que está llamada a desempeñar como creadora de vida, como consejera de las demás mujeres y como faro que alumbra a sus compatriotas. Sabe que el contagio del ejemplo se hace en virtud de la sugestibilidad, de la credulidad humana y entonces sabe pensar aisladamente apoyándose en su conciencia; porque la mentalidad del hombre aislado, difiere completamente de la que tiene cuando está arrastrado por las multitudes en el ciclón de las ideas ambientes, cuando se desarrollan las grandes catástrofes donde dominan la estupidéz moral con el egoísmo, huelgas, revoluciones, etc.

* * *

El conjunto de concepciones morales que existen en el entendimiento de un hombre, en un momento dado, y que le sirven de guía para la conducta de su vida, es decir, lo que se llama conciencia es una facultad que reina soberanamente en la mente de la mujer. Entre los hombres se dice que alguien no tiene conciencia, que otro la tiene delicada, otro atrofiada, otro la cultiva por la educación: varía de un individuo a otro como varía el carácter, y también es distinto de un pueblo a otro, según la mentalidad; en algunos existe la probidad comercial, la probidad científica, literaria, artística, etc., en otros la moral sexual es desconocida, en Chile la moralidad malsana, llamada criterio político es negación de la moral. Pero en la mujer la conciencia es una federación que comanda igualmente la moral comercial, la moral sexual, el respeto por la propiedad literaria, como existen todos los matices de la moral; y si por la herencia, o por el medio ambiente o por la educación—tres factores que forman el carácter—la conciencia estuviera debilitada bastarán algunos consejos prudentes, las ideas religiosas o morales para que la mujer cambie.

Hemos observado en nuestras clases, que al dar lecciones sobre Deontología médica, es decir, sobre moral profesional, clases que profesamos desde hace cinco años, cuando así se estableció en el Reglamento de la Escuela de Medicina, que las alumnas prestaron una gran atención, comentando y analizando con vivo interés lo que concierne al secreto profesional y demás deberes del médico con respecto a los enfermos. Es interesante ver como se arrebatan las dos páginas en que hemos condensado un código moral, copiado de lo que rige en Francia.

* * *

Es muy común observar que los jovencitos, son rebeldes a los consejos de sus maestros y aun de sus progenitores, y es menester mucha energía, y mucha repetición tocando los sentimientos más profundos del alma para que la idea moral se arraigue en el espíritu y rechace las ideas colectivas, extravagantes y libertarias de algunos histéricos. Sobre todo cuando se trata de la mujer, y del respeto que le es debido, no hacen sino mofas y ridículos; es menester llamarles al recuerdo que ellos nacen de una mujer, que han sido educados por ella, que es grato el respeto a su hermana, que el objeto de sus desvelos es una mujer, y que mujer será la madre de sus hijas para que los sentimientos vuelvan a la normalidad.

Eso jamás puede ser aceptado por la mente de una mujer de ciencia, y vice-versa sabe que el hombre es impulsivo, variable, áspero, débil, para estar sobre aviso y reforzar todas sus conquistas morales, y para ser benévola a fin de educarlo.

* * *

La educación de sí misma—necesidad imperiosa que debe afanarse por obtener todos los seres cultos—es la única disciplina que cultiva la mujer de ciencia, y después de muchos tanteos, de mucha observación, y de muy pocos con-

sejos y de ningún ejemplo. Porque no olvidemos que entre nosotros se empieza a instruir, pero no se educa en el verdadero sentido de la palabra. Ni los padres dan otras directivas morales, que las llamadas verdades de Pero Grullo, ni los maestros saben como abordar los problemas relacionados con la moral o con la educación, ni en los Liceos, ni en la Universidad se llama educación a otra cosa que los buenos modales, a la sonrisa, y a saberse callar a tiempo. Y pensar, señores, que la futura doctora tiene que ser una maestra ante cada cliente, un sacerdote que va a recibir todas sus inquietudes, una madre que va a consolar y siempre una amiga.

No desmayaremos nunca pues, al pedirles un esfuerzo inmenso en *la educación de sí misma*.

* * *

La única libertad que goza el hombre es la de poder reaccionar bajo la influencia de una idea, de poder obedecer a los móviles de su sensibilidad—es decir de sus pasiones—o de obedecer a los impulsos de su razón. Para luchar contra las pasiones, necesitamos un conjunto de propósitos morales a fin de que la balanza mental se incline de buen lado: sólo la educación en su sentido más amplio puede darnos esta perspicacia moral. *La educación de sí mismo*; cuando obtiene éxito nos liga a un ideal del bien; este ideal parece faltar a las generaciones presentes, porque aún la fe—que les aconseja su religión—está ahogada por las supersticiones. Resulta un malestar indecible de ese estado de alma transitorio. «Lo que le falta al hombre, dice el profesor Dubois, es una fe en un ideal de belleza moral, una atracción siempre a lo bueno, una adhesión siempre más completa a puntos de vista éticos que contribuyen a darle la felicidad sobre esta tierra, no la felicidad contingente dependiendo de circunstancias, sino la felicidad íntima que resulta únicamente de la armonía siempre creciente entre la conducta y la aspiración ideal».

* * *

La tolerancia que es una virtud que exigimos enérgicamente de nuestros adversarios, y que no la practicamos con respecto a ellos, es más fácil enseñarla a la mujer que al hombre, porque sin la tolerancia la «lucha por la existencia» observada en los animales, daría en el hombre la guerra a perpetuidad entre los individuos y esto no lo quiere la mujer. Es verdad que cuando media la simpatía todo es comprensible, porque como dice Goethe, «*toda comprensión mutua nos viene solamente por el amor*»; pero en la mujer el temor de hacer mal, el remordimiento de conciencia y los sentimientos morales priman para atenuar las intransigencias de los humanos. La mujer que crece, nace y muere en el claustro de su hogar es susceptible e intolerante: empieza por sufrir cuando no se le atiende igual a las demás; cuando se le saluda un día, con menos genuflexiones que el día anterior; cuando en las cartas con sus amigas se le dice una vez «estimada», cuando antes se le decía «aprecia

da» o «querida», etc., etc. Pero a medida que está en contacto con las demás, que sufre, que lucha, que conoce los sufrimientos y luchas ajenas, que se apercibe del goce de las demás cuando ella triunfa, a lo que ella corresponde; en una palabra, cuando se compenetra de la mentalidad general, abandona las pequeñeces, lo trivial, no se hiere por los juicios ajenos, le repugna los chismes, respira una atmósfera más elevada, se hace más humana y practica la tolerancia. Es especialmente con respecto a las opiniones de los demás que se debe ejercitar la tolerancia, y es respecto a la conducta de los demás que se debe practicar la indulgencia. Ser indulgente sobre todo con las demás mujeres, es respetar la fama de las de su sexo, es elevar su sentimiento y es retirar a una presa que iba a ser devorada por los chacales. Y es aún al frente del que delinque, de la persona caída, que debe emplearse toda la indulgencia, olvidando el pasado, cualquiera que él haya sido, para no pensar sino en el porvenir, conservando, sin embargo intacto en ella, el horror por el mal, la noción ideal por el bien.

• • •

Aún cuando la humanidad en nuestros tiempos es desconocida, es un adorno sobresaliente en la mujer; ser humilde no significa dejarse humillar. Significa ser sencilla, consciente del valor de su persona sin creerse, ni aún mentalmente, superior, en forma de tratar despectivamente a las que tienen menor instrucción. Una es orgullosa del nombre que lleva, o de la partícula que precede a su nombre, sin que ella haya hecho nada para adquirirlo ni para conservarlo intacto; otros distinguen una gran aristocracia y otra pequeña y se pavonean de ella; las que tienen o recibirán una buena herencia creen que con el dinero se compran méritos, virtudes, bellezas y talentos; también las que han cultivado su inteligencia suelen tener una aparente modestia sonriéndose de la imbecilidad humana y por fin se alimenta la mujer de orgullo cuando se cree hermosa estimando que tiene méritos de todo linaje, sin darse cuenta que el mundo dice «es bonita pero ella lo sabe».

No le es permitido a la mujer de talento sentirse superior a las demás porque ella no ha hecho su inteligencia sino que ella la ha recibido. Debe usar esta riqueza, y hacerla aumentar, por el bien de todos. Primeramente dar a su personalidad el mérito que ella puede obtener, y después ponerla al servicio de los demás; desarrollar sus virtudes, las aptitudes que han recibido, marchar siempre adelante en el perfeccionamiento de su personalidad.

Esta aristocracia no despertará envidias de nadie, tampoco tiene que temer a las revoluciones. El bien moral aumenta a medida que él se distribuye, al revés de las fortunas materiales. En 1909 el Profesor de Psiquiatría Dubois decía: *«Las clases llamadas cultivadas no tienen sino un solo medio para canalizar el torrente revolucionario, y es de enseñar la virtud, practicándola», y se preguntaba. ¿Es tiempo todavía?* Y yo a mi vez después de 30 años, me pregunto lo mismo. *«¿Es tiempo aun?»*

• • •

La moderación, la sinceridad, la bondad, la suponemos femeninas: cuando la representamos en una escultura, las suponemos mujeres. Son como la moneda adquisitiva, que con ella, se compran bienes equivalentes; quienes obran impulsadas por esas virtudes son también recompensadas; la base de ella es la verdad. Quien emplea la verdad es admirada por su franqueza, su sinceridad, su lealtad, y al ser remunerada por los mismos dotes se establece en la sociedad los más elevados móviles, el más inefable de los matices del sentido de la felicidad que es sentirse satisfecha y sembrar el agrado entre los demás.

* * *

Un día en París, en el Museo Carnavalet leí un autógrafo de Alejandro Dumas, hijo, que decía: «Comment se fait-il, les enfants étant si intelligents, que les hommes soient si bêtes?—(¿Cómo se explica que los niños siendo tan inteligentes, los hombres sean tan imbéciles?) Y él se contestaba «esto es debido a la educación». Los niños han recibido la primera y única educación de su madre, después son entregados a influencias educativas diversas, a la acción del medio ambiente, al contagio moral e intelectual que produce esta deformación gradual. La Escuela nos aplasta con conocimientos que apenas en una pequeña parte podemos utilizar, sobre carga nuestra memoria y aguza nuestra inteligencia con una lógica de fierro que cree pueda servirnos de arma en la lucha por la vida. No forma nuestros juicios, no estabiliza nuestros sentimientos, por el contrario, nos da a masticar opiniones ya construídas sin enseñarnos a apreciar su justicia. Pero Uds. saben que también uno de nuestros colegas el doctor Gustavo Le-Bon, dice que la lógica,—dos y dos son cuatro—puede servir para construir puentes, pero que la humanidad no se gobierna sino por impulso de los sentimientos, y una acción moral es el resultado de un sentimiento, el cual sin embargo puede ser modificado por la razón.

* * *

SEÑORITA PRESIDENTA DEL CENTRO FEMENINO DE MUJERES:

Decid a vuestras compañeras que vuestro Pregonero, al dar a conocer que ha nacido este nuevo ser a la luz de la opinión ilustrada, os pide tener presente el siguiente proyecto para inscribirlo en vuestras *actas*: *Para lanzarse en la vida en una fuerte carrera de partida inicial, es necesario elegir una plataforma sólida y nivelada, cuyos materiales la forman los conocimientos bien adquiridos de la ciencia unidos por el cemento de la razón; esta terraza soporta todos vuestros esfuerzos y al correr sobre ella estáis alumbrada por el cielo en donde brillan los consejos de vuestra madre, de vuestra conciencia, de los códigos morales de la sociedad, de vuestra fe que no excluye ninguna de vuestras creencias, y lanzaos con energía en carrera vertiginosa, con la frente alta y la mirada fija, al camino que os conduce al través de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello.*

DR. EDUARDO MOORE.

En torno al feminismo



A señora Amanda Labarca Hubertson, cuyos merecimientos no necesitan ser encarecidos, ha publicado un estudio sobre el feminismo en Chile (1) que no puede pasar sin un comentario. En efecto, la situación que la señora Labarca ocupa en la intelectualidad nacional, su alto prestigio de educadora y la participación activa que ha tenido en el movimiento feminista del país hacen que su palabra encuentre el más amplio eco en todos los círculos. Su opinión tiene, pues, una importancia que no podría ser desconocida. Ahora bien, si en estas condiciones la distinguida escritora emite ideas, no diré falsas, pero por lo menos no completamente exactas, se corre el peligro de arraigar poderosamente en los espíritus algunos elementos de juicio que pueden llevar a conclusiones inesperadas y deplorables.

El feminismo se discute desde hace mucho tiempo entre nosotros; pero, por regla general, la cuestión se ha mantenido en el terreno de las aspiraciones sentimentales o se ha considerado únicamente desde un punto de vista limitado que no permite tener una idea exacta de lo que en realidad es el difícil problema social planteado por el feminismo. Diversas propagandistas extranjeras, desde la señora Concepción Gimeno de Flaquer hasta la condesa Paci, se han dado la molestia de recorrer el país para demostrar en forma realmente admirable un conmovedor desconocimiento de la cuestión. Su feminismo se ha reducido a repetir cuatro o cinco lugares comunes respecto a la legislación, la igualdad de derechos o las obras debidas a la iniciativa femenina tan brillantemente empezadas en el Paraíso. En fin, se ha tratado de todo menos, naturalmente, de aquellas cosas que forman el verdadero nudo del problema, Nada de estudiar hasta qué punto la diversidad de la vida fisiológica determina en el hombre y la mujer aptitudes particulares que necesitan reflejarse en legislaciones diversas para cada sexo; nada de ocuparse de las consecuencias que puede acarrear la inesperada oferta de brazos para el trabajo, la baja de los salarios etc., etc., y nada de estudiar tampoco, con espíritu científico, si las ventajas que se obtienen con la nueva actividad femenina pueden traer inconvenientes para el desarrollo o educación de

(1) «Atenea» N.º 5 pág. 376.

los hijos, ni de la manera práctica de evitar esas posibles dificultades. En una palabra, para no formular aquí toda la larga serie de problemas que suscita la cuestión, basta recordar que sólo se ha considerado el aspecto superficial y sentimental del feminismo.

La propaganda feminista nacional se ha orientado también por este mismo camino. Y aun los más entusiastas defensores de la doctrina continúan repitiendo periódicamente los mismos errores acerca de nuestra legislación y discurriendo en torno a las mismas vaguedades para alimentar en las gentes los mismos sentimientos confusos.

...

Empieza la señora Labarca su estudio sobre el feminismo con una poética descripción de la vida familiar de antaño. El hogar era entonces un núcleo de labor y de producción gobernado suavemente por «el patriarca», papel que desempeñaba, por regla general, el abuelo. Cada casa era un pequeño taller en el que se fabricaban los más heterogéneos productos: tejidos, ponchos, huesillos, tapices, orejones, cirios, arropo etc., etc. Unida así la familia bajo la protección del «patriarca», y entregada a estas labores comunes, servía y bastaba a todas las necesidades. Pero el capitalismo vino a quebrantar esta tranquila seguridad familiar y forzó al hombre a abandonar la protección que antaño prestaba a la mujer en su familia. Por esta circunstancia, la mujer se ha visto en la necesidad de salir fuera del hogar en busca de más amplios medios de vida. Para esto le es necesario también que se modifique la situación que le dieron las leyes de aquella época y especialmente el Código Civil, que, según la señora Labarca, impone o consagra la organización que denomina «patriarcal». En consecuencia, para la autora el feminismo ha sido producido por el quebrantamiento de la vida de hogar en la que el hombre daba protección a la mujer; y este quebrantamiento a su vez a sido producido por el capitalismo.

Es indudable que el capitalismo ejerce influjo sobre la cuestión feminista, especialmente en lo que se refiere a las condiciones del trabajo de la mujer, al salario, etc., etc. Más aun, es posible que haya agravado el problema, añadiéndole nuevas complicaciones; pero de todos modos, la cuestión feminista en lo que tiene de fundamental, en la igualdad de derechos de los dos sexos, estaba planteada ya muy claramente en tiempos de Platón (1). Y mucho tiempo antes, en Egipto, la mujer tenía no sólo la libre administración de sus bienes sino que era la única que manejaba todos los negocios de la familia, mientras los hombres tejían, cosían e hilaban (2). Durante la segunda dinastía, el sucesor de Kaku, dictó una ley que permitía a la mujer el ejercicio de todos los cargos públicos, incluso la realeza. El predominio de la mujer duró en Egipto hasta la conquista macedónica.

(1) Platón.—La República Coloquio.—V Edic. Madrid 1918.

(2) Herodoto.—Los Nueve Libros de la Historia.—XXXV pág. 163 Edic. Madrid 1912.

En la misma obra de Joly, citada por la señora Labarca, se transcribe la opinión de Paul Viollet acerca de la situación de la mujer en la Edad Media. Allí puede verse que la mujer casada en lo que hace a la administración de los bienes era igual a la del marido. Al mismo tiempo poseía derechos políticos para los asuntos que interesaban a la comuna. Podía, además, comerciar libremente y entablar acciones judiciales sin autorización alguna del marido (1).

Los ejemplos podrían multiplicarse; pero lo expuesto basta para dar una idea de lo que ocurría antes del capitalismo, y, especialmente, en la época en que el hogar era un centro de producción y la familia vivía realmente agrupada en torno a un jefe. Se hace difícil, pues, creer que si la mujer reclama ahora el régimen de libre administración en el matrimonio o el derecho de voto u otras reformas legales lo hace, porque la vida del hogar «patriarcal» ha sido destruida por el capitalismo. Además, si el feminismo derivara de la necesidad de reemplazar la perdida protección del jefe de familia se limitaría a pedir lo que fuera conducente a ese fin. Sin embargo el programa del feminismo comprende puntos muy variados y que no tienen relación con la supuesta falta de protección.

* * *

La señora Labarca sostiene que nuestro Código Civil impone o consagra el régimen de vida familiar que ella llama «patriarcal». Con esta expresión la autora quiere significar que la familia, compuesta de los hijos, nueras, yernos, nietos, etc., etc., vive toda junto a un jefe común, generalmente el abuelo y a costa de éste. Ahora bien, es exacto que nuestra legislación establece o contempla en sus disposiciones una organización semejante? Sin vacilaciones puede contestarse que el Código no contempla tal institución. Veamos, sin embargo, lo que dicen las disposiciones de donde la señora Labarca infiere sus conclusiones. «Nuestro Código Civil—dice la autora—robustece la autoridad del hombre jefe de familia. Le confiere derechos tan amplios como eran amplias sus responsabilidades: hizo de la mujer lo que era realmente, una menor, una eterna protegida. La minoría de esta es un derecho que la ley concede a la mujer, derecho que está asegurado por un deber del hombre: la protección. Bien claro lo estipula el artículo 131 del Código Civil: «la mujer debe obediencia al marido; este protección a la mujer». Tal protección—añade—se extiende a la parentela. Según el artículo 321 de la misma compilación se deben alimentos al cónyuge, a los ascendientes y descendientes legítimos, a los padres naturales, a los hijos naturales y su posteridad legítima, a los hermanos, etc., etc.» En estas líneas se condensa toda la doctrina que sirve a la señora Labarca para sus críticas a la legislación.

Desde luego, se puede ver que la señora Labarca aplica como norma para juzgar la situación de la mujer en general lo que la ley establece únicamente

(1) Henri Joly.—*Le Droit Feminin* pág. 151. París 1922.

para la mujer casada. Pasa así constantemente en sus argumentaciones de lo particular a lo general; y todavía, como si esta no fuera suficiente causa de error, al juzgar la misma situación de la mujer casada olvida el régimen de separación de bienes y el de las capitulaciones matrimoniales que permiten variadas formas de administración dentro del matrimonio.

La disposición del artículo 131 de nuestro Código, que establece el principio de la obediencia de la mujer y de la protección del marido, ha sido siempre atacada rudamente por las feministas. Pero la verdad es que se hace en torno a este principio moral más bulla que la necesaria; y hasta sería curioso averiguar si se ha presentado algún caso de una mujer que haya obedecido a su marido. Además, la protección que este artículo establece no es la causa de que el marido tenga la administración de los bienes de la mujer. La protección no significa la administración de los bienes. Y aun es natural que este deber de protección subsista cualquiera que sea el régimen de la sociedad conyugal. Por otra parte la señora Labarca supone que el artículo 321 impone al marido la obligación de alimentar a todas las personas señaladas en él. Sin embargo, la verdad es que esta obligación es recíproca; de modo que los alimentos los debe el marido a la mujer y esta al marido, el padre a sus hijas y estas a su padre cuando estos o aquellos carecen de lo necesario para su subsistencia. No existe, pues, en el Código el reconocimiento de la organización «patriarcal» a que se refiere la señora Labarca. Además, la misma obligación de dar alimentos cesa naturalmente cuando el que está obligado por la ley a darlos no tiene como procurarlos. Si la señora Labarca hubiera querido prolongar su estudio del Código media página más adelante se habría encontrado con la disposición del artículo 329 que establece que para fijar la cuota de alimentos que debe darse en cada caso se tomará en cuenta la capacidad del deudor y sus circunstancias domésticas. Naturalmente el resto del estudio de la señora Labarca se resiente con las consecuencias que se sacan de este principio equivocado que le ha servido de punto de partida.

* * *

Después de haber establecido estas ideas preliminares, entra la señora Labarca en consideraciones acerca de las reformas que deben establecerse en nuestra legislación. Se refiere al programa mínimo elaborado por el Consejo Nacional de Mujeres. El aludido programa se compone de los puntos siguientes:

- 1.º Abolición de las incapacidades por razón de sexo;
- 2.º Concesión de la patria potestad a la madre en todos los casos en que falte el padre;
- 3.º Facultad de la mujer dentro o fuera del matrimonio de administrar sus propios bienes.

Respecto de la abolición de las incapacidades por razón de sexo cabe advertir que tal vez la señora Labarca les atribuye resultados exagerados. Así piensa que con la referida abolición «la mujer desposeída de la protección do-

méstica podrá actuar con esa independencia que requieren las responsabilidades que a menudo ha de echar sobre sus hombros». Para ver lo que de esta abolición se puede realmente esperar conviene recordar cuales son las incapacidades por razón de sexo que establece nuestra legislación. Ellas no son otras que las siguientes:

1.º Incapacidad para las tutelas o curadurías. Sin embargo, la mujer que no tiene marido vivo puede ser guardadora de sus descendientes legítimos o naturales; la mujer no divorciada puede ser guardadora de su marido interdicto por demencia o sordomudez y finalmente, la mujer casada que tiene marido vivo puede ser guardadora de sus hijos comunes cuando se le haya dado la administración de la sociedad conyugal de conformidad con lo dispuesto en el artículo 1758 del Código Civil. También la abuela materna o paterna puede ser guardadora de sus nietos.

2.º Incapacidad para ser testigo en un testamento solemne.

3.º En la trasmisión del censo, cuando en el acto constitutivo del mismo censo no se haya dispuesto otra cosa; el varón excluye a la hembra en cada grado.

4.º La mujer no puede ser corredor ni martillero.

Tenemos, pues, que si, en general, la mujer no puede ser tutora o curadora, existen excepciones para los casos que son de mayor ocurrencia. Por otra parte, las tutelas o curadurías no son muy abundantes ni nadie puede dedicarse a tutor o curador profesional. La facultad de poder presenciar válidamente el otorgamiento de un testamento solemne no parece que contribuirá con mucho a reemplazar el apoyo del hogar «patriarcal» ni facilitará la vida de la mujer. El censo es, por otra parte, una institución en absoluto desuso de modo que la abolición de esta incapacidad no podrá tampoco dar a la mujer nuevas probabilidades de ganarse la vida. La incapacidad de la mujer para ser corredor no le puede haber acarreado hasta ahora ningún perjuicio porque esos corredores de que habla la ley no existen en la práctica, y no son los que se conocen generalmente con el nombre de corredores de comercio, profesión esta última que la mujer puede desempeñar sin ningún obstáculo. La abolición de la prohibición de ser martillero será sin duda la única que podrá dar a la mujer alguna ganancia.

Todo lo dicho no quiere decir que me parezca que esas prohibiciones no deben ser abolidas. Muy por lo contrario estimo que deben eliminarse sin discusión; y no creo tampoco que haya alguna persona que crea necesario su mantenimiento. Solo he querido examinar hasta donde estas aboliciones servirán para alcanzar el que—como dice la señora Labarca—«las mujeres actúen con esa independencia que requieren las responsabilidades que a menudo ha de echar sobre sus hombros». Además, la rápida enumeración de estas incapacidades permitirá ver si la señora Labarca tiene razón cuando piensa que la referida abolición se impone porque no es otra cosa que el derecho de la mujer para que se la considere como persona. Tal vez pueda parecer exagerado que se hable

de desconocimiento de la personalidad femenina por el hecho de imponerle las limitaciones señaladas.

El tercer punto del programa feminista, aprobado por el Consejo Nacional de Mujeres, demuestra hasta qué extremo verdaderamente increíble llega la ignorancia que tiene la mujer de su actual situación jurídica. En efecto, pide el derecho de administrar libremente sus bienes dentro o fuera del matrimonio. Bien está por cierto que pida esa libertad dentro del régimen matrimonial; pero no se ve por qué razón pide esa libertad fuera del matrimonio cuando la posee desde los tiempos más remotos.

No es sencillo tampoco darse cuenta exacta de cuál es el ideal perseguido por la señora Labarca en lo que se refiere al trabajo de la mujer casada. Así en unas partes aboga porque se la permita tener la administración de sus bienes con independencia del marido; y en otras manifiesta que su más ardiente deseo es que la mujer no tenga durante los diez primeros años del matrimonio ninguna otra ocupación que el cuidado de los hijos. Me es preciso confesar que no encuentro modo de conciliar los afanes de la administración de los bienes con la exención de todo trabajo que no sea el de cuidar los niños.

* * *

El derecho de sufragio es, sin duda alguna, una de las aspiraciones fundamentales del feminismo. La señora Labarca no aborda este asunto ni tampoco el del divorcio porque se atiene al programa mínimo patrocinado por el Consejo Nacional de Mujeres. Sin embargo expresa de paso que por el momento no es deseable el derecho de sufragio, pues si no se tiene al mismo tiempo la libertad civil y económica el tal derecho no pasa de ser una innoble farsa. Nada más exacto. Y como ocurre que los que tienen libertad económica son muy pocos en cada país, se llega a la conclusión de que el sufragio universal es una farsa innoble y casi siempre ridícula y pintoresca. Pero ¿qué inconveniente puede haber para representar una farsa más entre los farsantes? ¿Por qué razón la mujer no podría rebajarse como el hombre en las mismas burdas mascaradas, y participar en esas orgías de la imbecilidad que se llaman asambleas políticas? ¿Por qué motivo la mujer no podría participar con brillo en ese conjunto de desórdenes públicos, asaltos y violencias que en el lenguaje legal se llaman elecciones?

A mi entender es urgente dar a la mujer el derecho de sufragio, no tanto porque ese derecho es absolutamente inútil, como porque es caritativo proporcionar a las gentes algunas ilusiones agradables. Pero aun suponiendo, con el más risueño optimismo, que el derecho de sufragio diera al ciudadano alguna ingerencia en la designación de sus representantes siempre debería otorgarse a la mujer ese derecho que, como se sabe, consiste en ritos sencillos que no atentan a las buenas costumbres.

Entre los sistemas que se han ideado para el nombramiento de los representantes del pueblo, el sufragio universal es el único que no ha dado resulta-

dos prácticos. Los de mayor eficacia son, sin duda, los de la compra y los de la violencia. Sería difícil establecer de un modo absoluto cual de estos dos sistemas de elección democrática es mejor. Tal vez lo más aceptable sería emplear en este caso un eclecticismo prudente que permitiera una combinación de ambos sistemas. De todos modos, se nota en la práctica cierta preferencia por el sistema de la violencia. Parece, en verdad, que por este medio se puede obtener un más rápido pronunciamiento de la voluntad de los ciudadanos y además, se logra también una economía apreciable para el haber del que se sacrifica con la representación popular. En este caso lo único que debe preocuparnos es que las cargas—ya sean de caballería o de Policía montada—se repartan equitativamente entre los ciudadanos, como lo promete la Constitución. No se ve razón alguna para que la mujer no tenga también parte en estas ventajas de la ciudadanía.

LUIS D. CRUZ OCAMPO.

Armando Donoso

Totila Albert, un escultor original



ACE de esto cosa de nueve años, y era en los días más arduos de la guerra mundial: avanzaban los alemanes hacia las fronteras de Rusia y ya la batalla del Marne había contenido el desborde tudesco a las puertas mismas de París. El estremecimiento de aquella hora trágica mantenía en suspenso todas las angustias, porque en esa oscura vorágine aparecía comprometido el destino de la civilización. Los escritores y hasta los filósofos reñían también su duelo internacional de ideas, en nombre de la cultura y de las prerrogativas del espíritu: eran las horas de los manifiestos, nacidos a la sombra de las Universidades o brotados al calor de los cenáculos oficiales, mientras dos o tres hombres libres, Romain Rolland, Nicolai o Bernard Shaw, renegaban de la civilización armada o se refugiaban en un rincón neutral de Suiza. Ecos de batallas, aprestos para nuevas movilizaciones, ejércitos sin cuento, carnicería criminal y dolor, dolor, dolor. ¿Quien iba a escuchar la palabra de paz que pudiera musitar un esperanzado en el bien y en la justicia, cuando en nombre de todas las doctrinas y hasta de la paz armada se hacía la guerra y se la servía ciegamente? ¿No se invocaba a Kant o a Descartes para atizar la hoguera de la calumnia internacional? ¿No se extraían proyectiles ideológicos de la «Crítica de la razón pura» o del «Discurso a la Nación alemana»? ¿Qué se habían hecho los ciudadanos de las Civitas Dei, del libre reino de la conciencia y del espíritu, llámense estos Wundt o Boutroux, Spengler o Bergson?

¿Qué decir ahora de todo aquello cuando estamos situados todavía en medio de los escombros humeantes? La tormenta ya va lejos y sólo queda el agrio sabor de la pólvora mascado en el aire que aún se respira. Hosco y amargo es el recuerdo de esos días, pero subsiste algo que no puede morir, engendrado en medio de esa noche espesa: la obra de muchos artistas. Es de aquellos que nacieron bajo la advocación de tal signo Totila Albert, cuya sensibilidad parece haber recogido un calofrío de la crispación en aquella humanidad estremecida.

Casi un niño era al partir con destino a Alemania, patria de su padre y tierra y escuela de sus dilecciones. Cuando, en 1915, volvió a Chile, estaba ya ma-

duro para iniciar su obra. Su aspecto era el de hoy: expresión ingenua de muchacho, cuya enmarañada cabellera y cuyos ojos transparentes denuncian una fresca adolescencia; la juventud de un niño que lleva el corazón entre los labios. Su palabra era imprecisa, reticente, transida en ese dejo de las haches aspiradas y de las eses desechas de la lengua de Goethe. La tradición y la raza de sus abuelos revivían en él, no sólo en la expresión de una modalidad singular, sino en toda la fuerza de un ingenio sin arraigo americano.

La buena afición a los libros y el amable trato en comunes disciplinas intelectuales, nos llevó juntos en muchas andanzas y en dilatados discurreires. Un constante recordar sus clásicos bienamados y nuestro Goethe familiar, colocó puente franco a una cordialidad que los años no han hecho sino apretar. A través de sus devociones llegaron hasta nosotros los libros de Bielschowski y de Bartels, prontuarios de gratas meditaciones y pauta de muchas labores interesantes a través de los libros tudescos. Si un día él recordaba los versos de la «Ifigenia» de Goethe para explicar el sentido clásico de un perfil en Donatello, otro solíamos nosotros renovar una referencia de Nietzsche para defender el ímpetu dionisiaco de Mestrovic.

Sin olvidar los buenos libros, íbamos a diario en amables pláticas, buscando a veces en los paisajes del otoño muriente alguna sugestión evocadora o escuchando a Totila en su firme saber cuando, al azar, encontraba un casual motivo de observación en la copia de algún Hermes más o menos olvidado. Placía oírle, porque aunque su expresión era algo revesada, su juicio fincaba en un conocimiento acabado de su arte, sólidamente fundado tras pacientes estudios en academias y talleres. Así, al volver a su América natal, ya en estos sus años entrados de abundante labor, Totila puede decir que regresa de Atenas por los caminos de la academia berlinesa y del taller de Metzner. Ha estudiado como ninguno, conoce todos los secretos de su oficio, tiene el don creador del artista original y una potencia de visión personalísima. Irá lejos, tan lejos y tan alto que, cuando los buenos Sanchos de su tierra se den cuenta de su vuelo, comenzará a tener las luces de una estrella.

EL EXPRESIONISMO Y LA ESCUELA ALEMANA

Dos largos períodos de su vida ha permanecido Totila en Alemania, patria de su organización y simpatía espirituales. Lo cual podría significar que procede de la clásica escuela germánica, en la cual se confunden el sentido de la originalidad ideológica renovadora y el expresionismo de las formas ardientes.

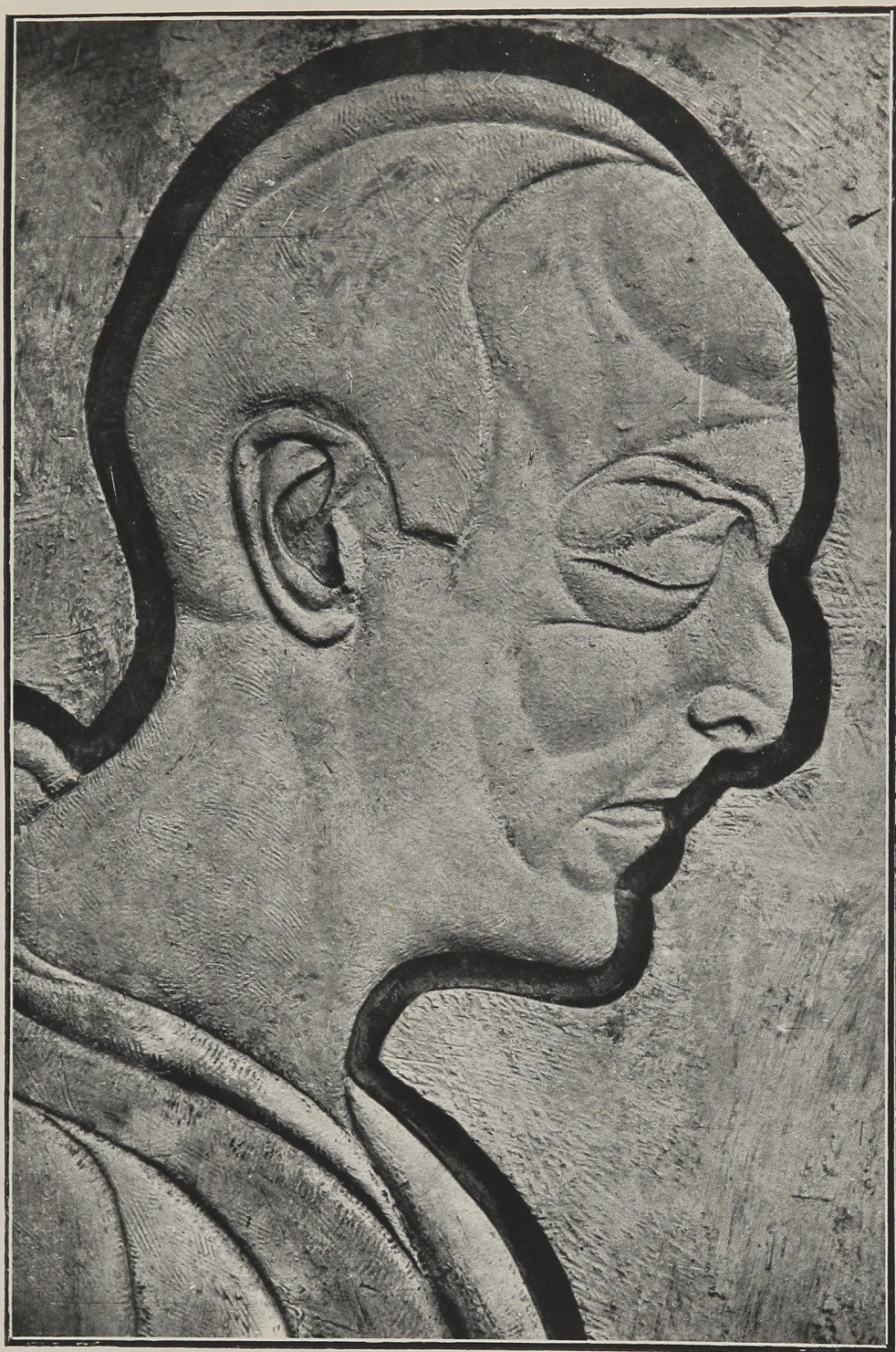
Hemos aludido al expresionismo mas como concepto de arte que como capilla artística. Totila es expresionista por su vigorosa manera de objetivar conceptos e impulsos profundos de la vida, que a través de su imaginación se alegorizan con las más puras formas del ímpetu creador. Todo en su obra es expresión de una actividad sintética de las sensaciones que sube hasta el barro en un alarido de potencialidad original. Qué mal logró comprender su arte quien afirmó que Totila llegaba hasta la caricatura en su deseo de expresar lo inexpr-

sable. También los defensores de Carpeaux pudieron gritar otro tanto cuando Rodin exhibió su Balzac. Albert es audaz y su creación aparece siempre revestida de meridiana claridad. Lo abstracto de la fuerza creadora en sus bronce es concreción de originalidad profunda. Sus principios estéticos cabrían en una carilla, porque reconocen un sentido de simplicidad único. Un día redacta la siguiente página, que le basta para dar la medida cabal de su amplio concepto del arte: «El espíritu y su recipiente», ha podido titularla antes de escribir: «la vida consciente del individuo o de la colectividad nace del espíritu y, para expresarse, se apodera de las formas objetivas. En un principio domina la idea sobre la materia. Esto lo demuestra toda manifestación de arte primitivo. Luego, los sentidos se hacen esclavos de la objetividad, viene el perfeccionamiento material y la pobreza espiritual. Este camino lo ha recorrido la humanidad innumerables veces. Es como el fenómeno de la aspiración y expiración o el de la alta y baja marea. La fuerza creadora es abstracta y necesita, para demostrarse, de un recipiente concreto. Este tendrá que romperse cada vez que se inicie la fuerza creadora. En eso está la razón profunda de los estilos. La fuerza creadora es la misma, cambia el vaso. No en éste, en aquélla hay que tener la atención puesta. Salvar el contenido antes de romper el jarro. Y no fabricar botellas antes de no tener con que llenarlas. El espíritu no tiene límites ni en el tiempo ni en el espacio. La obra de arte es ese recipiente maravilloso capaz de contener y de conservar la volátil fuerza creadora del espíritu. Cualquiera distinguirá lo que es obra de arte o lo que es simplemente botella».

He ahí también el sentido trascendental del verdadero expresionismo: la forma concreta aparece como un accidente ante la potencia creadora. Es un medio reducible a normas de sencilla claridad. Lo grande y lo perdurable en la obra proviene del soplo interno, del aliento profundo que, como un fuego sagrado, calcina y exalta. La copia queda relegada al oficio secundario, al papel de la fotografía reproductora.

En la historia de la escultura, como en la de la totalidad del arte, la escuela moderna divide el antes y el hoy inequívocamente. El formulismo de los estilos, la academia y la preceptiva han muerto en la ostentación del parnaso. En virtud de dilatados anhelos de libertad se ha ido muy lejos, tan lejos que, en la vuelta completa de los procedimientos, se ha llegado a las fuentes primitivas, es decir, cabría observar, a lo esencial. Y, sin embargo, no faltan quienes hablen todavía de la decadencia del arte como del fracaso de la civilización.

El caso de Totila Albert, chileno de nacimiento y tudesco por su cultura y sus dilecciones estéticas, es significativo. Nadie menos latino que él, pues proviene de una tradición absolutamente extraña a nuestra habitual predilección por lo fotográfico y lo anecdótico. El viejo y gastado procedimiento no se remoja en su obra, sino que desaparece radicalmente, pero se dá la mano, en el terreno donde no existe lo anacrónico, con un primitivismo esencial. Su misma tendencia a lo monumental, a lo expresivo de las masas, de los planos y su desprecio por los detalles triviales explican la vuelta hacia un sentido eterno de la belleza, independiente de todo canon. Así pudieron pensar y sentir los egip-



La cabeza del poeta (*parte del monumento*)

cios o los asirios, tan escasamente alejandrinos en su técnica y en sus tendencias. Por lo demás ¿qué habrían importado las más sutiles explicaciones cuando las obras ahorran las argucias mejor concertadas?

Nada tan interesante como un artista que se explica por sí solo, que comienza en él y termina en sus obras, no reconociendo más antecedente que el de su propia originalidad. Acaso son éstos los menos porque se llaman Ibsen, Nietzsche, Stravinski o Mestrovic.

SOBRE EL ESTILO Y EL CARÁCTER

¿Hasta dónde importa una cuestión de raza y de temperamento la manera esencial y atormentada de sentir su arte Totila Albert, tan diversa de la plácida, helada, impersonal y académica escultura chilena?

Motivo para un estudio de generalizaciones profundas ofrecería un paralelo entre las concepciones artísticas de los pueblos germánicos y la preocupación de los estilos en los pueblos latinos. Ya Kant advertía en el sentimiento de lo sublime del pueblo alemán una inclinación a la extravagancia. Sería preciso volver a Taine o recordar a Baumgarten o a cuantos han puntualizado el sentimiento privativo de la emoción estética en ambas razas. El latino tiende fácilmente hacia lo objetivo, busca la gracia del estilo, se pierde en el simple culto de la forma, depurando y ennobleciendo el contorno, la línea sumisa, la melodía del ritmo; en tanto que el germano, menos preocupado del culto de lo clásico, va a lo fundamental, tras la esencia íntima de las cosas, aunque en el fondo, como en la fuente cegada que descubre la sonda penetradora, encuentre y desborde el instinto brutal, el sentimiento de lo primitivo, de lo bárbaro capaz de violentar todas las normas. Mientras el latino ha creado la suave melodía del bell canto, el grato color de una pintura animada y superficial o la alegría de una literatura de las costumbres, del sabor local, el tudesco se ha desvivido por cimentar una metafísica, una teología, una exégesis o por expresar en los cuatro tiempos de la sinfonía el valor completo del genio creador. ¿Qué representa Corneille frente a Shakespeare o Debussy ante Beethoven sino el poeta y el músico esencialmente exteriores, elegantes, clásicos, ante el creador sin medida, sacudido por la pasión instintiva, por el genio puro? Aquellos provienen de las fuentes latinas, de la comedia romana, de Horacio y Cicerón; estos reconocen un antecedente en las leyendas medioevales, en las crónicas sangrientas que guardan el recuerdo de dinastías obscuras, en las consejas del norte angustioso.

Algo hay acaso en los germanos del bárbaro menos entregado a la sujeción de las formas; pero, ¿será posible advertir en ellos ese aspecto de infrahumanidad que encontraba en su producción artística Ortega y Gasset? El don de armonía y el sentimiento de equilibrio en la belleza, que los griegos designaban con ese lindo vocablo *sophrosyne*, están del todo ausentes en los tudescos, pues junto a un forjador dramático tan áspero como Hebbel o a un espíritu tan violentamente dionisiaco como Nietzsche, se encuentra la conciencia serena de Goethe y basta un perfecto observante de las normas clásicas como Klopstock. Lo

cual no quiere decir que ese don intermedio de reposo en la zona templada de la razón, equidistante de la anormalidad y del auge, sea generalmente menos frecuente en el hombre del norte que en el latino. Mientras el autor de «Judith» violentó deliberadamente las normas clásicas, el poeta de «Ifigenia» seguía siendo griego, un heleno platónico. También Schiller llegaba por el camino de Paros pero, como este hombre había pasado antes por Kant, anduvo más cerca de la humanidad crucificada de dolores: ¿no soñaba, en los días de la Revolución Francesa, con ser un libre ciudadano del mundo?

Quien pudo colocar en el mismo plano a Stendhal con Nietzsche ha incurrido en el doble error de parangonar a un novelista recio con el más original e individual de los ideólogos. El autor de «El rojo y el negro» es el novelista hasta cuando psicologiza sobre el amor; además Stendhal es el más deplorable de los artistas y el más indigente de los pensadores. ¿Cómo igualarle con un espíritu tan diverso, a quien no sólo la cultura sino que también su crítica de formidable disociador de los valores le colocan aislado, en medio de la superioridad de los grandes creadores? Nietzsche representará siempre al germano innovador frente al latino apacible y sencillo. Son dos maneras artísticas distintas, sustancialmente categóricas.

Y no es que esta diferencia esencial en el sentimiento y en la concepción del arte importe una razón de menoscabo para tal o cual escuela. Acaso en los latinos no hace sino contribuir a depurar las simples condiciones formales del estilo, manera acaso propicia a las emociones superficiales, mientras en el germano acentúa las razones fundamentales del carácter, de la vida interna en la obra de arte.

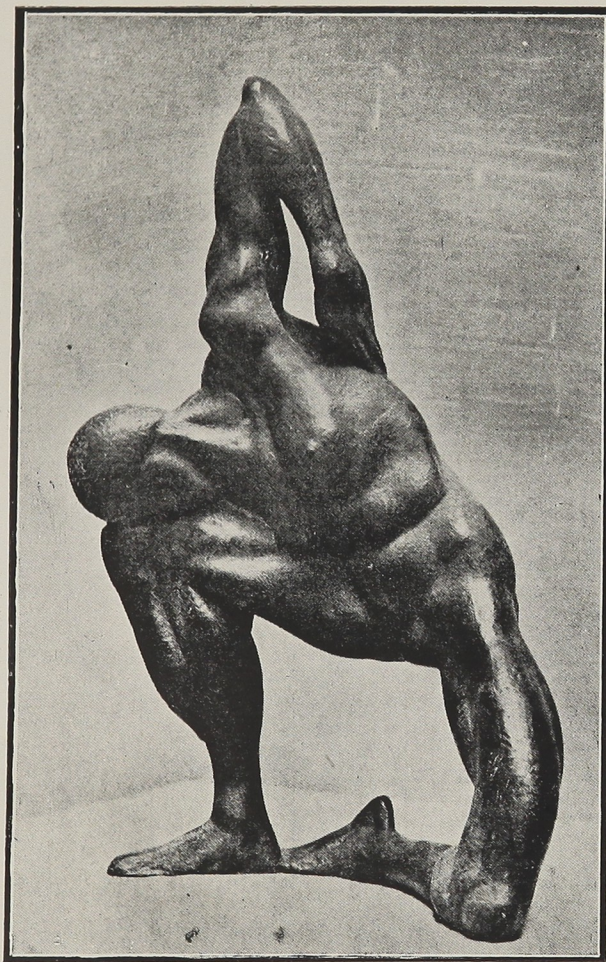
Es el caso de la escultura de Totila Albert esto resulta patente y patético: a pesar de dominar todos los recursos técnicos tras una frecuentación devota de academias y talleres (su modelado es irreprochable, el estudio y observación del movimiento completo, las masas pueden someterse a la crítica más rigurosa) nunca se deja tiranizar por ellos entregándose al trabajo del estilo puro, de la factura por la factura.

Él crea su realidad independiente olvidándose de la copia, de la reproducción pueril, del modelado fiel, de la inutilidad académica. Su imaginación procura sorprender el sentido de la creación completa, no contentándose con aceptar el pobre atributo de la existencia en el «zu Grunde gehen» hegeliano, sino con eternizar un instante de la eterna verdad original.

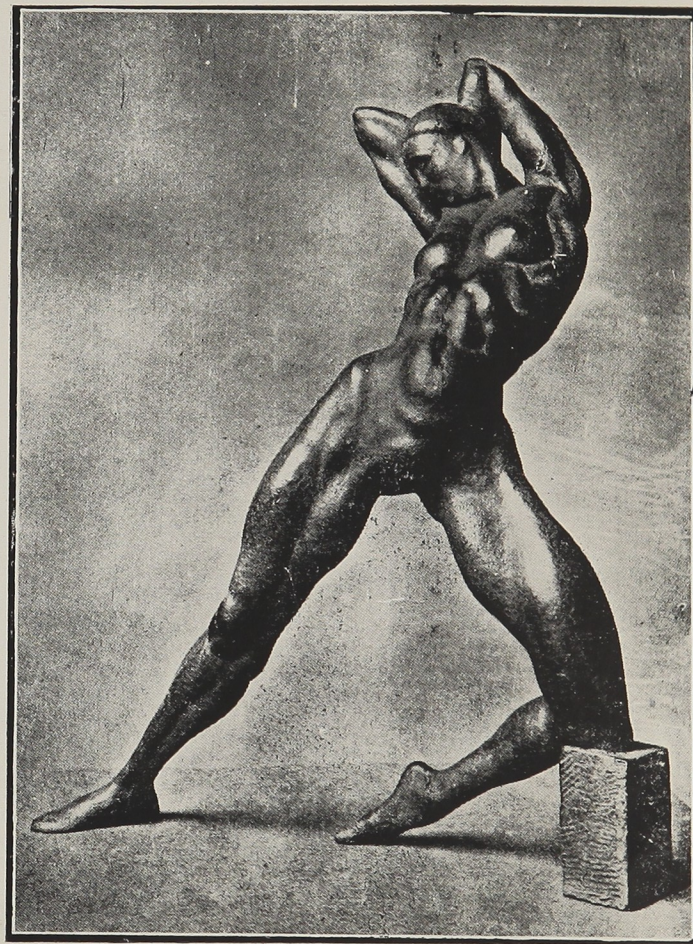
Y en este sentido nada menos latino que el arte de Totila Albert, primitivo a veces con toda la fuerza de lo oriental, de la simplicidad asiria. Sin embargo, bajo esa simplicidad hay una plenitud de vida arrobadora, que desconcierta en su originalidad atrevida.

EL SENTIDO Y EL SÍMBOLO

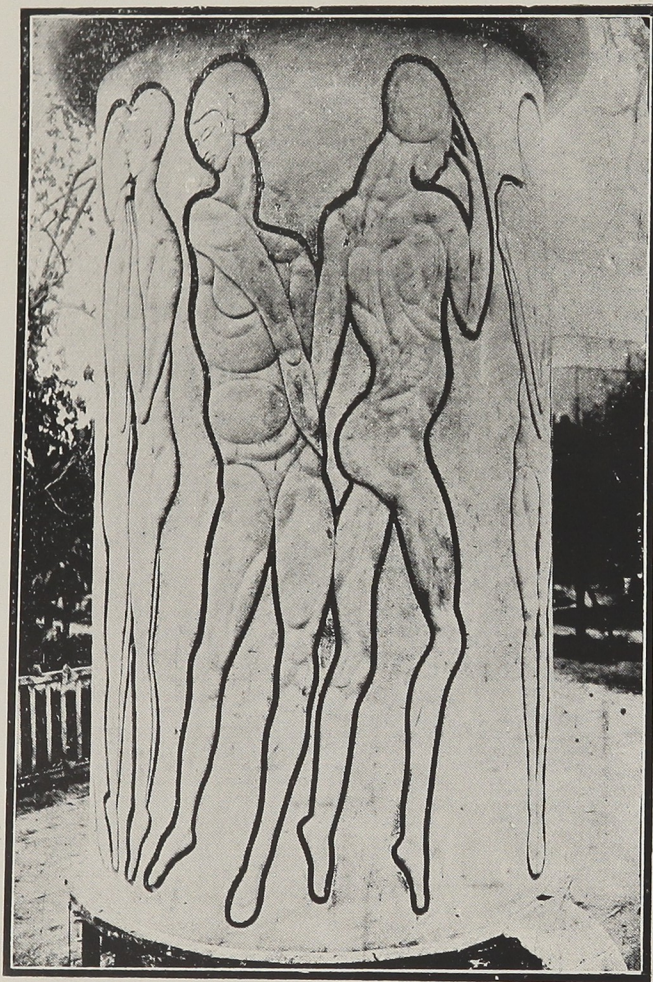
¿Qué sentido de humanidad trasciende de esta obra abierta a todas las sollicitaciones de la sensibilidad? Totila, como la mejor parte de los artistas germánicos, va hacia lo esencial de las cosas, al sentido profundo de la vida. Procede de la



Derrumbe



Estallido



La despedida (*parte del monumento*)



La figura del poeta (*parte del monumento*)

naturaleza y ha llegado, por el camino de las ideas, hacia las grandes alegorías. ¿No hablaba Nietzsche de cabalgar a lomo de todos los símbolos hacia todas las verdades? He ahí un camino que en la literatura alemana, y más que en las letras en las artes plásticas, conduce a un renovado concepto de las normas estéticas. El caso del maestro de Albert, el recio Metzner, marca una época y enarbola una bandera. Por lo demás, Totila gusta de las ideas substanciales, de las síntesis completas, de las transmutaciones que recogen el sentido durable de lo antiguo y encarnan expresiones de contemporaneidad total. Su alma romántica y apasionada, a pesar de su exterior frío, reticente, herido de displicencia, ahinca en lo esencial de las cosas y penetra en el subsuelo atormentado de los espíritus, donde mana el agua esencial de las emociones más íntimas. Por eso Totila prescinde del accidente, la parte pueril y exterior de sus representaciones, cuando ejecuta la cabeza de Einstein: apoya el globo de ese cráneo, henchido por ideas tempestuosas, como una circunsferencia sobre una superficie, olvidando la limitación del cuello que guillotina la garganta desnuda. Y es así como el observador puede sentir la representación profunda de ese símbolo, que se acerca tanto al universo y aparece en medio de él, flotando en el vacío de su inmensa superioridad solitaria. Es también el caso del monumento a Manuel Magallanes Moure: el relieve que encarna la figura del poeta tiene una vida tan patética que el lector familiarizado con su obra y con su temperamento doliente, encuentra inmediatamente la verdad de toda esa emoción vaciada en la figura, en la cual la cabeza es fuerte y meditativa, el cuerpo enjuto, las manos finas, extrañas al esfuerzo, agostadas en el calor de la meditación. Es lo mismo el valor de ese atrevido «Paolo y Francesca», desgarrador en su genial simplicidad o de ese «Estallido», de una extraordinaria expresión: los músculos recios como cordeles; los muslos anchos y fuertes; el vientre tenso como un atambor; los senos erectos y el rostro en un abandono profundo. Y es, por fin, la parte más audaz de su obra «El fruto prohibido», de una valentía única, salvaje hasta el estremecimiento de la pasión frenética: mientras Eva, plétóricas las caderas recias, fuerte los senos ubérrimos, húmeda la boca, sensualmente fuerte en su cabeza pequeña, le tiende el seno lujurioso, se arrastra el hombre, consumido en las brasas del deseo, viril, ciego hasta en su priápica anticipación. Sobre la rama mutilada, la serpiente alarga su contorsión, que se contiene cuando la mano de Eva le ciñe el cuello exangüe.

¿Cómo está hecho todo eso? ¿Cuáles son los recursos? Nada más sencillo en esa obra, porque es la maestría misma en el modelado, la seguridad absoluta en el procedimiento. A veces el relieve se insinúa sobre la superficie compacta; otras el modelado reduce las formas como en la estampa mural; de pronto la figura es limpia, enteramente libre, mientras las masas y los contornos muestran el dominio completo de la forma, tratada con una valentía única.

La expresión tiene en las figuras de Totila un sentido profundo, doloroso a veces hasta la angustia: ¿cómo olvidar el infierno dantesco, «Laciate ogni speranza»,... donde caen en el vacío profundo del aniquilamiento supremo esas siete figuras terribles, sin vida, sin pensamiento, exhaustas en su angustia, en su terrible no ser? Es preciso observar detenidamente cuánto abandono hay en esos ros

tros deshechos, en esos brazos y en esas manos muertas, marchitas; en esos cuerpos que se desploman y, sin embargo, flotan y se deshacen en el seno del único limbo aterrador.

Jamás pudo sentirse con tanta intensidad dramática el Infierno del florentino; nunca conmovió a un artista con una sugestión más desgarradora de pasión, con tal vehemencia y tan honda desesperanza.

Y quien así pudo interpretar el alma del episodio más patético de la «Divina Comedia», había de representar también como ninguno la personalidad dantesca, el alma del monje, del metafísico y del poeta: «E caddi come corpo morto cade», reza en el friso superior de su Dante inolvidable: y en realidad el cuerpo se desploma inerte, absorto en el sueño del remoto infinito imaginario, pero tan redivivo en la expresión de sus manos dormidas bajo el sayal amplio; de sus ojos abiertos hacia otra vida intangible; del rictus de su boca, sellada por una angustia que conoce el secreto del pecado y la amargura de la desolación terrena. Algo, una reminiscencia remota de dos aproximaciones geniales, nos mueve a pensar en el Giotto, en esa cabeza que se insinúa en la fina evanescencia del fondo áureo y del azul célico.

Aquí está «Estallido», obra bellísima, ejecutada con toda novedad: una tensión desesperada sacude su sensibilidad en ese espasmo en el cual la pasión, la sensualidad, el dolor, la caída, rugen y cantan el eterno ritmo de la vida? Totila Albert, el más sereno y el más impasible de los artistas, oculto tras la máscara de su rostro de efebo, vibra y se desespera, sin embargo, en las contorsiones de la vida libre, bravía y desembozada de la naturaleza. Ved ese «Himno» tan elegante y tan nuevo, y ved aún ese bárbaro «Ritmo eterno», que en el idioma de Goethe ha podido llamarse con más propiedad «Das grosse Paar»; ¿es una visión tétrica de Aubry Beadsley o es un canto exasperado de algún poeta de la decadencia latina, acaso Tibulo o tal vez Propertio? Esos dos cuerpos finos, hilados en una transustanciación ideal, que se funden, se confunden y se refunden, no sólo son el hombre y la mujer, el goce y la vida, sino que representan algo más, el todo y lo uno, el ritmo estelar y el ritmo de la vida, en toda su amplitud y en toda su dilatación eterna. Ved, mirad también hasta la saciedad, hasta que entréis en el espíritu de ese Paolo y Francesca, juntos, casi unidos y separados para siempre más allá de la muerte, más allá de todo. ¿Cuándo un artista sintió tan hondo el poema de dos vidas que encarnan la historia eterna, siempre repetida y eternamente nueva?

He ahí la potencia creadora de este artista en quien la obra trasciende de un concepto en el cual se confunden una originalidad absoluta y una verdadera hiperestesia de la sensibilidad. El no busca la helada perfección que hubiera desvelado a un parnasiano o que siempre constituyó la preocupación de la estatuaria antigua, sino la expresión de algo que arranca de muy adentro, de lo más hondo de la personalidad. Llámese dolor, serenidad, angustia, desolación. El sentido del expresionismo en su obra podría sentar los fundamentos de una escuela, si no fuese porque Albert cree muy poco en las castas artísticas.

LA EMOCIÓN SENSUALISTA

El tono de polémica y de acritud con que han recibido los menos amplios la obra de este artista ha llegado hasta provocar en contra suya un reproche significativo en la mentalidad de quien pudo insinuarlo; se le acusa de crudeza en su desembozada sensualidad. El que pronunció la palabra pornográfico acaso no alcanzó a pensar que rozaba con su pudibundez farisaica una razón esencial de vida en la concepción artística no ya de Totila Albert sino de cualquier creador formal. ¿Quién pudo condenar *Himno, Adán y Eva, Leda o Ritmo eterno* como una expresión de sensualidad pervertida? ¿Dónde sorprendió en su obra el observador más exigente un rasgo de abandono siquiera a la morosa delectación de lo equívoco, de la sensualidad provocadora?

¿Cuándo habrá de libertarse nuestra educación de todos los prejuicios con que se han velado las cuestiones sexuales, convirtiéndolas en el pecado secreto que la iglesia rodeó de un cerco de zarzas ardientes? En la obra de este artista la vigorosa desnudez expresiva suele confundirse con las actitudes religiosas: ved las dos figuras, en el friso del monumento al poeta Magallanes, que se confunden en un beso casto y que es, sin embargo, un ósculo apasionado en su abandono casi místico. ¿Quién habría de objetar algo que no fuese puro en esos dos cuerpos? Sin embargo, el deseo fluye en la intersección de los vientres, recogidos como una leve llama que fuese el sentido visible de ese contacto inmaterial.

Y es que toda la sensualidad que desborda en la obra de Totila Albert, sensualidad fuerte, sin inútiles veladuras, sin retorcida hipocresía, hay una expresión valiente, una franqueza sana, una actitud resuelta exenta de toda delectación malsana, de toda insinuación canallesca.

Freud no está lejos de la manera de sentir del artista, situado en el mismo plano espiritual de los de su raza. Hacia la concepción del sicopatólogo parecen confluir las ideas más arraigadas de Totila Albert, en una rara coincidencia de temperamentos y de libertad espiritual: la vida sexual determina de tal manera el carácter de los movimientos vitales, que rehurla parecería un temor pueril ante el cual no retrocedieron los mejores artistas de la antigüedad. La habitual idea del pudor suele ser una manera propicia para hostigar el incentivo de toda sensualidad malsana. He ahí toda la Edad Media y todo el Renacimiento penetrados de catolicismo intransigente y, sin embargo, tan fructuosos para una literatura de alcoba, canallesca y libertina. ¿Puede preferirse ese aspecto del arte, inficionado de lubricidad decadente, ante cualquiera expresión pagana de esas obras que no reclaman museos secretos para ocultar sus pudibundeces?

Para Totila Albert, y en esto cabe reconocer un directo ascendiente freudiano, esa razón esencial de la vida es también un motivo formal de originalidad artística. ¿Cuántas veces en los sentimientos contenidos no preside un impulso sexual, capaz de derivar en procesos espirituales arbitrarios? ¿Acaso un psicólogo tudesco no llegó a buscar en la crisis de un histerismo exacerbado la angustiada ansiedad mística de Teresa la santa? ¿Quién ha logrado desentrañar el sentido

profundo de muchos aspectos de la vida emotiva sin encontrar en el fondo de ellos alguna indirecta concomitancia con movimientos recónditos de la pasión sexual?

Una de las obras más atrevidas de Totila Albert, ese original *Ritmo eterno*, plantea el problema en toda su latitud resolviéndolo con una emoción de belleza y con una audacia extraordinaria. La pareja eterna, fatalizada al eterno ritmo de la vida, vive en su creación y en su abandono entregando al tiempo su razón de ser.

La sinceridad ruda del artista, que nada ha sabido velar porque ignoró también en la grandeza del arte los secretos de alcoba, ha podido aparecer equívoca para la torpe concupiscencia de muchos. Acaso su franqueza, su falta de hipocresía, hubiera encontrado amable aprobación si el artista hubiera llegado a velar lo que la malicia hubiera podido descorrer a su antojo, como un velo que resguardase la moralidad social. Nada más difícil que convencer con la verdad o pretender moralizar con la desnudez. La obra de belleza es de por sí una enseñanza y sólo en lo feo cabe una inmoralidad absoluta.

UN MONUMENTO

A poco de encontrarse en Chile Totila Albert, en los comienzos del año que corre, murió Manuel Magallanes Moure, uno de esos artistas recatados, escondidos siempre en sí mismos, en quien la dignidad del arte huyó siempre del clamoreo callejero. En la escasa literatura chilena, los libros de este poeta hablan de esa sencillez íntima, que contrasta con la vana elocuencia de nuestra frecuente oratoria rimada. Cuando murió el poeta, pudo aminorarse la sensación de dolor con el homenaje que sus amigos quisieron perpetuar en torno de su recuerdo. Y fué entonces, sobre el cadáver aun tibio de Magallanes, cuando Totila tomó a su cargo la obra de perpetuar en un monumento el recuerdo de esa vida dignísima y de esa poesía que Gabriela Mistral pudo representar como una fuente que bebe por un labio invisible, y que Albert ha querido expresar también en la taza clara, tallada en rosado granito de nuestros cerros, en cuyo centro se ha de levantar una masa monumental, la columna gigantesca, mientras en el campo de su cilindro aparece la figura del poeta y el desdoblamiento de su alma, proyectados en las imágenes alegóricas de su obra.

La idea es audaz y es novedosa: en el fondo de la taza transparente que llenan invisibles surtidores, podrá leerse: «Así, en la sombra, hermanos abracémonos—para llorar a nuestro hermano ido». Luego, cada figura tendrá al pie, escrito en la plantilla de la amplia pila, la estrofa explicativa del poeta. De tal manera, frente a la del Abandono se leerán los versos:

Cuando no estás conmigo
soy como un prisionero
encerrado en mí mismo.

Junto a Saludo, rezará la estrofa:

Como dos niños que jamás supieron
de los ardores del amor,
en la paz de la tarde nos miramos
con novedad de corazón.

Y ante la imagen del poeta, absorta en su honda melancolía, dirán por fin los acentos de su canto:

Mi amor lo tengo comparado
con un sendero de ilusión:
por él entréme descuidado
y no sé ahora dónde voy.

Así la alegoría plástica se completará con la emoción verbal: ¿acaso el propio Beethoven no introdujo la acotación del canto en la Novena sinfonía, y los milagrosos artistas egipcios no inscribieron las oraciones al pie de sus frisos o en el campo que completaba las figuras de sus monumentos?

Y otra vez cabe hablar del expresionismo patético de este artista: ¿qué podía ser para él el monumento a un poeta de los puros si no una exaltación de su genio y de un espíritu claro, transparente, tranquilo como el agua, que se contiene en la fuente dormida, junto a los árboles de un rincón apacible? De ahí la representación simbólica de la taza de piedra, que circunda el monolito, inmenso, en cuya superficie el escultor evoca el episodio de esa vida enferma de emoción. La efigie del poeta preside en la resurrección del espíritu, entre las diez figuras que encarnan la exaltación creadora de su obra. Es un friso luminoso, que comienza, se aleja y reaparece en la convexidad de la masa monumental, contando la historia doliente de esa alma herida siempre por el arquero invisible.

Todo Magallanes revive en esas figuras que sacude una emoción honda: ahí está la angustia religiosa del Beso, las manos puras, los cuerpos castos, los labios juntos; ahí el Dolor, con su contorsión desgarradora, que estremece el cuerpo desnudo; ahí también el dolor de la mujer, deshecha en el Abandono y la Despedida, que ha recogido la angustia de *El regreso*, el poema en el cual el poeta dijo la historia de un minuto en su desesperación.

¿Qué vigor extraordinario subyuga en esta forma de expresionismo monumental? Toca imaginar todas las reservas y todas las recriminaciones que habría podido provocar este monumento el día en que se le hubiera entregado a la curiosidad del público en el Parque Forestal de Santiago. El burgués tranquilo, de reposada digestión y cortas ideas, ese «*bildungsphilister*» de que hablaba con santa piedad Nietzsche, que se detenga, en sus excursiones domingueras, ante la fuente recogida en el silencio, donde el poeta se ha quedado solo, sentirá el rubor de la incompreensión que le ofusca, le ofende, porque él sólo sabe del habitual monumento ecuestre o del héroe con su intachable levita en duro bronce. Para ése nunca pudo concebirse ni el friso del Sarmiento de Rodin, ni esta obra magnífica, que hubiera sido única en su género acaso en cualquier paseo municipal.

Con ella habría tenido Chile, por vez primera, un monumento único, a pesar de la invasora estulticia del burgués despectivo y estomacal.

La campaña que habrían ganado los amigos de Magallanes con la presencia de esa obra dignísima contribuiría a imponer más de una cruzada de arte. En torno de esa fuente se estrecharían las manos de los Diez: poetas, artistas, estudiosos, como en un refugio hasta donde no alcanzara la carcajada asnal del vulgo municipal y espeso de que hablaba el poeta. Y el recuerdo de Magallanes Moure y la bella obra de Totila Albert realizarían el milagro de erigir un altar donde la devoción del arte tuviese su soledoso refugio.

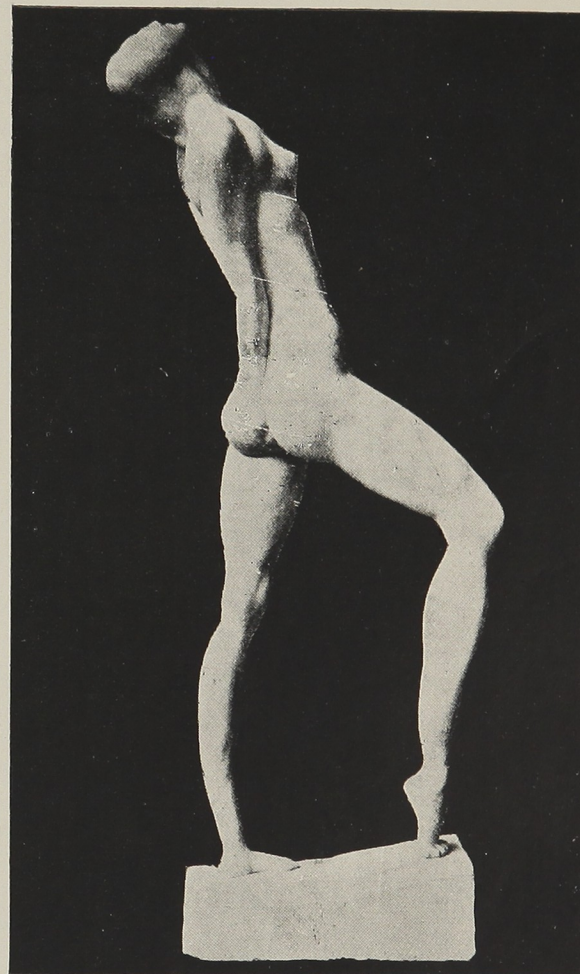
Con razón ha podido decir Eduardo Barrios que este monumento alcanza mayor significación que la de honrar al genio individual: «Debe mirarse, además, como un monumento al espíritu de la raza, de esta olvidada familia de la raza. A propósito de Chile, ha corrido ya demasiados años por el continente, con el prosaísmo de una moneda, cierto concepto que mucho nos ha deprimido. No vale la pena citarlo. Sabemos todos que el salitre y la fuerza bruta estamparon en esa moneda la cara y la cruz, y que cuantos iban significando en América durante ese tiempo espiritualidad y elevación la dejaban rodar solitaria, negándole el contacto cordial, mirándola con sonrisa y tal vez con un poco de asco y desagrado. Sin embargo, teníamos también los chilenos una fuerza primaria y organizante del espíritu, una función creadora de órganos nobles; poseíamos más: aunque postergados por falta de estímulo público, poseíamos los órganos mismos, poetas, prosistas, pintores, escultores, artistas de la emoción, del pensamiento y de la sensación, adultos ya, y poderosos, dignos y dignificadores de un país injustamente preterido como huérfano del espíritu». Es la vieja historia, el tradicional antagonismo del eterno Ariel con el reptileso Caliban: la lucha del vientre con el espíritu. Acaso mañana, cuando la obra de quienes como Gabriela Mistral o Totila Albert haya realizado la total penetración geográfica de los países cultos, la leyenda negra del otro Chile se confunda un poco con la época prehistórica de nuestra cultura histórica y militar.

LA FORMA Y EL FONDO

Entretanto Totila Albert se apresta para regresar a Alemania, el íntimo rincón de su taller berlinés, en el barrio de Friedenau. Nuevamente, lejos de su tierra natal, la canción del cincel y el martillo sorprenderán el amable refugio, perdido entre árboles y flores, donde acaso acabe de perpetuar en la piedra miliaria su monumento de «Las mujeres de la montaña», esa divina comedia de la plástica, que reproduce el total proceso épico de la humanidad en su marcha hacia la eterna quimera. En esa feliz realización de estatuaría monumental está íntegro el espíritu creador de Totila y su manera personalísima de sentir la escultura: no hay líneas en esas cuatro figuras sentadas que encarnan el Dolor, el Pensamiento, la Lucha, la Acción Creadora, sino grandes masas y planos expresivos, en los cuales se cortan las luces y se insinúa el relieve magistral de un pensamiento profundo.



Otro aspecto del monumento



Himno

Toca pensar cuanta razón tiene Wölfflin, al comentar a Winckelmann, afirmando aquello de que la escultura, como arte de masas corporales, no reconoce líneas. En la obra de Totila el motivo lineal aparece como una expresión secundaria del estilo, que se olvida ante la sacudida del espíritu creador. El movimiento y la gracia frívola de las formas se esfuman ante la sensación de la idea interna, del aliento con que el espíritu logra animar la materia. En ese sentido expresionista, que sacrifica el estilo puro, se impone una magistral distinción artística: ahí reside el valor profundo de la manera nueva que, según ya lo observaba el propio Wölfflin al establecer el contraste entre el arte antiguo y el arte actual, se ofrece en la multiplicidad de formas ópticas de éste y la unidad de la forma óptica en aquel.

Y es en tal terreno donde el carácter germánico de la obra de Totila encuentra su más clara explicación: mientras el Renacimiento cultivó la armonía lineal, la escuela alemana aprovechó del gótico ante la sugestión evocadora de la fría combinación académica del perfil. Desde los retablos o las fuentes, como la de la Virtud nurembergiana, hasta las heladas figuras de Canova, media un paralelismo de dos tendencias que jamás se encuentran. Mientras Italia cultivaba el simple sentido de la forma, el germano buscaba la expresión esencial en la plástica; cuando Canova está aún reducido a la sencilla figura planimétrica, Schlueter vuelve a los primitivos, trabajando su «Gran Elector» con la perfecta desviación óptica de la forma. Todo el siglo XIX se resuelve también en la tradicional manera clásica que no va más allá de Miguel Angel, ni corrige a Donatello. Es la eterna vuelta de lo imitativo a lo decorativo, que huye del nicho, viejo resabio del marco en la pintura, y no avanza más lejos de la forma corporal, limitada a la exacta copia de la naturaleza, tiranizada por el estilo del continente que no sólo limita, sino que tortura y sacrifica el contenido y el espíritu creador. Los clásicos le concedían el valor esencial de la obra artística a la forma, tratada con sobriedad y sujeción absolutas a normas casi físicas de medida y de calidad; el arte moderno, en cambio, cifra un sentido profundo en la manera de ver, en la visión del espectador; no busca, según la observación del crítico, la forma de los labios, sino el lenguaje; el color de los ojos, sino la mirada; la idea de la realidad no es una, simple y de precisión, sino que son muchos aspectos que se completan en una sensación virtualmente cambiante, tan sólo ajustada al diapason de la sensibilidad que la solicita.

La historia del arte, que hasta ayer pudo ser tan sólo la historia de la forma, se ha desplazado del todo hacia un concepto formal enteramente nuevo. Ahora el artista aparece ante el modelo con sus ideas previas, con todo su mundo sensorial, exaltado en un dinamismo constante, corrigiendo la naturaleza según la manera que la contemple. Así la imitación del natural debe estar subordinada a un sentido esencial de capacidad artística; tan cierto es aquello de que la verdad y lo bello en la naturaleza estriban en lo que se deja medir y abarcar. Lo que el perspicaz Federico Schlegel decía de la pintura cabría transmutarlo a la valorización de la plástica: «Nada de confusos apiñamientos humanos, sino pocas figuras y sueltas, concluidas con esmero; formas severas y rigurosas,

con trazos firmes, los cuales se destaquen con precisión; nada de pintura con claroscuro y porquería de sombras tenebrosas, sino masas y relaciones puras de color, como en acorde evidente... pero en las caras principalmente y en toda esa bondadosa simplicidad... que me inclino a considerar como el carácter primitivo del hombre; éste es el estilo de la pintura antigua, el estilo que a mí... exclusivamente me agrada».

Y el sentido del carácter, más que del estilo, aparece en la obra de Totila Albert con un sello inconfundible; en su obra la originalidad proviene antes que de una manera determinada, de una expresión profunda en la concepción artística, que cabría analizar como una manera propia de ver y de sentir: la óptica y lo háptico, que Alois Riegl ha entrevisto como noción fundamental en la formación del estilo. ¿Cómo ve y cómo siente Totila? He ahí, por ejemplo, el Pensamiento en «Las mujeres de la montaña»: los planos son claros y apenas si la insinuación de las masas pretende representar la figura; pero, en cambio, la sugestión del pensamiento es completa, tan honda y tan violenta en su espasmo interno, que el observador puede olvidar fácilmente el alcance objetivo que el detalle logra concederle a la figura. El artista ha conseguido lo esencial: la sensación de recogimiento, de introspección, de vida meditativa, lo que ha visto es lo formal, lo que ha sentido es lo particularmente táctil: la concurrencia en su estilo de lo óptico y lo háptico. Es decir, una manera personal de concebir la escultura, que le ha valido una apreciación justa en uno de los centros artísticos más exigentes de Europa.

ARMANDO DONOSO.

Gabriela Mistral

La casa del Señor

(Poema dedicado al poeta don Luis F. Contrado, con ocasión de inaugurarse la iglesia parroquial de Chillán).

I



ARA la casa del Padre, que alzamos,
cede tu alerce tenaz, leñador,
dame tus pinos que intensos trascienden,
tus robles de más leal corazón.

Que como en aquel tiempo bíblico, el pájaro
tiene su nido en la rama con flor,
y la alimaña su cueva con musgo;
¡mas rueda en polvo la casa de Dios!

Dichoso el pino que abrigará el cáliz
y el roble que siga el clamor de David,
yo para él me trocara estas carnes,
yo aquí en columnas fijara el vivir.

Y para el lírico bronce doliente
de la campana, pondrás, forjador,
los cobres más encendidos del monte
con los estaños de gris corazón.

Dios les da en ella a los pueblos sus hablas,
en la campana de humano plañir;

como una madre la voz de sus hijos,
Él las mil voces sabrá distinguir.

Vacia los cobres color de la sangre
que la campana aullará de emoción,
vacía el estaño color de las lágrimas,
¡mezcla, batiendo, dolor con dolor!

II

El leñador dió los robles inmensos,
el forjador dió el más casto metal;
ahora, cantero, quebranta las rocas,
y que ellas auguren un templo eterno.

Y tú, labriego, separa la espiga,
la más morena y que dé más bláncor;
vendimiador, echa el rubio racimo
que escancie en el vino un aliento de flor.

Esto que alzamos al viento y al cielo
es mucho más que la casa de Dios,
el seno donde escondido el semblante
en llanto vertimos acerbo dolor.

Turbias ya son de lujuria las casas,
la ciudad toda trasciende a lagar,
tan sólo el templo han dejado virgíneo
para David, Isaías y Juan.

Tiene el Señor unas hondas ternuras,
erige el árbol y amasa el metal;
pero prefiere pedirlo a los hombres;
cédeles Él la ilusión que hoy le dan.

¡Qué van a dar si Él espesa la selva!
¡qué van a dar si Él les dará el trigall;

¡que no les tiemble en la mano la dádiva;
que Él no les sienta un instante dudar!

Mientras se eleva a las nubes el templo
como un gran roble de copa con voz,
cuenta Jesús, sonriendo, los leños,
mira los mármoles y mide el sudor.

Y buscando el rostro de los que acudieron,
besa la mano en que no hubo temblor;
y en la hora última dirá, al recordaros:
éste dió el bronce y aquél el amor.

¡Oh, mi Señor, yo no tengo una selva!
¡Oh, mi Señor, yo no tengo un trigall!
Tú me pusiste en la lengua armonía,
Tú me curvaste en placer de adorar.

Como la viuda de los Evangelios,
cubro mi rostro, quemado en rubor;
no tengo más que este ramo de cantos:
Déjame aquí para ser tu cantor.

GABRIELA MISTRAL.

La enseñanza de la filosofía en nuestros días



Un hecho incontestable que entre los problemas filosóficos que menos les agradan a nuestros alumnos, porque les presentan muchas dificultades, figuran con otros tantos, los de la lógica formal. ¿Por qué será así? ¿Es el profesor el culpable o el alumno? A mí me parece que esta parte de la filosofía es una materia que no corresponde a la mentalidad de los alumnos del quinto año de humanidades. Sin embargo, en el programa de filosofía correspondiente al quinto año de humanidades, la lógica formal ocupa una parte muy extensa: los silogismos, figuras y modos del silogismo (I), etc., etc. En el sexto año vemos, entre otros muchos problemas, que prescribe programa, el análisis mental, la clasificación de las ciencias, de Comte y de Wundt, y su crítica. Métodos en las Matemáticas, física, ciencias biológicas, sistemas o teorías sobre la filosofía de la historia, etc., etc.

¿Por qué maltratar los espíritus jóvenes y sensibles con estos problemas estériles? ¿Estamos realmente convencidos de que con estos medios los alumnos van a descubrir la verdad o sus características? No seamos tan exigentes como el siglo XVII.

La preparación filosófica en los liceos, no cabe duda, es conveniente,—aunque no absolutamente necesaria.—Conveniente, digo, porque contribuye a desarrollar y afirmar la capacidad necesaria para tratar y comprender problemas lógicos y especulativos así como para llegar a un concepto general de las distintas ramas de la ciencia. A este fin debieran concurrir, fuera del castellano, los demás ramos científicos, con debida correlación en este punto.

Pero en la enseñanza secundaria hay que moderarse en esta materia, si no, se perdería fácilmente la orientación y el peligro es grande, ateniéndose estrictamente al programa actual.

La preparación filosófica que proporciona la Universidad es ciencia teórica, especulativa; se ocupa del conocimiento y pensamiento; pero el estudio filosófico en la escuela debe moverse en otra dirección, pues debe tratar de dar a los alumnos una cultura en el sentido común de la palabra, darles los valores que fortalecen su

alma, que facilitan su desarrollo interior. No debe contentarse con lo puramente formal, hay que imponerle un contenido, echarle una gota de idealismo.

El estudio (1) de la filosofía en la Universidad es esencialmente intelectualista; en la escuela, esencialmente universalista; es decir, se dirige al hombre en su totalidad como un ser que siente, que quiere, aprecia y piensa.

¿Qué es lo que significa pensar filosóficamente? Empezamos a pensar filosóficamente cuando clasificamos a los fenómenos o hechos particulares bajo un punto de vista más general, universal, cuando relacionamos lo transitorio con lo permanente, analizamos las cosas o buscamos las causas de los fenómenos. Se puede dar a la enseñanza un carácter filosófico en todos los cursos superiores del liceo: buscando la unidad en la variedad, comparando lo relacionado con lo parecido, reuniendo lo separado, buscando relaciones interiores entre lo que, al parecer, es desigual; buscando leyes donde el observador superficial no vé sino una serie de fenómenos aislados e independientes los unos de los otros, reconociendo una necesidad donde otros por su observación inexacta y superficial, sólo ven algo accidental, recibiendo, así, impulsos para pensar e investigar nuevamense aún lo que a la experiencia diaria parece cierto y acabado. El objeto de la enseñanza filosófica en la escuela no consiste en tratar la historia de la filosofía, como lo prescribe el programa actual, ni transmitir un sistema determinado, sino en producir en los alumnos una *disposición filosófica*, crear un modo de pensar filosóficamente que se mantiene firme en el torbellino de las opiniones que hay sobre lo humano y lo divino, y que facilita el discernimiento de objeciones fundadas de argumentos falsos o aparentes, sofismas.

Mi estimado profesor Eduardo Stranger, ahora profesor de filosofía y pedagogía en la Universidad de Berlín, decía, refiriéndose a la enseñanza secundaria: «enseñemos filosóficamente, pero no enseñemos filosofía». No se trata, evidentemente, aquí del modo de hacer clases que brillan por algunas observaciones ingeniosas oportunamente intercaladas, sino que la altura espiritual de la enseñanza que quiere educar para el trabajo de pensar debe manifestarse sobre todo: 1.º en la seguridad de establecer los problemas; 2.º en la definición absolutamente exacta de los conceptos; 3.º en la habilidad de despertar el interés por todo lo que ofrezcan la ciencia, el arte y la vida como medios para obtener conocimientos nuevos y más amplios. Pero, a estos puntos de importancia fundamental para cualquier trabajo científico, se ha prestado hasta ahora muy poca o ninguna atención. Esto me lo prueban cada año los alumnos que ingresan al Pedagógico. No me parece, sin embargo, demasiado difícil remediar este defecto con tal que se elija como principio la limitación. La preparación filosófica exige en todo limitación y prudencia.

(1) Advierto que no se puede «estudiar» filosofía en el sentido como se estudia, por ejemplo, filosofía clásica o moderna o química. Esto no conviene ni siquiera para la historia de la filosofía, aunque ésta, propiamente, no es filosofía, sino historia no más porque estos estudios de carácter histórico deben estar en íntima relación con los problemas filosóficos, si quieren alcanzar alguna importancia.

Al tratar y estudiar lógica, psicológica e históricamente la lengua madre, el profesor de castellano puede darles a los alumnos, sin que éstos se den cuenta, una introducción a las leyes lógicas y de evolución de nuestro espíritu; luego, exponer el principio de lo que es concepto, juicio y conclusión; a propósito de la explicación psicológica ética de dramas, el profesor aprovechará la ocasión de referirse a los elementos de nuestra vida interior, con todas sus disposiciones e inclinaciones, motivos y pasiones; luego pasará al dominio de la razón que forma las ideas y al de la fantasía creadora, para tocar los problemas de la libertad moral y la responsabilidad, el destino y el carácter. Pues filosofía es la ciencia del pensar, del uso correcto de la razón, de la formación de conceptos e ideas; pero también de los valores de la vida. Sale de lo particular y conduce a lo universal, para volver después a lo particular. Pero, en todas las ciencias, así como sistemas filosóficos, la idea, o, mejor dicho, el convencimiento fundamental, ha sido siempre la fuerza impulsora. Tal fuerza debe ser la resultante de la enseñanza que se empeña por el desarrollo del amor a la verdad, con referencia a la ética y a la ciencia. ¿Cuál será la fuerza del alma en que arraiga ese amor a la verdad? ¿No será ésa, como lo dije ya en otra ocasión, «El fin Universal» al respecto? La admiración que nos causa respeto produce en nosotros, al mismo tiempo, el deseo de buscar su motivo y nos lleva así al conocimiento.

El que reconoce el límite de lo empírico y con esto llega como Sócrates al convencimiento de no saber nada, y el que no honra el mundo y la vida como un hecho natural, sino como un problema, puede llamarse filósofo.

En las clases de literatura española hay mucha ocasión para discutir sobre los problemas que surgen a cada instante: ¿Cuál es el sentido de nuestra vida? ¿Qué significa el movimiento permanente en el destino de los pueblos? ¿Qué importancia tiene el individuo? ¿Qué tengo que hacer para servir a la humanidad y para que yo sea feliz? ¿Qué es lo que exige, ofrece y promete la vida en el presente y en el futuro? Sentimos todos que hay un secreto detrás de las apariencias, detrás de la corteza de las cosas. Pero es precisamente este conocimiento que nos hace aparecer maravilloso lo más pequeño y lo más grande en este mundo. Eso es lo que causa sumisión, humildad y respeto en nosotros.

La preparación filosófica en la escuela, pues, debe ser esencialmente filosofía práctica, filosofía de la vida, quiero decir, dando nociones de la vida, según sus múltiples formas; debe ser un guía que nos dé la dirección para poder servir a la patria y a la humanidad en general: filosofía en forma de un idealismo ético sobre la base nacional.

DR. RODOLFO OROZ S.

Ignacio Verdugo Cavada

El Tesoro

Afectuosamente, a Pedro Prado



POETA, haz que tu verbo semeje al arroyuelo
que siguiendo la humilde línea de su destino,
mientras copia en sus aguas la mirada del cielo
le canta a los guijarros que encuentra en el camino.
Sea tu voz lo mismo que el agua del estero
que hace vibrar su risa en la barranca oscura
y deja que se absorba tu corazón entero
en el ávida arena de la humana ternura...
Y canta, y sufre, y lucha para que tu lirismo
sea el Jordán radiante, la piadosa fontana
que nos lave, a manera del bíblico bautismo,
de este pecado enorme de la Tristeza Humana!...

Poeta: ¡Ya es la hora!

Arroja con el gesto de sembrador de aurora
hacia los cuatro vientos tu juventud sonora...
Que tu corazón sea como una gran campana
que anuncie la Alegría Universal!... y cuando
ante el eco glorioso de tu música sana
todos los corazones se queden repicando,
tú serás quien nos salve con su estrofa lozana
de este veneno amargo, de este crimen nefando,
de este mal incurable de la Tristeza Humana.

Como si fuese un nido,
sea cálido y suave todo tu pensamiento
y sea el pan, y el agua, y el brasero encendido
en la cabaña humilde que desmantela el viento.
Y por sobre las zarzas de esta vida tan vana
tiende, a modo de un puente, la piedad que te inviste
para que no se hiera la Triste Caravana
y economice lágrimas la Caravana Triste...
Y tu voz será venda delicada y liviana
sobre esta herida infecta de la Tristeza Humana.

Sé tú el árbol.—filósofo que de pie en el sendero
hace total entrega de su sombra al Viajero,
y que con el ejemplo de tus largas raíces
nos enseña a arraigarnos en un corazón tierno
o en una idea hermosa para vivir felices;—
sé tú el árbol piadoso que, aun en el invierno,
sin recordar sus hojas ni ver sus cicatrices
le brinda su refugio al pájaro bohemio
que cantó en tantas ramas sin pretender un premio:
(iheroico desdén propio sólo de los del Gremio!...)
y abre tus brazos para la muchedumbre hermana
en el dolor, hermana en el amor y en todo
lo que es alto y es noble y es puro de algún modo.
Y haz que brille una quieta diafanidad cristiana
sobre esta noche oscura de la Tristeza Humana.

Y cuando el Hombre sea dueño de su Alegría,
de la que tú le diste como un rajah opulento
que desde las ventanas de su palacio un día
arrojase monedas al populacho hambriento;
cuando bajo los astros el Amor y el Deseo
hagan flamear al viento su triunfante divisa
y suba a los balcones la escala de Romeo
y tiemble ante Abelardo el pecho de Eloisa;
cuando Fulano Harapo comparta su miseria

con el rico que sabe que la fortuna es triste
porque enseña que el alma tiene precio en la feria...
cuando sea la Vida como un cálido chiste
hecho graciosamente de espíritu y materia;
entonces tú, Poeta, con el gesto profundo
del avaro que cuenta sus montones de oro
verás que has hecho tuya la fortuna del mundo,
verás que eres el único dueño de ese tesoro
que despreciara el hombre con su soberbia vana:
¡El Tesoro divino de la Tristeza Humana!!!...

IGNACIO VERDUGO CAVADA.

Junio, 1924.

Hombres, Ideas y Libros

Julio Montebruno López

(Discurso pronunciado en la celebración
del Centenario del Liceo de Concepción).



S impresionante para mí encontrarme, como Delegado de la Universidad de Chile en la muy preclara y nobilísima ciudad de Concepción, y dirigir la palabra a sus hijos más distinguidos, herederos de proezas y valores excelsos que llenan cuatro siglos de nuestra historia; historia tan extraordinaria entre toda la de América, que le viene humilde la pluma del prosista y encuentra un poeta que anuncia al mundo el nacimiento de la nación chilena con las mismas voces épicas que dos mil quinientos años antes celebraron los orígenes de la cultura helénica.

Porque piso la tierra que cantara Ercilla, porque estoy en este ambiente en donde perdura el espíritu de la raza heroica, porque estoy delante de vosotros, nuevas ramas de un glorioso árbol secular, que ostenta flores y triunfos aun mejores que los producidos en épocas legendarias, me parece que ya asoman sobre las boscosas colinas que rodean esta ciudad los signos precursores de las magnas y luminosas jornadas del espíritu.

Veo bien aquí que los laureles de otros tiempos se entrelazan y complementan con las palmas inmortales y las olivas propicias, bajo cuyo palio florecen el amor hermoso y la lozana sabiduría. En vez del clamor de la raza épica se oyen en esta tierra los rítmicos pasos del filósofo que en el jardín de Academo dictó leyes eternas a la sabiduría humana.

Y fué sin duda el divino Platón el que dijo al hombre eminente, alma del movimiento intelectual que vivifica y ennoblece toda la ciudad, que los tiempos reclamaban para ella donde tantas veces reinó el estruendo de las armas, lanzas de luz y explosiones de inteligencia.

No hay duda que bajo el follaje de vuestros árboles repitió Platón sus divinas enseñanzas.

Nunca es más funesta la ignorancia que cuando se trata de cuestiones que se relacionan con el objeto de nuestra actividad moral y con las leyes que la rigen.

Es preciso compadecer como al más miserable de los hombres al que no sabe a qué atenerse sobre la esencia de la felicidad ni sobre la naturaleza de lo justo y de lo injusto.

Las diversas ciencias son como las gradas o bases de impulso que nos sirven para aproximarnos a la causa suprema de las cosas. Pero esta causa no pueden ellas suministrarla. Solo la razón, gran testigo de la verdad, puede por medio del raciocinio elevar al hombre al conocimiento de la causa de las causas o el absoluto.

Moralizar es desarrollar la razón y hacerla adulta. Y esto solo se puede conseguir acostumbrándola a encontrar el porqué de las cosas. Los que se limitan a adquirir conocimientos inconexos tomados de los libros sólo encontrarán dificultades en la vida. Lo que sirve realmente al hombre son las convicciones que penetran hasta el fondo de su ser, lo modelan por entero a semejanza de Dios y se manifiesta en el exterior por el amor dominante del bien.

Y la idea de conmemorar el primer Centenario del Liceo adornando sus escalinatas con obras artísticas ¿no es también de la más pura procedencia platónica? ¿no dijo el fundador del espiritualismo que la mejor manera de corregir y depurar el alma de las pasiones vulgares era el cultivo de las Bellas Artes? Se comienza por infundir amor por la belleza física, es decir, por la representación ideal del cuerpo humano, que no es sino la irradiación externa del pensamiento, tan bien fijada en la materia por los Fidias y Praxiteles. Después se pasa a la belleza del alma, donde brillan las ciencias y la santidad para llegar, por un nuevo impulso hasta el amor de la belleza en sí misma, de ese principio eterno e inmutable, sin sombra ni declinación, de donde se desprende todo lo que la naturaleza tiene de gracia, de nobleza y de armonía. Se produce entonces una especie de entusiasmo que penetra vencedor hasta el fondo del alma, que la libera de los gustos vulgares, y la fija en lo verdadero, este otro nombre de lo hermoso.

Y hé aquí por qué Concepción es hoy más que un emporio de comercio floreciente, más que un gran centro industrial y agrícola, una gran ciudad civilizadora, idealista, vencedora de prejuicios y rutinas.

Muchas son sus glorias y grandes su contribución al progreso de la patria. Los emancipadores que con su espada roturaron la tierra para las cosechas hondas de la libertad, de aquí salieron; los emancipadores intelectuales, los evangelistas que nos adoctrinaron para el rudo aprendizaje de la República, de aquí partieron por primera vez. Y la historia nos permite figurarnos lo que serían en el firmamento anubarrado de aquellas épocas los surcos de fuego, las intensas huellas luminosas que ellas dejaron, mucho más intensos y duraderos que los que dejan en la oscuridad del cielo los mensajeros fugaces de los dioses.

Pero la mejor prueba de la pujanza y estirpe intelectual de sus hijos la ha dado Concepción cuando, viendo que las conquistas de la libertad deben consolidarse por la cultura, creó al lado del Liceo su laboriosa Universidad, para fundir en crisoles nuevos nuevas materias, oro puro y diamante firme, que han de servirle para modelar en el bien y la eficiencia la sociedad futura.

Señores: cuando a Nazir Schah, el conquistador de la India, uno de sus nuevos

súbditos le presentó el maravilloso diamante extraído de Golconda que dos mil años atrás usara uno de los héroes del Mahabárata, exclamó, dando un nombre a la preciosa gema: «Es una montaña de luz digna de iluminar la frente de los reys».

Y yo, al expresar los parabienes de la Universidad de Chile y mi propia convicción, no puedo menos de parodiar la frase del soberano persa: «Vuestro Liceo-Universidad será una montaña de luz que alumbrará eternamente la conciencia del pueblo».

JULIO MONTEBRUNO LÓPEZ.

Un juicio de Paul Hazard sobre nuestra Revista



L profesor francés M. Paul Hazard, que ha sido nuestro huésped, tuvo ocasión de leer los primeros números de ATENEA.

El distinguido catedrático ha querido expresar el juicio, ciertamente bastante benévolo, que le merece nuestra publicación, y en carta dirigida a nuestro representante en Santiago, don Roberto Meza, expone resumidamente su opinión y nos sugiere interesantes ideas sobre la labor que aun queda por realizar a ATENEA.

Como de hombre que entiende la materia, el juicio del señor Hazard, en lo que se refiere a las nuevas perspectivas de trabajo para la Revista de la Universidad de Concepción, es de gran interés, y por cierto las normas trazadas por el ilustre catedrático francés serán puestas por obra a medida que nuestra revista vaya afirmando y completando lo que él llama su «personalidad viviente».

La carta de M. Paul Hazard, traducida, es ésta:

«Santiago de Chile, 21 de Junio de 1924.

Mi querido amigo:

He examinado con vivo interés y con toda la atención que merecen, los tres primeros números de la Revista ATENEA, publicada por la Universidad de Concepción.

Muy bien ideada me parece esta revista. Tiene la cualidad, puesto que veo, al pie de los artículos, los nombres más estimados de las letras y de la política. Tiene la variedad: mezcla en las proporciones más justas, la poesía, la crítica, la economía política, las cuestiones sociales. Está lejos de olvidar la vida universitaria, pues recuerda su origen y cuida del papel que la Universidad debe desempeñar en la vida intelectual y moral de la nación.

¿Permitiría Ud. a un hombre que ha escrito mucho en las revistas, y que él mismo dirige la *Revista de literatura comparada*, sugerirle una idea? Tal vez unas crónicas regulares, a cargo de hombres eminentes, atraerían vivamente la curiosidad de los lectores. Así es como la Revista de Ambos Mundos ha visto aumentar considerablemente el número de sus subscriptores, desde el día en que a M. Poincaré le fué confiada la crónica política. «Crónicas», «revistas del mes», en todos los órdenes de la actividad nacional, provocan la atención, la discusión, y a menudo consiguen intensificar la vida de una revista, que debe ser ella misma como una viviente personalidad.

Hé aquí, rápidamente bosquejada, la impresión que entrego a la consideración suya. Pero no es sino la impresión de un extranjero, que no podría comprender las cosas desde el punto de vista del país, que es lo esencial. Quiera ver en ella solamente, mi querido amigo, una prueba de la estimación que siento por la Revista y por Ud.—P. Hazard.

Centenario del Liceo de Concepción



EL 9 de Agosto recién pasado se celebró en esta ciudad el primer Centenario de su Liceo de Hombres (1823-1924).

Dió lugar a fiestas simpáticas y de expansión espiritual realzadas por la presencia de una distinguida delegación de la Universidad de Chile y del profesor de la Universidad de París señor Paul Hazad. Como delegados del *alma-mater* metropolitana vinieron su Secretario General señor Ricardo Montaner Bello, el Decano de la Facultad de Humanidades señor Julio Montebruno, y el Secretario de la misma Facultad señor Gabriel Amunátegui.

Las notas de arte no saltaron en el programa de festividades. De tales pueden calificarse sin exageración los hermosos coros cantados en la plaza principal de la ciudad por el Orfeón Liceano con acompañamiento del Orfeón Ibero Chileno bajo la dirección del maestro señor Pablo Vidales; y también la colocación en las galerías del Liceo de reproducciones en porte natural de las bellas esculturas nacionales, obras del gran Plaza, la Quimera y el Jugador de Chueca.

El acto más sobresaliente del programa fué seguramente la velada que se verificó en el Teatro Concepción con asistencia de miembros de la sociedad penquista, del profesorado y de estudiantes universitarios liceanos. En ella hicieron uso de la palabra el señor Intendente de la Provincia don Augusto Rivera Parga, el señor Secretario General de la Universidad de Chile ya mencionada y el Rector del Liceo, señor Enrique Molina.

Resultó también brillante el almuerzo ofrecido en el Club Concepción, muy especialmente por los discursos que en él se pronunciaron. Hablaron en esta ocasión el señor Enrique Marshall, que fué el oferente, y los señores Paul Hazard, Gilberto Fuenzalida, obispo de Concepción, Samuel Guzmán García, Carlos Soto Ayala y Enrique Molina.

La muchachada estudiantil no podía permanecer indiferente en esta ocasión. Los estudiantes de humanidades abrieron las festividades con un baile y los universitarios lo cerraron con otro que ha sido uno de los más animados de que haya recuerdo.

La celebración de un Centenario es la recapitulación del pasado y del presente para enviar al porvenir un mensaje de aliento y de esperanza.

El Liceo de Concepción se había ganado bien el derecho de celebrar el suyo. Los esfuerzos de tantos años, los sacrificios de tanto hombre abnegado, tanto heroísmo modesto y anónimo, han labrado en el Liceo de Concepción una noble tradición, inferior sólo en el país a la de que pudo enorgullecerse el Instituto Nacional, tradición de deber y de civismo, tradición que impone y arraiga, tradición que anima e informa la vida de los que sirven en sus Aulas.

André Maurois

Ariel o la vida de Shelley

(Continuación)



UANDO Mme. Boinville invitó a Shelley y Hogg a pasar algunos días en el campo, ambos aceptaron con placer. Encontraron allí a su hija Cornelia, mujer bonita, melancólica y culta, y su hermana Mrs. Newton. Shelley volvió a sentir las deliciosas impresiones de otras temporadas. Llamaba a Mme. de Boinville «Meïmouné», porque, como la heroína de su poema favorito:

Tenía el rostro de una joven
Aunque sus cabellos fueran grises.

La hermosa Cornelia le daba lecciones de italiano y Mme. de Boinville exponía con su voz pura la indulgente doctrina de los filósofos franceses: «goza y haz gozar, sin causar daño a nadie», he ahí toda la moral»; esta frase de Chamfort, tema favorito de Mme. de Boinville, habría debido indignar a Shelley. La pobre Harriet nunca había dicho nada tan contrario a la virtud.

En Braknell las diversiones mismas le parecían agradables a Shelley, porque hasta los juegos estaban impregnados de filosofía. Cornelia acostumbraba leer y con frecuencia aprendía de memoria un soneto de Petrarca. Y todo el día meditaba y se nutría del soneto. Al darle los buenos días, Hogg y Shelley preguntábanle cuál era el soneto de la mañana. A veces el poema le parecía demasiado conmovedor para atreverse a recitarlo en voz alta: entonces habría el pequeño Petrarca de bolsillo que no le faltaba nunca y señalaba con el dedo el pasaje. Luego, paseando entre los dos jóvenes por las avenidas del parque, comentaba el texto amoroso con elocuencia y sencillez.

«Es bueno—decía—comenzar el día con una dosis de ternura que perfume los actos hasta el anochecer».

Esos paseos, esas discusiones sobre los únicos temas que le parecían importantes y reales, esa casa a la vez opulenta y simple, cuya perfección le encantaba sin que le chocara su lujo, todo contribuía a hacer de Bracknell para Shelley un sitio de reposo y encantamiento. Harriet fué invitada; Mme. de Boinville la recibió condescendiente y bondadosa.

—Es una personita lindísima—declaró a Hogg.—Me parece algo frívola para nuestro delicioso estoico; pero ¿no tiene 18 años?

Por desdicha Harriet advirtió que no la trataban de igual a igual; vió que a Shelley gustaba más discutir con Cornelia sobre Petrarca que con su mujer los medios de aumentar los gastos de la casa; por reacción contra un ambiente que

sentía confusamente hostil, bajo su aparente benevolencia, mostróse insesible y sarcástica. En los momentos más solemnes, cuando los otros hablaban de liberación y de virtud, su marido la veía cambiar sonrisas burlonas con Hogg y Peacock, nuevo amigo escéptico que habían descubierto hacía poco.

Shelley soportaba la ironía de Hogg; pero la de su mujer lo irritaba. El espíritu de Hogg era un universo diferente del suyo y él lo admitía como diferente. El de Harriet era su obra; él la había formado, educado, cultivado; estaba hecho a sentirla como un eco suyo. Al descubrir de pronto que esa parte de sí mismo se había despegado y a veces sonreía escuchándolo; sintióse horriblemente triste.

Nada presenta más la apariencia de la tontería que los celos inconfesados. En vez de atacar francamente al adversario, lo que sería natural y aun conmovedor, se critican con acritud palabras inofensivas, acciones banales y lo que es en realidad un sentimiento vivo y legítimo toma así el aspecto de una mezquindad insoportable. Harriet lo encontraba todo mal en Blacknell, porque estaba justamente celosa de Cornelia Turner. Pero Shelley, que atribuía su aire burlón y sus pullas vulgares a una increíble puerilidad, le demostró una frialdad despreciativa.

Inmediatamente, por soberbia, Harriet acentuó su actitud. «Eliza tiene razón —pensaba— es egoísta y se cree admirable... Porque le gustan la vida retirada, las discusiones inútiles y los poemas italianos querría imponérmelos. ¿Con qué derecho me prohíbe tener mis gustos personales? ¿Por qué la vida de una Cornelia que lee a Petrarca sería superior a la mía? Esas mujeres a quienes tanto admira son menos jóvenes y menos bonitas que yo... Muy luego sentiría mi ausencia...»

Anunció la intención de reunirse con Eliza en Londres. Sólo insistieron para retenerla lo que exigía la política.

—El pobre Shelley—pensaban las señoras Boinville—no tiene la mujer que necesitaría.

Tomó, pues, la costumbre de dejarlo en Bracknell y de pasar largas temporadas en Londres. Muy luego amigos oficiosos le contaron que la veían muy seguido con el Mayor Ryan.

Por vez primera, después de su matrimonio, ocurriósele a Shelley la idea de la infidelidad. Era un tema que siempre había considerado con el mayor desprecio, en abstracto. Al pensar bruscamente en Harriet y él como personajes posibles de esa tragedia experimentó el más violento dolor.

La razón le decía que debía sentirse feliz de librarse de una mujer mediocre. Si experimentaba amor ¿no era más bien hacia la deliciosa Cornelia Turner que hacia Harriet, cuya rencorosa vulgaridad lo había irritado tanto en Bracknell? Y si no la amaba ya ¿no era la ruptura la más simple de las soluciones? ¿No enseñaba él que cuando el amor se extingue cada esposo debe recuperar su libertad? Pero en vano se repetía esos argumentos tan razonables. Descubría con estupor que Harriet Westbrook y Percy Shelley no eran ya dos seres aislados y libres. Parecía que los recuerdos, las caricias, los sufrimientos los hubieran envuelto

en una red invisible y carnal que resistía dolorosamente a los esfuerzos por romperla.

Acudió a Londres resuelto a acusarse y excusarse. Pero encontró a Harriet rígida e irónica, impenetrable a toda conversación íntima. Semejante cambio le pareció fatal.

Esa niña suave, obediente y dulce tres meses atrás se había puesto seca y altanera. Por momentos, Shelley creía divisar detrás de la máscara de orgullo una imagen fugitiva de la antigua Harriet; pero si insinuaba entonces una frase tierna estrellábase contra la fría coraza.

Errando al azar por las calles de Londres, pensaba:—¡Qué loco he sido! Unirme para siempre a una mujer que no me ama, que no me ha amado nunca... Ahora veo claro que se casó conmigo por mi fortuna y mi título. Ve sus esperanzas perdidas y me hace pagar sus decepciones...—Y repetía interiormente:—Un corazón como un bloque de hielo... como un bloque de hielo...

Acaso si se hubieran hallado solos habría logrado recuperarla; pero entre ellos alzábase Eliza, hostil, formidable, y el galante mayor Ryan entre bastidores, siempre listo para compadecerla por las injusticias de un marido doctrinario.

Después de algunos días de lucha, el ardor de Shelley se extinguió bruscamente. Era capaz de accesos de energía moral en que nada le parecía imposible; pero lo mismo que, en Oxford, después de sus paseos caía en invencible modorra, su voluntad moribunda semejava una llama que lanza un resplandor prodigioso antes de desaparecer.

Cuando vió que Harriet seguía insensible, abandonó todas las esperanzas de salvar los restos de su hogar y anunció que se iría a Bracknell, solo, por un mes. Comprendía que después de tal ausencia la habría de hallar completamente transformada por su abominable ambiente, esperaba que después del delicioso intermedio campesino sobrevendría la catástrofe; pero se sintió demasiado débil para seguir luchando.

«No soy—decía—sino un insecto que se calienta un poco jugando en un rayo de sol; la próxima nube me precipitará para siempre en el infierno y en el frío». Y recitaba melancólico la estrofa de Burns:

La dicha se parece a las flores de los campos
que mueren en las manos que las cogen,
o bien a la nieve de los prados,
un momento blancas, luego inexistentes...

Parecía que en la cristalina mansión de su pensamiento, Harriet, su hija y Eliza habían caído como trozos de materia viva y rebelde. En vano, con todas las fuerzas de la lógica, quería arrancarlas: la pesada realidad quebrábale esas armas ligeras.

XVI

A veces, pensando en el lindo, pueril rostro de su mujer de 18 años, creía Shelley que aun sería posible reconquistarla y en un poema melancólico expresó con ternura este pensamiento. ¿Lo advirtió ella? El no lo supo. Encerrada cada vez más en su misterio hostil, cuando él regresó a Londres, partió ella para Bath.

El hubo de quedarse en Londres, esperando los 21 años, con el temor de que su familia quisiera quitarle sus derechos. Además, aunque cargado de deudas, empeñábase en pagar las de los otros y le parecía indispensable socorrer a Godwin, que necesitaba tres mil libras para no quebrar. ¿Cómo conseguirlas? En cuanto se había planteado este problema, el filósofo demostró de nuevo vivo interés por Shelley y lo invitó con mayor frecuencia a su casa.

El joven aceptó, pues esperaba trabar conocimiento con la hija mayor de Godwin, Mary Wollstonecraft, que regresaría de Escocia. Godwin se la retrataba con caracteres seductores: diecisiete años, inteligencia activa y aguda, gran deseo de aprender, una perseverancia invencible. Ya Fanny y Jane se la habían descrito en parecidos términos, declarándola igual a su madre, la primera mujer de Godwin: Mary Wollstonecraft inspiraba a Shelley grande admiración y sentíase emocionado ante la proximidad de la desconocida.

Experimentaba la necesidad de encarnar en un bello rostro las fuerzas misteriosas y benévolas que creía esparcidas en el universo: el amor era para él una admiración apasionada, un acto de fe total, una mezcla exquisita y perfecta de inteligencia y sensualidad.

Si Mary no hubiera sobrevenido, o si lo hubiera decepcionado, sin duda aquel sentimiento suyo se habría dirigido a Fanny o acaso a Jane; pero Mary resultó la que él aguardaba.

Tenía el rostro puro, fino y pálido, los cabellos blondos peinados en bandós, alta la frente, los ojos oscuros, graves, dulces. En aire de inteligencia dolorosa, de valor y orgullo, inspiró inmediatamente a Shelley el entusiasmo que le producían la lectura de Homero y Plutarco. Parecíale descubrir algo de heroico en esa niña delicada y la mezcla de feminidad y heroísmo era lo que más lo conmovía.

«Cuánta seriedad y cuánta emoción» pensaba él, escuchando extático la voz juvenil. Una muchacha bella y pensadora, a esa edad deliciosa en que se juntan la gracia de la mujer y la ardiente curiosidad intelectual del efebo, constituían para él la obra de arte más exquisita. Inmediatamente experimentaba el deseo de hacer brillar esos ojos ávidos con la sorprendente visión de una aérea cabalgata a través de la metafísica. Harriet Westbrook realizaba imperfectamente su ideal. Un instante pudo forjarse la ilusión de que reunía ese encanto de la belleza y la inteligencia. Pero Harriet no resistió a la difícil prueba del tiempo. Le faltaba fondo; aun cuando fingía interesarse por las ideas, el vacío de su mirar la denunciaba. Era coqueta, frívola, hábil en pequeñas intrigas propias de mujeres y ello solo habría bastado para helar el entusiasmo de Shelley.

Mary, con sus ojos de avellana, era fina y recta como una espada. Educada por el autor de la Justicia Política, carecía de toda superstición y la nitidez aguda de su acento lo revelaba con elegancia. Todas las noches, comiendo en la casita de la calle Skinener, Shelley pasaba las horas contemplando su rostro. Hacía ademán de oír a Godwin que exponía el lamentable estado de sus negocios, discutía los presupuestos de Inglaterra o las leyes sobre la prensa; pero los ojos se le iban sin cesar.

También ella estaba pronta para amarlo. Sus hermanas habían preparado románticamente el camino con sus cartas en que no le hablaban sino del bello poeta y las descripciones resultaron inferiores a la realidad.

Lo encontró más admirable aún y encantador de lo que le habían dicho y vió en el acto que ella le interesaba. Aun cuando nunca se quejara, lo sintió triste. Una noche, solos en presencia del retrato de su madre, Mary le habló de sus pesares íntimos. Adoraba a su padre, pero odiaba a su madrastra. Y a causa de ella la casa se le había hecho aborrecible. El único sitio del mundo donde se encontraba libre y protegida era la tumba de su madre y allá iba a leer y a meditar. Shelley, muy emocionado le pidió permiso para acompañarla.

Así, al cabo de cinco años, encontróse de nuevo en el cementerio con una virgen seria y apasionada. Una vez más lo divino encarnaba en una mujer. Pero ¡ay! Shelley ya no era libre. Sentíase atraído hacia ella por una fuerza irresistible, deseaba tomarle la mano y besarle la boca de arco fino y perfecto; pensaba que ella abrigaría iguales deseos y sus ojos se apartaban. ¿Qué podía ofrecerle él? Era casado. Sin duda el matrimonio le parecía un simple convencionalismo y, no amando ya, debía disolverse. Nunca prometió otra cosa a Harriet; por lo demás, la creía en amores con el Mayor Ryan y no experimentaba escrúpulos. Pero siendo su matrimonio legalmente indisoluble ¿qué podía ofrecer a Mary? ¿Podía aceptar para ella la vida que rehusó imponer antaño a Harriet?

Sin embargo, un amor compartido, aunque sin esperanza, valía más que la duda y la soledad del alma. Resolvió decir a Mary la verdad de su matrimonio. El amor conyugal, aun moribundo, se defiende largo tiempo contra el destino con una coraza de silencio. Un día llega en que el hombre experimenta la dolorosa alegría de mostrar sus llagas. Shelley describió a Harriet tal como ahora la veía y por una involuntaria trasposición dió a sus decepciones motivos de orden espiritual. Necesitaba una compañera capaz de comprender la poesía y la ciencia; Harriet era incapaz de lo uno y lo otro.

Dió a Mary un ejemplar de La Reina Mab. El volumen estaba dedicado a Harriet, inspiradora de sus cantos. Bajo la dedicatoria impresa, escribió:

«El Conde de Slobendorf estaba a punto de casarse con una mujer que, atraída solo por su fortuna, probó su egoísmo abandonándolo en su prisión».

Mary, al regresar a su casa con el presente, agregó:

«Este libro es sagrado para mí, nadie más lo abrirá para que yo pueda escribir en él lo que me plazca. Pero ¿qué diré? Que amo al autor más allá de lo que puedo expresar y que todo me separa de él, mi único y más ardiente amor. Por

este amor que nos hemos consagrado, no puedo ser de ti, no puedo ser de otro, pero soy tuya, exclusivamente tuya...

Por el mudo beso, la mirada invisible,
la sonrisa oculta a los demás...
Me he consagrado a ti y este don es sagrado...

Esas miradas que nadie más vería, esas sonrisas que no comprenderán los demás, Godwin sin embargo les había visto y adivinado. La intriga de su hija con un hombre que no era soltero le pareció inquietante. Le mostró el peligro y le rogó que no viera más a Shelley. A él le escribió en el mismo sentido, pidióle que se reconciliara con su mujer y que no volviera hasta una vez calmadas sus pasiones.

Esta prohibición, benévola sin embargo, desencadenó acontecimiento que, de otro modo, talvez se habrían hecho esperar. Shelley, apasionadamente enamorado de Mary, decidió huir con ella. No tenía ningún remordimiento por causa de Harriet a quien, a pesar de las afirmaciones de Peacock y Hogg, persistía en creer culpable: «Una sola cosa le interesa—decía:—el dinero... Arreglaré su situación en este punto y se sentirá feliz de recuperar su libertad». La llamó a Londres para notificárselo. Acudió; estaba en cinta de cuatro meses. Cuando su marido le anunció, con calma y bondad, su propósito, diciéndole que siempre seguirían siendo amigos, cayó peligrosamente enferma.

Shelley la cuidó con una abnegación que la hizo aun más desdichada. En cuanto la vió restablecida, siguió inflexible sus racionamientos. «La unión de los sexos es santa mientras contribuye a la dicha de los cónyuges y queda disuelta en cuanto los males superan a los bienes. La constancia no tiene nada de virtud por sí misma; participa aun del vicio cuando tolera defectos a veces considerables en el ser elegido.

Cuando él desplegaba en torno suyo esa red inflexible, transparente e infranqueable, Harriet sentíase perdida. Como antes, cuando había querido defenderse contra sus argumentos anti-religiosos, ahora se encontraba débil e incapaz. Presentía que había una respuesta, que ese inmenso dolor, esa angustia, esa mezcla de amor y de honor tenían una palabra y la habría hallado con el espíritu más sereno; pero no lo encontró nunca. Parecíale debatirse en medio de murallas invisibles y aplastantes.

Para desahogarse lanzaba terribles injurias contra Mary, culpándola de haberlo maquinado todo, de haberle quitado a Shelley, especulando con su amor al romanticismo, arrastrándolo a esas citas en la tumba de su madre, cuya memoria profanaba.

Mary por su parte se había forjado una imagen odiosa de Harriet. Una mujer que había tenido la suerte de casarse con Shelley y que era incapaz de hacerlo feliz tenía que ser forzosamente egoísta, futil y mediocre. Sabía que él la trataría generosamente, que preparaba una donación en favor suyo, que ordenaría a su banquero pagarle mayor parte de su pensión y ello le tranquilizaba la conciencia. «Tendrá dinero y quedará contenta» pensaba con desprecio.

Shelley, nervioso, agitado, cuando veía a Harriet caer en accesos de desesperación conmovedores y torpes no podía olvidar un pasado encantador. Al volver junto a Mary la adoraba por gracia grave. A fin de calmarse, comenzó a tomar láudano en dosis cada vez mayores. Repetía a sus amigos el verso de Sófocles:

No haber nacido eso se llama
ganar la partida; pero una vez en el mundo
el mejor camino, con mucho, que puede tomarse
es volverse lo más luego posible
al sitio de partida.

XVII

La silla de posta estaba pedida para las cuatro de la mañana; Shelley veló toda la noche frente a la casa de los Godwin. Al fin palidiecieron las estrellas y las lámparas. Mary, vestida de viaje, entreabrió sin ruido la puerta. Jane Clairmont que a última hora resolvió partir con su hermana, preparaba las maletas en silencio.

El viaje fatigó mucho a Mary; pero Shelley no se atrevió a detenerse temiendo la persecución de Godwin. Por último, a las cuatro de la tarde, llegaron a Douvres y, tras algunas discusiones con los empleados de la Aduana, consiguieron una pequeña embarcación para Calais.

Bella la tarde; las blancas rocas de la costa disminuían lentamente; los fugitivos se sintieron salvos. Luego se levantó la brisa, infláronse las velas y corrieron por el mar. Mary, muy enferma, pasó la noche sobre las rodillas de Shelley, que la sostenía con dificultad. Descendió lentamente la luna sobre el horizonte; después, en la total obscuridad, estalló una tormenta y los relámpagos iluminaban a trechos el mar. Apareció por fin la aurora, calmóse el viento y los fugitivos vieron salir el sol en la costa de Francia.

En las calles de Calais, la alegre agitación del puerto, la lengua extranjera, las costumbres pintorescas de los pescadores reanimaron un poco a Mary. Pasaron el día en la posada, porque había que esperar las maletas. Con ellas llegó Mr. Godwin y sus anteojos verdes. La gorda señora esperaba llevarse por lo menos a Jane; pero la elocuencia de Shelley la venció y hubo de regresar sola. A las seis los viajeros se encaminaron a Boulogne.

• • •

He aquí, pues, a Shelley con su nueva esposa peregrinando por los caminos de Francia. Se notará que en estas escapadas románticas no puede prescindir de la hermana de la bien amada.

En 1814 los caminos de Francia no ofrecían mucha seguridad. Soldados

merodeadores desvalijan a los viajeros. Para llegar a Suiza, Shelley compra un burrito tan pequeño que, a veces, con Jane, tenían que llevarlo de la brida.

Quiso fijar su residencia en Brunnen, sobre el lago de los Cuatro Cantones, cerca de la capilla de Guillermo Tell, defensor de la libertad; pero al cabo de dos días una terrible nostalgia lo oprime y levanta su tienda. Por Lucerna, Bale, Colonia y Rotterdam, a pie cuando carecen de dinero, en diligencia o barca, vuelven a Londres.

Godwin cierra su puerta al trío: encuentra que Shelley aplica demasiado bien los principios de la Justicia Política. Harriet, la esposa legítima, contrae deudas y forma escenas a Shelley. Le da, además, un segundo hijo... Jane decide llamarse en adelante Clara; lo encuentra más bonito. Como Eliza, corteja púdica y misteriosamente a Shelley... Estos amores de hermanas parecen obedecer a un ritmo... Hogg, el inmoral y encantador Hogg, es admitido de nuevo en el hogar de su amigo... El dinero falta siempre. La prisión por deudas amenaza a Shelley.

XVIII

En Enero de 1815, esta existencia difícil se vió trasformada por un acontecimiento largo tiempo esperado: el viejo sir Bysshe murió a los 83 años de edad. Mr. Timothy heredó el título de baronet y Shelley se convirtió en el inmediato heredero.

Partió para la casa de su padre, seguido de Clara. La dejó en la ciudad y se presentó solo en casa de su padre. Sir Timothy, inflado con su nuevo título y más furioso que nunca de que un baronet pudiera tener hijo semejante, le hizo cerrar la puerta por un lacayo. Shelley se sentó en las gradas del umbral y se puso a leer a Milton, en espera de noticias. Luego salió el doctor para decirle que su padre estaba muy ofendido, luego Sydney Shelley visitó a su vez furtivamente al hijo maldito para darle detalles sobre el testamento.

Era un documento extraordinario. La idea fija del viejo era constituir una enorme fortuna hereditaria y acrecentar el mayorazgo en todo lo posible. Dejaba doscientas cuarenta mil libras, de las cuales ochenta mil pertenecían necesariamente a Percy una vez muerto sir Timothy. El resto quedaba libre. Pero sir Bysshe deseaba que se uniera a las ochenta mil para formar un bloque enorme transmisible de primogénito en primogénito a los barones Shelleys del Porvenir. Para ello se necesitaba el consentimiento y la firma de su nieto y había esperado comprarlas de la siguiente manera: si Shelley consentía en prolongar el mayorazgo tendría el usufructo de toda la fortuna; en caso contrario sólo heredaría (después de la muerte de su padre) las ochenta mil libras que no le podían quitar.

Shelley regresó a Londres meditando sobre esta extraña situación y para discutirla con su abogado. Estimaba que no debía cooperar a la prolongación del mayorazgo, puesto que desaprobaba toda esa legislación plutocrática; por lo demás no quería para él ni para sus hijos el goce de una inmensa fortuna. Lo que deseaba era tener inmediatamente una renta para vivir según sus gustos y una pequeña suma

para sus deudas. Propuso a su padre la venta de sus derechos por una pensión que se le pagaría en el acto. Esta combinación gustó a sir Timothy que, perdida toda esperanza de regenerar a Percy, sólo pensaba en su segundo hijo; por desgracia los abogados no creyeron posible la transacción a causa de los términos del testamento. Autorizaron solamente la reventa por Shelley a su padre de una herencia de un tío abuelo, mediante la cual Shelley quedó en posesión de mil libras anuales. No era la gran fortuna, pero era el término de la miseria, de las piezas amobladas y las amenazas de la justicia.

Su primer pensamiento fué poner una pensión a Harriet. Le prometió doscientas libras anuales que, agregadas a lo que le daría su padre, bastarían para su sostenimiento. Luego quiso pagar las deudas de Godwin y empeñó en ello todo el primer año de sus entradas.

Su venerable amigo encontró que mil libras eran mucho menos de lo que esperaba. A su juicio nada más fácil que obtener, con la garantía de una herencia próxima, los varios miles que necesitaba su empresa editorial para ponerse al día. Shelley, exasperado, pero político, demostró una imperceptible indignación viendo al padre de Mary escribirle al raptor de su hija para pedirle dinero y negarse al mismo tiempo a mantener con ellos toda otra clase de relaciones. A lo que Godwin repuso que justamente por que le pedía dinero no podía recibir a Mary: su dignidad se oponía. No quería exponerse a que el mundo dijera que había vendido el honor de su familia para pagar sus deudas. Tan exigente se demostró en sus escrúpulos que devolvió a Shelley un cheque a su nombre, observándole que esos dos apellidos, Godwin y Shelley, no podían figurar juntos en el mismo documento. Que Shelley girara a la orden de Mr. Smith o Mr. Hume y entonces él, Godwin, podría cobrarlo.

XIX

El hijo de Mary nació antes de tiempo y los médicos dijeron que no viviría. Su padre veló entre la cuna y el lecho, en compañía de Séneca y Tito Livio. Fanny les llevó una camisita de parte de Mrs. Godwin; pero el filósofo permaneció inflexible. Hogg acudió a charlar, a comentar la gran noticia del día, el retorno de la isla de Elba, y animó a Mary con su buen sentido irónico. Acompañada siempre de Shelley, y todavía afiebrada, solía experimentar la impresión suave y algo aterrante de evadirse de la tierra y de la vida. Hogg era más sólido.

A pesar de las predicciones, el niño creció, vivió un mes y cuando comenzaban a estar tranquilos, una mañana, al despertar, lo hallaron muerto.

Shelley y Clara seguían vagando por Londres; Mary quedábase sola en casa, cosiendo y pensando en su hijito. «Era madre y ya no lo soy» decíase y en la noche soñaba que el niño no había muerto y que, friccionándolo, conseguían reanimarlo. Despertaba: la cuna estaba vacía. Se escuchaban en la calle rumores y gritos de muchedumbres agitadas. Eran tiempos de conmociones populares y de Francia llegaban amenazas de guerra. Mary tenía siempre un velo de lágrimas sobre los ojos.

La presencia de Clara en la casa la molestaba cada día más. Estaba segura de

que Clara había amado siempre a Shelley y seguía amándolo. La lealtad de Percy le parecía evidente y su moralidad más angélica que humana; pero encontraba natural leer a Petrarca en compañía de una joven apasionada y velar noches enteras a su lado. «Es que—pensaba—mi encantador Shelley conoce más a los elfos que a las mujeres».

De noche, sola con él, confesábase sus celos. El no comprendía bien tal sentimiento, que juzgaba bajo y que disminuía a su divina Mary. Pensaba que su capacidad de amar no tenía límites y no quitaba nada a su amante con proteger a Clara. La compañía de aquel ser brillante y salvaje le gustaba mucho; pero al cabo hubo de reconocer que la atmósfera de su triple hogar se ponía irrespirable.

Mary le suplicó que alejara a Clara, a quien daba siempre el nombre de «su amiga». Le buscaron mucho tiempo un puesto de institutriz o dama de compañía; pero la extraña reputación que les había dado su fuga a Francia dificultaba toda colocación.

Por lo demás, Clara no se empeñaba mucho en irse. Complaciase en esa intimidad intelectual y esperaba sin pavor sus necesarias consecuencias. Por fin la dulce firmeza de Mary venció y quedó resuelto que Clara se iría adonde una viuda, amiga de Godwin.

Diario de Mary.—No muy contenta.—Después de almuerzo, lectura de Spenser. Shelley sale con su amiga. Vuelve. Traducción de Ovidio: 90 líneas. Llego Hogg; le leo mi Ovidio. Shelley y la dama salen. Después del té, última conversación de Shelley y su amiga.

Sábado.—Clara parte, Shelley la acompaña. Hogg viene a las cinco. Inquieta de que Shelley no regrese, salgo a encontrarlo. Llueve. Vuelve a las seis treinta. El asunto está terminado. Lectura de Ovidio. Charles Clairmont nos acompaña a tomar té. Se habla de cuadros. Comienzo otro diario con nuestra regeneración.

* * *

Clara desterrada en el campo gustó algunos días esa gran calma después de un período tempestuoso; pero la muchacha no era para contentarse con la soledad campestre y buscó y encontró luego una razón de vivir.

Los enamorados creen siempre que su amor nace de haber encontrado a un ser excepcional. La verdad nos enseña que el amor preexistente busca por el mundo su objeto y lo crea si no lo halla. Sólo que esta investigación, inconsciente en los tímidos, en la audaz Clara fué enteramente lúcida y cuando comprendió que no le quedaba ninguna esperanza de arrebatarse el marido a su hermana, ni aun de compartirlo con ella, buscó deliberadamente otro héroe a sus sentimientos sin empleo. Sola en el campo, no podía descubrirlo cerca de ella. En situación parecidas, otras escriben a los grandes soldados, a los grandes actores. Era cultivada y buscó un poeta.

No encontró ninguno más digno de ella que Jorge Gordón, lord Byron, entonces el hombre más admirado y más aborrecido de Inglaterra. Sabía de me-

moria sus poemas, que Shelley leía con frecuencia en alta voz con entusiasmo. Sabía la maravillosa historia de aquel día en que Lord Byron, desconocido la víspera, despertó célebre por haber publicado *Childe Harold*, y también la leyenda de vicio, de ingenio, de encanto diabólico y de infernal crueldad formada en torno a su nombre.

La belleza del hombre, la grandeza del título, el genio del escritor, la audacia de las ideas, el escándalo de los amores, todo se juntaba en él para formar al perfecto héroe. Había tenido queridas nobilísimas; la condesa de Oxford, Lady Frances Webster, y esa encantadora Lady Carolina Lamb que, el día de su presentación, escribió:—«Loco, malvado, peligroso». Y luego: «Pero este bello rostro pálido encierra mi destino».

Casado, todo Londres sabía que entrar en la carroza de novios, después de la ceremonia nupcial, había dicho a Lady Byron:—«Sois mi mujer; esto basta para que os odie; si fuerais la de otro os podría amar». Y la trató con tal desprecio, que ella pidió el divorcio al cabo de un año. Los murmuradores de profesión afirmaban que habían descubierto relaciones incestuosas entre Byron y su hermana Augusta. Desde que se echó a correr esa sombría historia las almas timoratas se apartaban de Byron con horror.

Clara amaba las dificultades y tenía confianza en su genio; se procuró la dirección de don Juan y resolvióse tentar suerte:

Clara a Byron

Una extranjera se permite escribirle. No imploro su caridad, porque no la necesito absolutamente; pero tiemblo al pensar en la posible suerte de esta carta. ¿Si Ud. viera en mí una importuna ¿quién podría reprochárselo? Le parecerá tal vez extraño, pero es cierto, no obstante, que mi dicha está en sus manos. Si una mujer de fama inmaculada, que no depende de padre ni marido, se entrega a su discreción, si esta mujer le confiesa, con el corazón palpitante, que lo ama desde hace muchos años, si le garantiza el secreto y la seguridad, si está pronta a pagar su benevolencia con un afecto y una abnegación sin límites ¿la traicionaría Ud. sería mudo como la tumba?... Quiero que me conteste Ud. sin dilación; escribame a E. Trefusis, Noley, Place, Marylebone.

Don Juan no contestó. La desconocida del estilo pomposo era una flaca presa para el noble Lord. Pero ¿hay algo más tenaz que una mujer cansada de la virtud? Clara atacó por segunda vez: «Se ruega a Lord Byron decir si podrá, hoy a las siete, recibir a una dama que desea comunicarle algo muy importante y que querría ser recibida sola y en el mayor secreto». Lord Byron hizo responder por medio de su criado que no se encontraba en Londres.

Entonces Clara escribió con su propio nombre: quería entrar al teatro, sabía que Lord Byron tenía influencias en Drury Lane y solicitaba un consejo. Esta vez Byron respondió aconsejándole que se dirigiera al director. Sin desalentarse, operó ella un cambio de frente muy ingenioso: no era de teatro sino de literatura

de lo que se trataba: había escrito media novela y deseaba someter a su ensayo a Lord Byron. Como este continuaba silencioso e inaccesible, Clara arriesgó la oferta precisa ante la cual ningún hombre dotado de un poco de amor propio resiste:

Clara a Byron

Puedo parecerle imprudente, viciosa, pero el tiempo le demostrará que lo amo a Ud. con dulzura y constancia y que soy incapaz de astucia y de malos manejos...; Le aseguro a Ud. que su porvenir será para mí idéntico al mío!

¿Tiene algunas objeciones que ponerle al siguiente plan? Salgo con Ud. una noche en diligencia hasta diez o doce millas de Londres. Allí estaremos libres y seremos desconocidos. Ud. regresará al otro día, por la mañana temprano. Arreglaremos las cosas de tal modo que no se sospeche nunca nada. ¿Quiere Ud. admitirme en su vida un momento? ¿Dónde? No me quedará un segundo después que Ud. me haya dicho que parta. Haga Ud. en seguida lo que guste; no me vea más, trátame con dureza; no recordaré sino la gracia que Ud. me habrá otorgado y la salvaje originalidad de su actitud....

Al fin don Juan, fatigado, hostigado por la interminable persecución, resolvió ceder a su conquista. Además al día siguiente se iba en viaje a Suiza e Italia.

XX

Pero don Juan no contaba con la energía de Elvira. Clara resolvió seguirlo al continente y esa muchacha aceitunada era una fuerza de la naturaleza. Empezó la tarea de hacerse acompañar por Shelley, a quien veía dispuesto a salir de Inglaterra.

Desde que ella había abandonado su casa, habíanse instalado ellos al borde del Támesis, cerca de Windsor. Bajo las encinas del parque, Shelley compuso su primera grande obra después de La Reina Mab. Era, como todos sus poemas, una autobiografía traspuesta; pintaba a un joven ardiente, vencido por la realidad, sin las afirmaciones cortantes de su primera época, más bien con una resignación melancólica.

Pero aunque nada lamentaba del pasado, la permanencia en Inglaterra se le hacía intolerable a causa de la situación irregular de Mary y pensó que lejos, donde su aventura era desconocida, tendría más probabilidades de hallar amigas y un poco de paz.

Les había nacido un segundo hijo, sano y robusto; los gastos aumentaban; la vida en Suiza era más barata. Clara no necesitó grandes esfuerzos para decidirla a efectuar el viaje.

Como en su primera fuga, pero más confortablemente, el extraño trío cruzó París, la Borgoña, el Jura y fué a instalarse en el Hotel Inglés de Sécheron, ba-

rrio de Ginebra. El hotel estaba a orillas del lago; desde las ventanas se veían centellear al sol las crestas de las pequeñas olas azules y bajo un velo de aire luminoso temblaba la línea sombría de los montes. Más lejos, picos blancos, irreales, como nubes sólidas, brillaban. Escapados al invierno de Londres, esos paisajes de sol les parecían deliciosos. Arrendaron un bote y pasaban días enteros sobre el lago, leyendo, durmiendo.

• • •

Mientras la infantil caravana vivía olvidada entre el cielo y el agua, a través de las planicies de Flandes, Childe-Harold iba hacia ellos con un equipaje suntuoso. Inglaterra, en una de esas crisis de incoherente virtud que suceden en ella a la más sorprendente tolerancia, acababa de arrojar a Lord Byron, acusado de incesto. A su entrada en un baile vió a todas las mujeres huir, como si se tratara del demonio en persona. Decidió abandonar para siempre esa patria hipócrita.

La más apasionada curiosidad rodeó su partida. El mundo, que tan duramente castiga las rebeldías del instinto, las envidia en el fondo y las admira. En Dover, cuando el peregrino se embarcó, dos filas de espectadores bordeaban el puente; muchas damas de sociedad se habían disfrazado de mujeres del pueblo para mezclarse a la multitud. Se mostraban las enormes cajas que contenía su canapé, su biblioteca, su vajilla. El mar estaba malo y Lord Byron recordó a sus compañeros que su abuelo, el Almirante Byron, era conocido en la armada con el nombre de Jack el de la Tempestad, porque nunca podía embarcarse sino durante una borrasca. Contemplaba con cierta complacencia ese fondo sombrío de su destino familiar. Desdichado, gustábale que sus desdichas fueran grandes.

* * *

Algunos días después una extraordinaria actividad se manifestó en el hotel de Sécheron; la llegada del noble Lord producía un trastorno. Clara estaba conmovida a pesar de su audacia; Shelley impaciente por conocer al gran poeta. La acusación de incesto, las relaciones con Clara no podían chocarle. Esperaba que se formaran entre su cuñada y Byron los mismos lazos que lo unían a él con Mary y en cuanto al incesto no veía ningún inconveniente en que un hermano amara a una hermana. Si las leyes lo prohibían, era por una de esas fantasías absurdas en que las sociedades se complacen. Aun el tema parecía uno de los más poéticos que pudieran cantarse. Mary, por su parte, sentíase feliz de ver a Clara fuera de combate, aunque en condiciones algo peligrosas.

La primera aparición de Byron no decepcionó a los Shelley. La belleza de aquel rostro impresionaba. Desde luego el aire de orgullo e inteligencia, una palidez de claro de luna en la que resaltaban espléndidos los ojos de terciopelo, animados y sombríos, los cabellos negros, algo rizados, la línea perfecta de

las cejas. La nariz y el mentón eran de un dibujo firme y gracioso. El único defecto de aquel bello sér aparecía al andar. Cojo, decían; pie de fauno, insinuaba él, que prefería ser diabólico antes que enfermo. Mary observó en el acto que esa claudicación la daba una gran timidez; cada vez que tenía que dar un paso delante de espectadores, lanzaba una frase satánica. En el registro del hotel, frente a la palabra «edad», escribió «cien años».

Los dos hombres se avinieron; Byron encontraba en Shelley a un joven de su clase que, a pesar de su vida difícil, conservaba la encantadora soltura de los muchachos de buena sangre. La cultura de aquel espíritu lo admiró; él mismo había leído mucho, pero sin esa extraordinaria seriedad. Shelley había querido saber, Byron deslumbrar; y luego lo advirtió. También sintió que la voluntad de Shelley era una fuerza pura y tensa, mientras que la de él flotaba al azar de las pasiones y de las queridas.

Shelley, modesto, no vió esta admiración que Byron ocultaba con grande esmero. Oyendo el tercer canto de Childe-Harold se sintió conmovido y desconazonado. En esa fuerza, en ese ritmo potente, en ese movimiento de ola irresistible que sube reconoció el genio y desesperó de igualarlo.

Pero si el poeta le causó entusiasmo, el hombre le produjo gran sorpresa. Byron desafiaba las prejuicios y creía en ellos. Los encontraba en el camino de sus deseos y los atropellaba, pero con remordimientos. Lo que Shelley había hecho ingenuamente, él lo hacía a conciencia. Expulsado del mundo, sólo gustaba de los éxitos mundanos. Mal marido, no respetaba sino el amor legítimo. Lanzaba paradojas cínicas por represalia, no por convicción. Entre la depravación y el matrimonio no concebía término medio. Trató de aterrar a Inglaterra desempeñando un rol audaz, pero por desesperación de no haber podido conquistarla en algún cargo tradicional.

Shelley buscaba en la mujer una fuente de exaltación. Byron un pretexto para reposar. Shelley, angélico, demasiado angélico, las respetaba; Byron humano, demasiado humano, las deseaba y hablaba de ellas con el mayor desprecio. Decía: «Lo que tienen de espantoso es que no se puede vivir con ellas ni sin ellas». Y agregaba: «Mi ideal consiste en una mujer con bastante inteligencia para comprender que debe admirarme, pero no tanto como para querer que la admiren a ella». El resultado de las primeras conversaciones fué curioso: Shelley, místico sin saberlo, chocó a Byron, don Juan a pesar suyo.

Esto no impidió que formaran una sociedad encantadora. Ambos amaban con locura la boga. Compraron un bote en sociedad y todas las tardes se embarcaban con Mary, Clara y el joven médico Polidori. Byron y Shelley, silenciosos, dejaban caer los remos y seguían entre las nubes y los reflejos de la luna las imágenes fugitivas; Clara cantaba y su bella voz mecía los pensamientos en una cadencia voluptuosa por sobre las aguas estrelladas.

Una noche de gran viento, Byron, desafiando la tempestad, anunció un canto albanés: «Pónganse sentimentales— dijo— y présteme toda su atención». Lanzó un grito ronco y prolongado y después soltó una carcajada. Mary y Clara, desde ese día, lo bautizaron «el Albanés» y por abreviatura «Albé».

Shelley y Byron hicieron juntos una peregrinación literaria en rededor del lago. Visitaron los sitios en que Rousseau sitúa *La Nueva Eloisa*; Clarens, el dulce Clarens «cuna de todo amor apasionado», el Lausanne de Gibbon, el Ferney de Voltaire. El entusiasmo de Shelley se comunicó a Byron, que bajo esta influencia compuso algunos de sus más bellos versos. Cerca de La Meillerie, una de esas violentas tempestades del lago Ginebra, puso en peligro la barca. Byron empezó a desnudarse. Shelley, que no sabía nadar, se quedó impasible, cruzado de brazos. Su valor aumentó el aprecio de Byron, pero siempre en silencio.

Fatigados del hotel, los Shelley arrendaron en Coligny un cottage al borde del lago; Byron se instaló algo más arriba, en la villa Diodati. Un viñedo separaba las dos casas. Una mañana, dos viñadores vieron a Clara salir corriendo de la villa Diodati y entrar a escape en la de Shelley. En la escapada perdió un zapato y no se atrevió a recogerlo. Los trabajadores llevaron irónicamente a la acaldía la pantufla de la señorita inglesa.

Sus amores no eran felices. Estaba en cinta y Byron, fatigado de ella, le hacía sentir con dureza su cansancio. Admiró un momento, acaso, su ingenio, su voz, pero se aburrió pronto. No se reconocía ningún deber para con esa muchacha que se le había ofrecido tan a la fuerza: «¿Raptada? ¿Quién fué raptado en esta historia sino mi pobre, querida persona? Se me acusa de dureza con las mujeres: he sido siempre su víctima... Desde la guerra de Troya nadie ha sido más raptado que yo...»

Shelley discutió con él el porvenir de Clara y del niño. En cuanto a ella, el noble Lord sólo quería dejar de verla lo más pronto posible y para siempre. Shelley no podía combatir esta tesis, puesto que el amor sólo depende de sí mismo. Pero defendió los derechos del hijo por nacer.

Byron tuvo primero la extraña idea de confiarlo a su hermana Augusta, a quien la voz pública lo unía escandalosamente. Clara rehusó y entonces prometió encargarse de él, pero sólo desde la edad de un año y a condición de ser su único dueño.

Se hacía difícil para los Shelley continuar en su compañía. No porque los dos hombres hubieran reñido. Shelley halló penosa la cuestión, pero natural. Clara sufría y Mary solía indignarse de la actitud de Byron y de sus cínicas opiniones sobre la mujer. Por lo demás, de nuevo experimentaba el deseo nostálgico de ver los paisajes ingleses. Una casa junto a un río inglés aparecíasele a la distancia como refugio delicioso. Shelley escribió a Peacock y Hogg que le arrendaran una y empezó el viaje de regreso.

* * *

Después de su partida, Byron escribió a su hermana Augusta:

«No me hagas reproches. ¿Qué otra conducta podía observar? Una muchacha imprudente, a pesar de todo lo que hice y dije, me siguió o, mejor

dicho, me precedió, puesto que la encontré instalada aquí y me ha costado un mundo convencerla de que se vaya. Al fin ha partido.

Ahora, querida mía, te confieso desde el fondo de mi corazón que no podía impedir los hechos y que hice cuanto estuvo de mi parte por terminar esta historia. No la amo y no tengo amor disponible para nadie; pero tampoco podía hacerme el estoico con una mujer que había cruzado ochocientas millas para desfilosofarme... Ya sabes todo lo que hay.

* * *

Después de esta nueva vuelta a Inglaterra, las primeras sombras de su trágico destino empiezan a caer sobre Shelley. Apenas instalado en Bath, se suicida Fanny Imlay, la medio-hermana de Mary y Clara. Tal vez amaba a Shelley en silencio y sin esperanza. Le escribía cartas dulce... La última, que dejó al lado del frasco de láudano, no contenía ninguna queja... Apenas repuesto de este golpe, Shelley, que hacía buscar a Harriet, pues no tenía noticias de ella, supo que su joven mujer, desesperada por el abandono de su marido, se dejó arrastrar primero por la mala vida y luego por la corriente del río de Hyde Park, de donde la sacaron demasiado tarde. ¡La madre de sus dos hijos! Y adviértase que Shelley no era inconstante, sino que pretendía acumular, totalizar sus amores. Así, enemigo jurado del matrimonio, apresuróse, quince días después, a casarse con Mary Godwin y reivindicar la tutela de sus niños Charles y Lanthe. El Lord Canciller se la negó en una sentencia muy humillante para Shelley, porque significaba en cierto modo un veredicto oficial de locura incurable.

• • •

Durante el proceso compró una encantadora casita en Marlow. Ariel consentía, por fin, en habitar una residencia humana. Una imponente galería fué trasformada en biblioteca y adornada con grandes reproducciones de Venus y Apolo. El jardín era vasto; una niña de extraordinaria belleza jugaba con Willima y Clara Shelley. Era Clara Allegra, hija de Clara y de Byron. Su padre estaba en Venecia, divirtiéndose mucho, según decían.

No pasó mucho tiempo sin que los tres marcharan a reunírsele.

XXI

Una vez más la caravana de los tres marchó hacia los países del olvido y del sol; las niñas y las niñeras que ahora los acompañaban apenas estorbaban sus movimientos rápidos y caprichosos.

Por el Monte Cenís llegaron a Milán donde se detuvieron para avisar a Byron la presencia de su hija en Italia. Shelley pasaba los días en la catedral,

leyendo el Infierno y el Purgatorio. Amaba las tres ventanas góticas gigantescas que derraman en el coro su luz religiosa. Las iglesias no le inspiraban ya el mismo horror que antes; desde que había sufrido se sorprendía de hallar en ellas, mejor que en cualquier sitio, un refugio digno de la grandeza de las pasiones humanas. Con Dante, en esa sinfonía de colores sombríos y cálidos, el catolicismo no le parecía invención de impostores.

La respuesta de Byron fué que no quería ver a Clara por nada del mundo y huiría de todas partes para no encontrarla; cuanto a la pequeña, aceptaba encargarse de su educación siempre que lo dejaran a él de único maestro. Shelley trató de obtener condiciones menos duras; pero Byron quería ante todo librarse de las escenas de Clara y no cedió un punto. Un Veneciano de paso por Milán refirió que el «Mylord inglés» llevaba en Venecia una vida escandalosa y mantenía todo un harem. Esto no dejaba de ser inquietante para la educación de Allegra y Shelley aconsejó a Clara renunciar a toda ayuda de Byron antes que confiarle la niña. Como siempre, él se encargaría de los gastos. Pero Clara era soberbia. Orgullosa del nacimiento de Allegra, quería que su hija disfrutara de sus ventajas; tenía plena confianza en Elisa, el ama de la chicuela, y resolvió enviarlas a ambas a Venecia. A pesar de las afectuosas advertencias de Shelley, Allegra fué entregada a su padre.

• • •

Luego recibieron noticias inquietantes. Byron sólo había alojado algunas semanas en su casa a la niña. Encantado de su belleza y de verla admirada y acariciada por los venecianos en la Piazzeta, luego se había cansado de ese juego monótono y la confió a la mujer del cónsul inglés, Mrs. Hoppner. ¿Quién era esta Mrs. Hoppner? ¿Cómo tratarían a la creatura? Elisa aseguraba que era una excelente señora; pero Clara empezó a sentir terribles remordimientos. Durante todo un año no había dejado a la niña; la adoraba; era el único ser en el mundo a quien pudiera llamar suyo, puesto que su familia la rechazaba y su amante no quería verla. Shelley se compadeció de su tristeza y ofreció acompañarla a Venecia: Mary, a pesar de su repugnancia a que viajaran juntos, consintió en que lo hiciera.

Para no irritar a Byron que había prohibido a Clara acercarse a cualquier ciudad donde él estuviera, resolvieron que ella esperaría en Padua el resultado de la embajada de Shelley; pero, tan cerca de su hija, la madre no pudo contenerse y pensó que ocultándose, podría visitarla sin peligro. Tomó con Shelley una góndola que descendía hacia Brenta, atravesaron la laguna de noche, en medio de una tempestad, mientras a lo lejos las luces de Venecia brillaban confusas, tras una cortina de agua.

Al día siguiente por la mañana visitaron a los Hoppner, que los recibieron bondadosamente: la señora hizo llamar a Elisa y la niña. Allegra había crecido mucho; estaba pálida, menos viva que antes, pero siempre bellísima. Luego se habló largamente de Byron. Los Hoppner, buenas gentes, de moralidad tradicio-

nal, pareja joven y enamorada, excitados por esas intrigas, algo humanizados también por la indulgente Venecia, contaban las cosas moviendo la cabeza.

Desde el tercer día de su arribo, Byron se procuró una góndola y una querida. La querida era Marianna Segati, mujer de un comerciante en paños, que había arrendado unas piezas al poeta. Imprudente negocio; pero el paño se vendía poco. La mujer tenía veintidós años, ojos negros soberbios, una voz deliciosa. Aunque de condición burguesa, la aristocracia veneciana la recibía para oír la cantar. Que debía enamorarse del noble extranjero, bello, generoso y genial, era algo tan necesario como las reacciones químicas más simples. Cuanto el mercader de Venecia, Byron tenía el ducado listo y la moral del país permitía por lo menos un amante en casa.

Mrs. Hoppner, mujercita dulce, de ojos inteligentes, refería esta historia con el aire de tristeza y golosina con que las mujeres honradas hablan del vicio. Su marido, tras mil precauciones, agregó que eso no era todo. Se contaba en el pueblo que el señor inglés poseía, en algún barrio de la ciudad, una casa misteriosa donde, no bastándole una musa, reunía a las nueve hermanas. Toda una leyenda se formaba; los ingleses de viaje hablaban de Nerón y Heliogábalo. El pueblo admiraba y, bajo la máscara del carnaval, las mujeres se cogían del brazo de Byron. Estos relatos no eran tranquilizadores para Clara. Preguntó qué debía hacer; el cónsul le aconsejó no dejar ver a ningún precio que se encontraba en Venecia, pues Byron expresaba con frecuencia su gran temor de verla llegar.

A las tres de la tarde, Shelley visitó a su amigo en el palacio Mocenigo. Byron lo recibió en triunfo. Shelley era tal vez el único hombre con quien consentía en hablar seriamente, de igual a igual. Aun cuando le explicaron el viaje de Clara y su objeto permaneció tranquilo y razonable. Dijo que comprendía muy bien los temores de Clara, que no podía devolverle a Allegra porque los venecianos, que ya lo acusaban de caprichoso, dirían que se había fatigado de la niña, pero que iba a reflexionar y descubriría un medio de conciliarlo todo. Luego propuso un paseo a caballo por el Lido.

A través de la laguna, la góndola los condujo hasta los caballos que esperaban en la larga playa medio sumergida, sembrada de cardos y de algas. A Shelley le encantaron esas arenas desiertas, ese galope en medio de las olas. Sólo la idea de que Clara, ansiosa, aguardaba en casa de los Hoppner amargó un poco su placer. Byron habló de la tonta actitud de los ingleses que llegaban a Venecia y lo perseguían con su curiosidad, pagando sirvientes para ver su dormitorio. Luego se refirió a las desdichas de Shelley con grandes protestas de amistad. «Si yo hubiera estado en Inglaterra había removido tierra y cielo para haceros devolver los niños». Lo cual lo condujo a tratar de la maldad humana, que juzgaba infinita. Los hombres se odian unos a otros... Esperar o desear algo es señal de espíritu visionario.

—¿Por qué?—dijo Shelley,—Ud. admite que el hombre sufre sus instintos sin dirigirlos. Mi fe es diversa: yo creo en la potencia de la voluntad.

Byron señaló la ciudad patricia que el sol poniente envolvía en púrpura sombría y oro en fusión.

—Volvamos en góndola—propuso.—Tengo algo que mostrarle.

Y después que se hubieron deslizado algunos minutos sobre las aguas:

—Mire hacia el oeste y escuche. ¿No oye una campana?

Shelley vió entonces, sobre una pequeña isla, un edificio de ladrillos, informe, casi desprovisto de ventanas, que dominaba una torre abierta en la cual una campana negra balancéabase en el cielo bermellón. Hubiérase dicho también que al ruido de los remos se mezclaban gritos de auxilio, lejanos, apagados.

—Esta—dijo Byron—es la casa de los locos. Todas las tardes, atraviesando a esta hora, oigo la campana llamar a los locos a la oración.

—¿Sin duda para agradecer al Creador sus bondades?

—¡Siempre el mismo, Shelley!—dijo Byron, rudamente.—¡Infel y blasfemador! ¡Y no sabe nadar! Cuidado con la providencia... Pero ¿no hablaba de vencer los instintos? ¿No le parece este espectáculo la imagen de nuestra vida? La conciencia es una campana que nos llama a la virtud... Como esos locos, obedecemos sin saber por qué. Luego el sol se pone, la campana se detiene, y es la muerte.

Miró a Venecia que, en la luz del crepúsculo, se había puesto gris rosada.

—Nosotros, los Byron—murmuró—morimos todos jóvenes. Tanto por el lado de nuestro padre como de nuestra madre... No importa: quiero de todas maneras gozar de mi juventud.

XXII

Al otro día Shelley, que había llegado a casa de Byron inquieto, se sorprendió agradablemente al hallarlo muy razonable. Ofrecía ceder a Shelley y Clara, por dos meses, una villa que poseía cerca de Venecia, sobre el Este, y autorizar a Allegra para residir un tiempo allí. El clima era sano; los niños estarían mejor que en cualquier parte. Shelley aceptó en el acto y escribió a Mary:

«He resuelto lo que se debe hacer sin consultarte y quiero que vengas, mi bien amada, a reñirme si procedí mal, a darme un beso si he obrado bien... Mrs. Hoppner es bella, buena, tan angelicamente dulce que si fuera al mismo tiempo sabia y hábil se convertiría completamente en una Mary; pero no tiene tu perfección...»

El viaje de Mary fué penoso; en Florencia los pasaportes la retuvieron bastante tiempo; la pequeña Clara, que echaba los dientes, sufrió mucho del calor y las fatigas y llegó a Este enferma.

Durante quince días estuvo mal. El médico de Este parecía completamente estúpido y Shelley y Mary resolvieron irse a Venecia a consultar otro. En Fusina la aduana austriaca quiso impedirles el paso de la laguna: Shelley atropelló por todo con violencia inaudita y se precipitó en la góndola. La pequeña tenía extraños movimientos convulsivos de la boca y de los ojos. Durante el trayecto pareció inconsciente. En el hotel los síntomas empeoraron. Un médico dijo que ya no quedaba esperanza. Y una hora después Mary se encontraba en

una pieza desconocida, con su niño muerto en los brazos. Mrs. Hoppner llegó y se la llevó a su casa. Al día siguiente por la mañana Shelley condujo el pequeño cadáver al Lido y Mary se esforzó por sacudir su tristeza.

Uno de los principios de Godwin consistía en que sólo las naturalezas débiles se abandonan al dolor, el cual dura poco si no nos complacemos en él por una cruel vanidad de sufrir. Su hija compartía estas ideas. Al día siguiente del entierro, escribía en su diario:

«Lectura del cuarto canto de Childe-Harold. Lluve. Vimos el palacio de los Dux, el Puente de los Suspiros. etc. A la Academia, con Mrs. Hoppner; algunas bellas pinturas. Visita a Lord Byron, que estaba con la Fornarina».

• • •

La Fornarina era la nueva querida de Byron, muchacha de aspecto plebeyo y salvaje.

—Veréis qué hermosa es—había dicho Byron a Shelley—Grandes ojos negros y un cuerpo de Juno, cabellos que brillan al claro de la luna, una de esas mujeres que, por amor, irían hasta el Infierno. Me gustan esta clase de animales y, ciertamente, habría preferido Medea a todas las mujeres del mundo.

Era en efecto un extraño e indomable animal aquella muchacha, tan feroz, inspiraba terror a los sirvientes y hasta al gondolero gigante del poeta. Celosa, insoportable, falsa como un demonio y perfectamente ridícula desde que había querido reemplazar su bello chal veneciano por trajes elegantes y sombreros con plumas que Byron arrojaba implacablemente al fuego a medida que ella los compraba. Pero él le toleraba sus locuras porque lo entretenía. Le gustaban su vivacidad, su acento veneciano, su violencia. Esta alma primitiva y cercana a las bestias reposábalo, decía, mejor que todo del trabajo intelectual. Gracias a ella su poema avanzaba alegremente, con un movimiento soberbio, con algo de la natural y ondulante furia del océano y de la mujer enamorada.

A los Shelleys, que eran la civilización misma, ese admirable bruto les desagradó. Se cruzaron miradas de tristeza. Durante los pocos días que vivieron aún en Venecia, Shelley vió más de cerca la existencia de Byron y la juzgó con severidad. El poeta asociaba a sus orgías a las mujeres que los gondoleros recogían en las calles. Después, descontento de sí mismo, decretaba que el hombre es despreciable. Su cinismo no pareció a Shelley sino una elegante máscara de la bestialidad.

Por fin Mary y Percy regresaron a Este, tristes de no volver con su hijita. La casa era alegre. En el jardín, un parrón conducía a un pabelloncito delicioso que fué el retiro predilecto del poeta. Desde allí descubríase en el primer plano el castillo de Este; luego, como un mar verde, la planicie sin olas de la Lombardía, donde las bellísimas casas de campo emergían semejantes a islotes en el aire vaporoso; la solitaria Padua, y Venecia cuyas cúpulas y campanarios franjeados de oro brillaban en un cielo de záfiro.

Shelley trabajaba. Había comenzado un Prometeo y un drama lírico sobre el Libro de Job; pero ni aun en el trabajo encontraba la calma, la libertad de que tanto había gustado en Marlow. Parecíale que el dolor había tomado el timón de la barca frágil donde iban, bajo un cielo extranjero, el grupito de los jóvenes desterrados de Inglaterra.

XXIII

Después de mes y medio fué preciso devolver a Byron su villa y su hija. La lluvia invernal inspiró a Shelley el deseo de emigrar hacia el sur. Para sentirse feliz necesitaba el calor de la amistad; pero los climas y las ciudades desconocidos tentaban su melancolía.

El camino de Roma serpenteaba entre viñas rojizas. A cada paso encontraban parejas de bueyes blancos, de una belleza virgiliana. Atravesaron Ferrara, luego Bolonia, donde vieron tantas iglesias, estatuas y cuadros que la cabeza se les convertía en álbum de estampas célebres. Por Rimini, Spoleto y Terni, ciudades románticas, llegaron a la campiña romana, soledad perfecta, encantadora y sublime. Cuando entraron en la ciudad, un cuervo enorme planeaba por los aires.

La majestuosa tristeza de las ruinas eternas los impresionó. Shelley admiró el cementerio inglés, cerca de la tumba de Cestius, el más bello y el más solemne que hubiera visto jamás. El viento hacía cantar las hojas sobre los sepulcros. Allí hubiera querido reposar.

Después de un viaje de tres semanas, llegaron a Nápoles y arrendaron una casa desde donde se divisaba la bahía azul, siempre igual y siempre diversa. Noche y día miraban humear ligeramente el Vesubio y reflejarse sus llamas y sus sombras en el agua del mar. El clima era el de una primavera inglesa, aunque tal vez faltara ese «crescendo» continuo de dulzura que da tanto encanto a los países templados. Fueron a Pompeya, a Salerno, a Poestium, bellas visiones demasiado rápidas que les dejaban en el alma imágenes blancas y confusas, como de un sueño medio olvidado. A pesar de tanta belleza, no se sentían dichosos.

No conocían a nadie y el perpetuo aislamiento de su pequeño grupo se les hacía penoso. Bajo ese bello sol, pensaban en Richmond, en Marlow, en Londres. ¿Qué eran aquellas montañas y ese cielo azul sin un amigo? Los placeres de la sociedad son el alfa y el omega de la existencia y los paisajes presentes, tan reales y tan hermosos, desvanecíanse al recordar la decoración de los sitios familiares, mediocres tal vez, pero encantadores por el recuerdo.

En las calles, miraban con envidia a los pobres decirse buenos días. Shelley tan lleno de ternura hacia los hombres, asombrábase de sentirse solo en medio de ellos. Mary, sobre todo, sufría de verse en todas partes como «la extranjera». De nuevo estaba al comienzo de un embarazo. Clara se le hacía insoportable. El sirviente italiano sedujo a la niñera suiza y, obligado a casarse, partió lleno de maldiciones y amenazas de venganza. Cansados, descontentos de Nápoles, regresaron a Roma. Una perpetua necesidad de cambiar los agitaba, como

al enfermo que busca en el lecho un sitio fresco, llevando consigo la fiebre. El calor de la primavera romana pareció fatigar al pequeño William. El médico les aconsejó llevárselo rápidamente más al norte. Iban a partir, cuando, bruscamente, se declaró una disentería. Durante sesenta horas no dejó Shelley la manecita de su hijo. Lo quería cada día más. Era un niño inteligente, afectuoso y sensible. Tenía sedosos cabellos rubios, la tez transparente, ojos azules, animados y serios. Cuando estaba durmiendo, las mujeres italianas iban en puntillas a mostrárselo unas a otras. Agonizó tres días.

Lo enterraron en el cementerio inglés que su padre, al llegar a Roma, había encontrado encantador por su silenciosa soledad. El viento cantaba aun entre las hojas. Cerca de una tumba antigua, en medio de las flores y de las yerbas soleadas, Shelley vió desaparecer el ataúd de su niño.

Fanny... Harriet... la pequeña Clara... William... Le pareció que una atmósfera pestilencial lo circundaba, infestando a los seres que le eran queridos.

• • •

La joven pareja, tan rudamente azotada por el destino, había soportado hasta entonces con valor sus pruebas; pero esta vez Mary abandonó la lucha.

Shelley se la llevó al campo, a una encantadora villa. Todo le era indiferente. Pensaba en unos pasitos que señalaban la arena de la playa napolitana, en esas expresiones ingenuas que pintan con tanta viveza el amor, el asombro, el gozo. Inmóvil los ojos fijos y como entorpecidos, no salía de su silencio sino para preguntar por la tumba romana; quería para su niño una estela de mármol blanco y flores.

Informado de su tristeza, Godwin se la reprochó con filosofía. Shelley mismo se quejaba suavemente: «Amiga mía ¿adónde has partido? Me has dejado solo en este mundo árido. Tu forma está ahí, encantadora, pero tu te has ido por el camino solitario que conduce a los sombríos extremos del dolor...»

El tenía retiros aéreos y cuando en ellos se refugiaba desaparecían el mundo y la existencia no era sino un absurdo ensueño. Allá terminaba su Prometeo, nueva versión de su tema único: la lucha del Espíritu contra la Materia, del hombre libre contra el mundo. Júpiter representaba el papel de Lord Castlereagh; el Titán encadenado era otro Shelley, víctima llena de esperanza, confiada en el triunfo del bien. Bellos cielos sin nubes, torbellinos del viento tibio del Oeste, todo servíale para cantar desesperadamente su optimismo que ningún golpe abatía:

—¡Viento! Haz de mí tu lira como este bosque... ¿Qué importa si mis hojas también caen? Sé, para mis labios y para la tierra adormecida una trompeta de profecías ¡Oh! viento, si el invierno viene ¿puede estar lejos la primavera?»

Cuando llegó el alumbramiento de Mary, se encaminaron a Florencia a fin de estar cerca de un buen médico. El mejor fué Florencia misma, donde la soledad carece de amargura. En Florencia se vive con el Dante, se oye a Savonarola, se ve pasar a Giotto, Brunelleschi y Donatello rivalizan aun, amistosa-

mente, en las iglesias y las estatuas viven con más familiaridad que en otras partes. En la plaza, David vence al Neptuno imbécil y al torpe Hércules de Bandinelli. Se sufre menos de no conocer a los niños que pasan, mirando los de Della Robbia.

Gustábale a Shelley contemplar la ciudad desde las alturas de San Miniato. Los techos rosados dibujaban sus formas precisas; el Arno, henchido de lluvia, dejaba rodar sus aguas amarillas entre las viejas casas, que parecía una muchedumbre humana reunida en las riberas y los puentes: a los lejos, el valle descubría un horizonte de colinas azules.

En esa atmósfera cargada de efluvios espirituales, Mary se reanimó algo. Hablaba con algunas personas. El nacimiento del niño fué rápido y feliz. Cuando la madre se vió con una guagua otra vez en los brazos, sonrió por primera vez desde la muerte de William.

Lo llamaron Percy Florence.

XXIV

Todo en la vida llega por series. Un amigo trae otro amigo. Mary y Percy, que habían sufrido tanto con la soledad, encontráronse de pronto, sin buscarlo, convertidos en el centro de un grupo muy animado y muy agradable.

La casualidad hizo el milagro. Primero Shelley volvió a sufrir su dolor al costado. El viento de los Apeninos, tan rudo en Florencia durante el invierno, se le hizo penoso y los médicos le aconsejaron irse a Pisa, que está más abrigada.

Allá se le reunió Tom Medwin, uno de sus primos, antiguo oficial del Ejército, aficionado a las artes y que buscó la compañía del único literato de la familia. Era bastante aburridor, pero buen hombre, y relacionó a los Shelley con una pareja encantadora, los Williams.

Edgard Williams era, como Medwin, antiguo oficial de dragones. Habíase retirado por motivos de salud, según decía. Era un muchacho franco sencillo, sin pretensiones y que se interesaba por todo. Agradó mucho a los Shelley y su mujer les pareció deliciosa, muy linda, de modales refinados, excelente música. En el acto se estableció una profunda simpatía entre ambos esposos y los Shelley conocieron por fin esa dulce existencia de visitas espontáneas, elogios delicados y perfecta confianza que forma el encanto de las verdaderas amistades.

En cuanto un grupo existe, los que se sienten aislados se le agregan. Así se les unió un irlandés, el conde Taaffe, un griego, el príncipe Mavrocordato, y un extraordinario abate italiano, diabólico y penetrante, tipo de inquisidor de Venecia, el reverendo profesor Pacciani, llamado el Diablo de Pisa, maestro sin cátedra, gran conocedor en cuadros, anticuario, perito y comisionista universal. Era el hombre que siempre encuentra un «pallazzo» que arrendar, cobra al arrendador y al arrendatario, recomienda a un profesor de italiano y comparte con él el precio de las lecciones, mientras desliza misteriosamente al oído

del viajero inglés el nombre de una Marquesa deseosa de vender un Andrea del Sarto.

Íntimo de la casa en cuanto puso el pie en ella, Pacciani llamaba familiarmente a Mary y a su amiga Jane «le belle inglese» y las entretenía contándoles las interioridades de los grandes señores de Pisa, cuyo amigo era.

* * *

Uno de esos relatos emocionó vivamente a Shelley. El conde Viviani, el hombre más importante de la ciudad, acababa de casarse en segundas nupcias con una mujer mucho más joven que él; había tenido de su primera esposa dos encantadoras hijas y la nueva condesa, celosa de su hermosura, había conseguido encerrarlas en dos conventos hasta que alguien consintiera en casarse con ellas sin dote. El profesor, que había conocido a las «contessinas» desde la infancia, hablaba con entusiasmo de su belleza y su inteligencia. La mayor, sobre todo, Emilia, era una especie de genio.

—¡Poverinal!—decía Pacciani.—Está como un pájaro en la jaula, viendo pasar sin objeto sus años juveniles, ella que está hecha para el amor. Ayer regaba algunas flores en su celda.—Sí, les decía, Uds. nacieron para vegetar; pero nosotros, séres pensantes, estamos hechos para obrar y no para marchitarnos en el mismo sitio... Este convento de Santa Ana me parece un sitio horrible; las pensionistas tiritan de frío y no tienen para calentarse sino algunas cenizas en un tiesto de greda. Ud. se compadecerá de ellas.

Este caso despertó en Shelley todos sus sentimientos de caballero errante dormidos en la paz de la vida conyugal. Hizo mil preguntas, mostró tanta indignación contra el viejo conde, tanto interés por la bella víctima, que Pacciani, que no podía resistir el delicioso placer de entrometerse, suprema sensualidad de los viejos, le propuso llevarlo al convento de Santa Ana.

Era en efecto una casa miserable; los visitantes atravesaron un portal ruinoso; el abate fué a buscar a Emilia y luego Mefistófeles volvió con Margarita. No había exagerado la belleza de la joven; llevaba los cabellos negros anudados simplemente como los de una musa griega; su perfil sin defectos parecía obra de un admirable escultor; la palidez del rostro hacía resaltar el brillo de los ojos, que poseían esa expresión medio adormecida y profundamente voluptuosa en que algunas italianas superan a las orientales.

Apenas entró en el locutorio, Shelley sintió que la amaba. Pero su amor no era deseo carnal, sino necesidad de sacrificarse y de admirar. Conservaba siempre en el fondo del alma la imagen de una perfecta belleza física unida a la belleza moral, el mito de una mujer encantadora y oprimida para convertirse en su caballero. Esa Andrómeda que yacía en el fondo de sus sentimientos amorosos le hizo raptarse a Harriet para sustraerla a su padre, amara a Mary porque era desdichada, mezcla de proporciones para él mismo desconocidas de sensualidad y compasión, sentimiento turbio en su origen, pero que él había sabido purificar y que exaltaba hasta el máximo su potencia poética.

Durante largo tiempo creyó encontrar en Mary esa amante mística; pero la vida en común es fatal a las fantasías sentimentales. En la bella y misteriosa Emilia, la diosa podía encarnar, porque no sabía nada de ella. Encontraba por fin en ese convento extranjero la visión admirable y fugitiva que perseguía desde la adolescencia y que, cada vez que intentaba cogerla, desvanecía para dejarlo ante una mujer de carne.

Al penetrar en el locutorio, Emilia dirigió a un pájaro que estaba en una jaula un discurso que Shelley encontró el más poético del mundo:

—¡Pobre pequeño! ¡Te mueres de languidez! ¡Cuánto te compadezco! ¡Cómo debes sufrir oyendo las bandadas de tus hermanos que te llaman y parten para países desconocidos! Como yo, aquí terminarás tu miserable destino... Oh! si pudiera libertarte!

Improvisaba así, a la italiana, especies de poemas hablados que no carecían de fuerza. Shelley la encontró genial. Le pidió permiso para volver a verla, llevarle su mujer y su cuñada. Ella consintió.

Refiriendo a Mary esta visita, no hizo misterio de sus sentimientos. Ambos leían mucho a Platón y Mary no ignoraba que ese amor era sólo la contemplación de la belleza pura. Hubiera preferido, sin embargo, que semejante contemplación tomara por objeto, alguna estatua o que, como Dante, Shelley no hubiera hablado nunca a su Beatriz. Sin embargo, lo acompañó al convento.

Reconoció que Emilia era muy bella, muy «estatua griega», y de una elocuencia sorprendente; pero, en el fondo de su corazón, prefería la púdica reserva de los ingleses a ese genio italiano demasiado expansivo. Encontró que Emilia hablaba fuerte, que sus gestos carecían de gracia y que resultaba más agradable cuando permanecía en silencio. Se guardó de mostrar tales sentimientos.

Clara, más sensible, se sintió conquistada como Shelley. Mientras Mary le llevaba a la cautiva libros, una cadena de oro y otros regalos, Clara, que era pobre, ofrecía lecciones de inglés. Emilia aceptó con entusiasmo. Una incesante correspondencia se cruzó entre el convento y Pisa; no eran sino: «Querida hermana... Mary adorada... Sensible Percy... Caro fratello... y aun, en sentido místico se entiende, «adorato sposo». A veces la «querida hermana Mary» parecía algo fría. «Pero su marido me dice que esta frialdad aparente no es sino la ceniza que cubre un corazón afectuoso».

La verdad es que la querida hermana Mary sentíase enervada. Ya Shelley estaba construyendo en torno a Emilia uno de esos mundos imaginarios a los que gustaba evadirse; componía para ella un gran poema de amor tan misterioso como la Vita Nuova del Dante o los sonetos de Shakespeare. Proclamaba en él su doctrina:

—Nunca he pertenecido a la secta de los que sostienen que sólo se debe tener una amante y leer un libro y que el resto debe condenarse al olvido...

Trazaba un retrato de Emilia que era un himno a su belleza, llamábale esposa, hermana, ángel...

Aunque Mary se repetía que todas esas cosas se dirigían a la divina esencia

de Emilia, no a una linda muchacha de cabellos negros, le era penoso ver trabajar a Shelley con tanta exaltación. Por suerte, el trabajo lo absorbía al punto de no dejarle tiempo para visitar a su heroína. Y mientras el amante platónico acumulaba imágenes vaporosas, el padre de la joven le enviaba proposiciones cínicas, ofreciéndole un marido viejo y rico, un tal Biondi, dueño de un castillo lejano. Y antes de terminar el poema, recibió Shelley la noticia del matrimonio de Emilia.

XXV

Durante los primeros meses después de su salida de Venecia, Clara recibía regularmente noticias de Allegra por los Hoppner. La pequeña sufría con la baja temperatura. Se había puesto seria como una viejecita y Mrs. Hoppner opinaba que la sacaran de Venecia. Pero resultaba imposible entenderse con el padre, cada vez más enfangado en las orgías.

Pasó algún tiempo sin noticias. Llena de ansiedad, Clara escribió carta tras carta a la mujer del Cónsul, hasta que supo los cambios que se habían producido en la vida de Byron. Empezaron por una enfermedad bastante grave que lo refujo en cama. Hoppner, al hacerle compañía, le refirió que sus amores, lejos de escandalizar a la gente, alimentaban las «converzazioni» y decían que las mujeres se burlaban de él y le robaban. Don Juan se había enfurecido e inmediatamente despachó a todas las sacerdotisas del palacio Moceniso.

Durante la convalecencia, se le vió en los salones de Venecia, largo tiempo abandonados por él. Allí encontró la mujer más linda de Italia, a la condesita Guiccioli, encantadora rubia de diecisiete años que acababa de casarse con un respetable caballero. El peregrino la encontró admirable, sobre todo muy bien formada de cuerpo. El primer día, le entregó un billetito. Era una cita. Ella acudió. El que decía amarla era un gran poeta, noble, rico, hermoso. Cedió sin combatir.

Días más tarde el conde Guiccioli partió con su mujer a Ravena y Teresa rogó a Byron que los siguiera. Olvidaba que la mujer puede manejar al hombre antes... pero después... La idea del amor romántico y constante repugnaba a Byron. No se movió y se mostró muy soberbio de su resistencia.

De Ravena ella le mandó decir que estaba enferma y lo que el amor no pudo lo hizo la compasión. Don Juan se puso en camino, deteniéndose en Ferrara y otras ciudades para admirar las bellezas históricas. Aún cuando afectara indiferencia y hastío, iba de bastante buena voluntad. Las mujeres inteligentes como Clara o Lady Byron lo fatigaban pronto; despreciaba demasiado al otro sexo para pedirle compañía intelectual. Las bellas panaderas y las vendedoras de Venecia eran de una especie demasiado diversa de la suya. Pero la condesita Guiccioli juntaba a una reposante y afectuosa tontería las gracias de la mujer bien educada y logró cautivar sin mucho trabajo al eterno fugitivo. Don Juan se convirtió para ella en un enfermero fiel y hasta sentimental. «Si la perdiera—escribía—perdería a un sér que ha corrido grandes peligros por mí y a

quien tengo toda clase de motivos para amar. No sé lo que haría «realmente» si muriera; pero sé que debería matarme y espero que lo haré....»

Cuando su conquistadora conquista abandonó Ravena, la siguió a Bolonia. Se convirtió en el clásico Sigisbeo....

• • •

Clara supo toda esta historia y que Byron residía en Bolonia con Allegra. La idea de que su hija habitaba en casa de la nueva querida del poeta, mujer que no tenía por qué amarla y que acaso la odiaba, le produjo verdadero espanto. Escribió una carta apasionada para recuperarla, Byron repuso: «Repruebo tanto la educación que la familia Shelley da a los niños que creería mandar mi hija al hospital si se la enviara. O irá a Inglaterra o la pondré en un convento. No me dejará para morir de una indigestión de fruta verde o para crecer con la idea de que Dios no existe....»

Al recibir esta carta, Clara anotó amargamente en su Diario: «Carta de Lord Byron sobre la fruta verde y Dios»; pero lloró mucho. Le parecía horroroso el proyecto de internar a Allegra en un convento de monjas italianas, desprovistas de toda noción de higiene y de amor a la infancia. Dirigió a Byron cartas desesperadas, violentas, casi insolentes. Don Juan se quejó a Shelley, quien le aconsejó no hacer caso. Tenía bastante con las complicaciones de su propio hogar. El incomparable Godwin, su filósofo y suegro, lo abrumaba pidiéndole dinero y hubo de responderle:

«Mary no tiene dinero; si lo tuviera, la desdichada, se lo daría todo a Ud. Un padre semejante, quiero decir, un genio como Ud., debe tener otros temas que tratar con su hija e interceptaré sus cartas que traten de la cuestión financiera». Ariel se ponía duro.

Mary inquieta por su padre, Clara por su esposo, se exasperaban la una a la otra y la admiración común hacia el único hombre de la casa constituía un obstáculo para su mutua inteligencia. Mary hacía lo posible por que Clara se sintiera de más: ésta acabó por resignarse y aceptó un puesto de institutriz en Florencia.

XXVI

El 16 de Septiembre de 1820, Hoppner escribió a Lord Byron una larga carta refiriéndole las noticias del hogar de los Shelley que le había comunicado Elisa, la sirvienta de confianza. Clara habría tenido un hijo de Ariel, en Nápoles, en gran secreto, y las disensiones serían continuas entre los esposos y la cuñada, al punto de injuriarse groseramente por los más fútiles motivos. Byron creyó toda la historia y, aunque había prometido el secreto a Hoppner, la primera vez que vió a Shelley se la refirió y le mostró la carta del Cónsul. Percy transmitió inmediatamente el recado a su esposa, rogándole que escribiera a

Hoppner para deshacer la atroz calumnia. Mrs. Shelley lo hizo así, con lágrimas y protestas del alma.

No obtuvo respuesta.

Entre tanto, Allegra residía en un convento de Ravena, aprendía una cantidad prodigiosa de oraciones, soñaba con el paraíso y recitaba letanías de santos. Esta educación le gustaba a su padre.

Byron vivía con esplendidez. La Guiccioli lo había regenerado y tenía de nuevo el rostro fresco y radiante de juventud. Su mismo sirviente, Fletcher, engordaba, como engorda, la sombra. En la escalera de mármol ocho enormes perros, tres monos, cinco gatos, un águila, un papagayo y un halcón se armaban querellas. Las pesebreras encerraban diez caballos.

Cuando se dispuso a movilizarse con todo este equipaje, hubo en Pisa la agradable agitación que causan los soberanos en viaje. Mary le arrendó la más bella casa de la ciudad, el palacio Lafranchi y la puso en estado de recibir a su ilustre huésped. Luego llegó la Guiccioli, con su padre, el conde Gamba, y los Shelley los recibieron. Esa italiana linda y sentimental les encantó.

Por fin, apareció don Juan en persona. Toda Pisa había salido a las ventanas para ver pasar el demonio inglés con su cortejo. El desfile merecía verse: cinco carruajes, siete criados, nueve caballos, perros, monos, pavos reales e ibis. Los Shelley temían por la impresión que causaría su palacio; pero le gustó. Byron declaró muy hermosa esa residencia medio-eval. Era del siglo XVI; pero el noble Lord mezclaba siempre los estilos. Sobre todo las bodegas húmedas y sombrías le parecieron muy románticas. Las bautizó subterráneos y calabozos, hizo descender cojines y se instaló en ellas para dormir.

Desde su llegada, Byron fué el centro mundano del pequeño círculo de Pisa, Shelley siguió siendo el centro moral. Iban donde Byron por curiosidad, por admiración. Donde Shelley, por simpatía. Shelley se levantaba temprano, leía hasta las doce, Goethe, Spinoza, Calderón; después se iba a los bosques y en la soledad de los pinos trabajaba hasta la noche. Byron se levantaba a medio día, almorzaba sobriamente, paseaba a caballo y tiraba al blanco. De noche visitaba a su querida, regresaba a las once, se ponía a trabajar a veces hasta las dos y tres de la mañana.

La colonia inglesa lo buscaba. Los más puritanos no pudieron resistir mucho a un lord auténtico que les llevaba a tierra extraña un tan delicioso compendio de todas las vanidades británicas. Su deseo de escandalizar ¿no demostraba por lo demás el respeto más ortodoxo? La indiferencia es una ofensa, el desafío un homenaje. ¿No se veía que no podía vivir sin salones que visitar, mujeres que seducir, comidas que ofrecer? Todo el mundo fué muy indulgente con él, menos cuando quiso imponer a Shelley. Lo resistieron con obstinación. Shelley se aburría en sociedad y no lo disimulaba. Su moral, se decía que prefería el espíritu a la letra, que creía más en la redención que en el pecado original. La fe en la perfectibilidad del hombre es la más imperdonable: obliga a tener voluntad. La frivolidad la olfatea desde lejos y la persigue. Las mujeres realmente distinguidas trataron a Shelley como sospechoso.

El se burlaba; pero Mary quería que la invitaran. Una Mrs. Beckett ofrecía bailes «por estar afligida—decía Byron—por una carga de siete hijas, todas en la edad en que esos animales deben danzar para ganarse la subsistencia». Era una idea fija de Mary asistir a una fiesta de Mrs. Beckett. «Todo el mundo asiste»—decía. «¡Todo el mundo!» y Shelley miraba al cielo. «¡Todo el mundo! ¿Cuál es ese monstruo mitológico? ¿Lo has visto?» Para complacer a «todo el mundo», asistió a un servicio del pastor anglicano; pero predicó en contra los ateos mirándola con tal insistencia, que a pesar de todo su ardor conformista no creyó digno volver a la iglesia.

Para consolarse de estas pequeñeces, Shelley se refugiaba en casa de los Williams. Amaba a Jane, como en otro tiempo a Mary, a Harriet...; pero ya sin esperanza y casi sin deseo. Ella se prestaba a este juego romántico y acariciándole la frente lo libraba de los malos pensamientos.

* * *

Los Williams hablaron a Shelley de un amigo, Trelawny, que deseaba conocerlo y poco después fueron a hacerle visita en su compañía. Tímido, ruborizado, Shelley entró en el salón de su casa y estrechó calurosamente las manos de Trelawny, que lo miraba con sorpresa, no pudiendo creer que esa cara femenina fuera la del hombre aborrecido como un monstruo en Inglaterra y privado por el Lord Canciller de sus derechos paternales.

—¿Qué libro lee?—le preguntó Jane.

—El Mágico Prodigioso de Calderón, repuso.

—Oh! léanos...

Encantado, Shelley empezó a traducir en voz alta con una perfección de forma y una seguridad de expresión tales, que Trelawny quedó aun más sorprendido.

Terminada la lectura, levantó la vista y no divisando al lector, preguntó:

—¿Pero dónde está?

—¿Quién, Shelley? Ah! es como los espíritus: se evapora.

Al otro día, visitaron a Byron. Vestíbulo de mármol, escalera gigantesca, lacayos, perros. Trelawny, como todo el mundo, encontró que Byron tenía toda la apariencia del genio; pero su conversación le pareció extrañamente banal. Parecía incómodo, representando un papel antiguo: contaba historias de borrachos, de boxeadores, de actores e insistía mucho en que había cruzado a nado el Helesponto.

A las tres salieron a caballo y se entretuvieron en tirar al blanco. Trelawny vió con agrado que Shelley, a pesar de su aspecto femenino, tiraba como un hombre. Al volver, hablaron de literatura, de rimas ricas y Trelawny citó dos estrofas de Don Juan, conquistándose el aprecio de Byron que se puso a trotar a su lado y le dijo:

—Vamos, confiese Ud. que me creía un Timón de Atenas y está sorprendido de encontrarme hombre de mundo, dispuesto a reirme de todo...

* * *

Trelawny regresó en compañía de Shelley y Mary.

—¡Qué distinto es Byron—dijo—de lo que se esperaría! No tiene nada de misterioso, habla libremente, dice cosas que más valdría callar. Prece celoso e impulsivo como una mujer y talvez más peligroso.

—¡Mary!—dijo Shelley—Trelawny ya ha desenmascarado a Byron. ¡Qué tontos hemos sido! ¡Cuánto tiempo nos ha costado!

—Es que—repuso Mary—Trelawny vive con los vivos y nosotros con los muertos.

XXVII

Marino, aventurero, hombre de acción, Trelawny llegó a Pisa dispuesto a admirar a los grandes hombres y luego fué objeto de viva admiración de parte de ellos. Ciertamente que a sus espaldas Byron decía:

—Si le enseñáramos a lavarse las manos y no mentir haríamos de él un «gentleman».

Pero lo trataba con gran respeto. Como todos los artistas, Byron y Shelley sólo creaban bellas formas para consolarse de no poder *vivir*. Y el hombre de acción se les aparecía como un fenómeno extraño, envidiable.

Shelley lo consultaba sobre términos náuticos y dibujaba con él, sobre las arenas de las riberas del Arno, quillas, velas y cartas marinas.

—Erré mi destino—decía—Debí ser marinero.

—No puede ser marino un hombre que no fuma ni blasfema—respondía Trelawny.

Byron, corsario de imaginación, habría querido que el corsario verdadero le enseñara las costumbres de la profesión y en su presencia se esforzaba por demostrarse audaz y cínico. Trelawny, que advirtió su influencia, se propuso utilizarla en favor de Shelley.

—¿Por qué no habla Ud. en sus obras de Shelley—dijole un día—como lo ha hecho con otros de menos talento?

Byron recibió mal la insinuación:

—Todos los oficios tienen su secreto—repuso—y si elogiamos a un autor popular nos paga en la misma moneda. ¡Pero Shelley! ¿Quién lo lee? Por lo demás, si renunciara a la metafísica no necesitaría ayuda de nadie.

—Pero ¿por qué sus amigos lo tratan mal? Ni siquiera lo saludan en su casa...

—Es que no es cristiano.

—¿Y ellos?

—Pregúnteselo.

—En cuanto a mí—dijo Trelawny—si encontrara al diablo en su casa de Ud. lo trataría como a uno de sus amigos.

El peregrino lo miró severamente para ver si la comparación era intencio-

nada; luego acercando su caballo, murmuró a su oído con un aire de tenor y respeto perfectamente simulado:

—El Diablo es de estirpe real.

* * *

Con los Williams, Trelawny hablaba francamente:

—Se diría que Byron envidia a Shelley, a pesar de que su editor tiene que llamar policía cuando aparece un nuevo canto de Childe-Harold, mientras a Shelley no lo lee nadie; Byron tiene la fortuna, la nobleza, el amor y la gloria...

—Sí—respondía Williams—pero Byron es el esclavo de sus amores y de cualquier mujer un poco resuelta. Shelley, es su cáscara de nuez, se atraviesa en la corriente de Arno y la corriente no se lo lleva. Tiene ideas firmes y doctrinas. Byron, no. Lo sabe y no le perdona a su amigo su firmeza. Vea con qué tono triunfal habla de las desdichas de Shelley...

—Byron—dice Jane—es un niño regalón. No ama a los hombres. Shelley los ama demasiado. Ninguno los conoce.

—Lo terrible—añadió Trelawny—es que Shelley carece del instinto de conservación en absoluto. El otro día se lamentaba de no saber nadar, mientras yo me bañaba en el Arno.—Ensaye—le dije—poniéndose de espaldas. Se desnudó, se tiró al agua, se puso de espaldas y se fué al fondo. No se movía. Si no lo saco, se ahoga.

Jane suspiró: no ignoraba que la idea del suicidio obsesionaba al poeta.

—Pero no parece desdichado.

—Porque se refugia en los sueños. En la realidad, sus libros sin lectores, su hogar imperfecto, su impotencia para influir... ah! la vida debe parecerle una pesadilla!

—Cree en una existencia futura—decía Trelawny.—Los que lo creen ateo lo desconocen. Ya renegó de la filosofía francesa del siglo XVIII, Platón y Dante han vencido a Diderot. Pero no se retracta... Yo le preguntaba:—¿Por qué se dice ateo? Lo perjudica tanto en sociedad... Y me ha contestado: Es un diablo de cartón para asustar a los imbéciles.

Así discurría el coro unánime y talvez no veían que su adoración por Shelley provenía en gran parte del fracaso temporal de éste. Al hombre le gusta más admirar lo que compadece que lo que envidia. Encuentra en el espectáculo de un fracaso innmercedo agradables argumentos para explicarse su propia suerte. Y la mezcla de la admiración y la piedad constituye una de las más seguras recetas para producir el afecto. Los Williams y Trelawny habrían necesitado mucho más modestia para amar al brillante Byron como amaban al pobre Shelley.

* * *

Mientras los discípulos hablaban del maestro ausente, él trabajaba en el bosque de pinos que rodea a Pisa. Allí, el viento del mar había derribado un

grande árbol sobre un estanque y en ese tronco suspenso sobre la ribera, como un pájaro salvaje, había formado Shelley su nido. Desde lejos se divisaba su antro, sembrado de hojas de papel esparcidas por el suelo con estrofas inconclusas.

Cuando en su ensueño olvidaba la hora de comer y su propia existencia, Mary iba a buscarlo. Trelawny la acompañaba; se había constituido en el caballero de esa mujer abandonada y le hacía una corte de pirata que la divertía mucho. Fatigada, solía sentarse a la entrada del bosque y Trelawny partía a caza del poeta. Un día lo encontró tan absorto en su visión lejana que no se atrevió a despertarlo sin haber llamado antes su atención haciendo sonar las hojas secas y quebrando ramas de pinos. Recogió un Esquilo, un Shakespeare, luego un papel garabateado: «A Jane, con una guitarra...» Pero sólo pudo descifrar dos versos:

Ariel to miranda. Take this salave
of music...

—Eh! ¿Esta es su sala de trabajo?

—Sí. Y los árboles mis libros. Al componer, necesito mi atención y las puertas, las campanillas, los pasos me disuelven mis visiones.

—Aquí están el río, los pájaros...

—El río corre como el tiempo y los sonos de la naturaleza apaciguan. Sólo el animal humano es disonante y me incomoda. Oh! qué difícil es concebir por qué estamos aquí, perpetuos tormentos los unos para los otros!

Trelawny le recordó que su mujer lo esperaba. Se levantó de un salto, suspirando:

—Pobre Mary! No puede soportar la soledad ni yo la compañía... Una viva uncida a un muerto.

Y partió con su paso rápido, deslizante, de espíritu de los bosques.

XXVIII

Byron había prometido llevarse a Allegra a Disa; pero no lo hizo y Clara que llegó de Florencia a verla, tuvo terribles presentimientos al saber que su hija estaba en el convento de las monjas de Bagna-Cavallo, antihigiénicas y duras. Se lo escribió a Byron, le prometió no verlo nunca más, ni a él ni a la niña, si se la llevaba a algún buen colegio de Inglaterra; pero don Juan se mostró indiferente e inflexible. La desesperación de Clara llegó a tal punto, que Shelley se la llevó a la costa, con los Williams.

Allá mandaron construir un yacht, que bautizaron Don Juan, en honor de Byron, el cual, por su parte, encargó otro mayor, que llamó Bolívar. Los dos se consideraban ya señores del Mediterráneo. Sus mujeres detestaban semejante diversión.

Doco después, Shelley recibió carta de Byron. Allegra había muerto. Se declaró una epidemia y las monjas no tomaron ninguna precaución.

Temerosos de que Clara cometiera alguna violencia si estaba cerca del poeta, se la llevaron lejos para anunciarle la terrible noticia. Su dolor no tuvo límites. Escribió al padre una carta atroz. Byron repuso que haría grandes funerales. Resolvió enterrar a su hija en Inglaterra, en una iglesia de Harrow, con esta lápida:

A LA MEMORIA DE ALLEGRA

hija de Jorge Gordón Lord Byron, muerta
en Bagna-Cavallo, el 20 de Abril
de 1822, a los
cinco años y seis meses de
edad.

«Iré a ella, pero ella no ven-
drá nunca a mí...»
(*Samuel, XIII-23*).

El vicario de Harrow encontró inmoral admitir una hija ilegítima y resolvió sepultarla fuera de la iglesia, sin inscripción alguna.

Byron visitó después el Convento de Bagna-Cavallo y escribió una hermosa poesía sobre el tema de la muerte de su hija, a quien nunca fué a ver.

Shelley y sus amigos habitaban juntos Casa Magni, cerca del mar. Mary, de nuevo en cinta, sufría mucho y tenía pequeñas rencillas con Jane a propósito de los criados y de las cacerolas. Su esposo la compadecía sinceramente; pero no remediaba nada. Seguía tan ignorante como siempre de la realidad.

Todos los meses iba a Livourne a recoger sus rentas. Volvía con un saco lleno de monedas que vaciaba en el suelo, de un golpe. Luego, con las tenazas de la chimenea, formaba tres montones: uno para los gastos de la casa, otro para Mary, otro para él. Este último, a pesar de sus promesas, iba a parar casi íntegro a manos de Godwin, de Clara, de los Hunt, de cualquiera.

Un día Mary había invitado a comer a Casa Magni a dos personajes ingleses notables, deseosos de conocer al poeta. A la hora de comida, Shelley no había aparecido y se sentaron a la mesa sin él. De pronto una de las señoras lanza un grito:

—Oh! bondad divina!

Mary, volviéndose, divisó a Shelley completamente desnudo que atravesaba el comedor disimulándose detrás de la sirvienta.

—¡Percy, es posible!

Fatal imprudencia: sintiéndose acusado injustamente, Shelley abandonó su refugio y se acercó a la mesa para disculparse. Las señoras se tapaban el rostro con las manos. Sin embargo, estaba encantador, con los cabellos llenos de al-

gas, el cuerpo frágil y húmedo, perfumado de sales marinas. Pero a Mary le horrorizaban esos incidentes.

* * *

Shelley y los Williams esperaban con impaciencia de niños el arribo del yatch. Después de la muerte de Allegra, escribieron a Génova para que le quitaran el nombre de Don Juan y le pusieran Ariel. Todo lo de Byron les causaba horror. Su sorpresa y su cólera no tuvieron límites cuando llegó el pequeño navío y leyeron en sus velas: «Don Juan», en letras enormes. Byron, informado del cambio, ordenó que mantuvieran el sello diabólico en la barca platónica. Con agua tibia, jabón, brocha, Shelley y Williams trabajaron por lavar de infamia la tela. Fué inútil. Ensayaron ácidos. Nada. Consultados algunos especialistas, dijeron que sería necesario cortar el pedazo y recoserlo. Así se hizo.

El capitán genovés que llevó la barca la encontraba buena, rápida, pero difícil de manejar con mal tiempo. Williams y Shelley, entusiastas incompetentes, habían impuesto un modelo regio cuya línea elegante les encantaba y se necesitaron dos toneladas de plomo para equilibrarlo. Aun así era inseguro.

Los propietarios de Ariel querían tripularlo con un solo grumete. Williams había estado tres años en la Marina inglesa; Shelley, torpe, pero con buena voluntad, pretendía secundarlo. Se enredaba en los cordajes, leía a Sófocles teniendo la barra del timón, a cada instante resbalaba sobre cubierta, estaba a punto de caer al agua. Trelawny les aconsejó que contrataran un buen marinero, conocedor de la bahía. Williams se sintió muy ofendido. Era capitán y tenía a Shelley.

—¡Shelley! No hará nada mientras no se corte los cabellos, no tire los trágicos griegos por la borda y no meta los brazos hasta el codo en un tonel de alquitrán.

El Ariel, por exceso de calado, no podía acercarse a la playa. Construyeron una minúscula canoa de madera y tela de buque, ligera cáscara, juguete delicioso. Una tarde Shelley invitó a Jane a pasear en la navecilla con los niños.

—Con un poco de precaución habrá sitio para todos—dijo.

Ella se apelonó al fondo. Los bordes bajaron casi a flor de agua. Un movimiento brusco y naufragaban. Pero pensó que sólo irían por la orilla. Encantado del paseo, Shelley lució su habilidad de remero alejándose de la ribera y luego estuvieron a la distancia. Allá el poeta cayó en profundo ensueño. Jane, aterrada, le dirigió suavemente algunas preguntas. No respondía. De pronto, levantó la cabeza, como iluminado y dijo:

—Vamos a resolver juntos el gran misterio.

Si Jane hubiera gritado, ella y sus hijos se perdían. Shelley habría hecho un movimiento brusco. Ligera, alegre, repuso:

—No, gracias; querría comer antes y acostar a los niños.

Como Shelley insistía, ella, sintiendo pasar el ángel de la muerte, agregó:

—Además Ud. no ha escrito las palabras del himno indio que me prometió.

Este argumento convenció al marino y remó hacia la playa. En cuanto se vió cerca de la arena, Jane saltó con sus niños tan aprisa que la canoa se dió vuelta y quedaron debajo.

—Jane ¿estás loca?—dijole su marido.

—No, al contrario. ¡Buena escapada! Ah! es un sepulcro horrible... Nunca más pondré los pies en él. Resolver el gran misterio... El más grande de todo es el mismo... Querría irme; vivo en continuo terror.

Pero el rostro infantil del poeta parecía radiante e inocente. Nada perturbaba su dicha en aquella tarde de otoño. Gustábale, por las noches, navegar en el Ariel al claro de la luna. Mary, sentada a sus pies, la cabeza entre sus rodillas, recordaba que diez años antes habían cruzado así el canal de la Mancha. ¡Qué de acontecimientos desde entonces! ¡Y cuánto más sutil, y más traidora era la vida de lo que ellos habían imaginado!

Sentada a popa, Jane cantaba una serenata indú en su guitarra. Shelley miraba al cielo apacible de Junio, las franjas brillantes de las nubes bajo la luna. Su carne se disolvía en los perfumes tibio de la noche. Era un vapor extático. una voz deliciosa. Dejando la tierra por las formas fluídas y puras de sus sueños, se sostenía en los espacios gracias a la música divina, a los vapores transparentes, a los impalpables fantasmas. Sabía la existencia de otro universo, rudo e inflexible; pero en las altas regiones por donde bogaba sólo existía la dulzura ondulante, el canto líquido e invisible; el movimiento de las esferas luminosas, y nada, nada, ni celos de mujeres, ni querellas políticas, ni pequeñeces de dinero podían perturbar su increíble dicha.

EPÍLOGO

Hacía tiempo que Shelley quería llamar a Italia a sus amigos Hunt, a quienes sus acreedores y sus enemigos políticos perseguían en Inglaterra. Les ofreció pagarles el viaje; pero como sus recursos no le permitían costearles la subsistencia—eran siete personas—consiguió con Lord Byron que fundaran un diario liberal y alojara a la tribu en el piso bajo de su palacio de Pisa.

A principios de Junio de 1822 llegaron a Livornia. En el puerto los esperaban Shelley y Williams en el Ariel y Trelawny en el Bolivar. Debían regresar inmediatamente; pero retardaron el viaje y en la mañana del 8, Shelley resolvió embarcarse con Williams y un grumete.

El capitán Roberts les pronosticó mal tiempo y a poco de haber zarpado estalló, efectivamente, la tempestad.

Al otro lado del golfo las mujeres esperaban inquietas. Llovía sin cesar. Y pasaron así el Lunes, el Martes, el Miércoles. Ese día el patrón de una barca les dijo que el Ariel había partido tres días antes. No le creyeron. En la tarde llegaron cartas, una de Hunt para Shelley:

«Díganos cómo ha llegado, porque había tan mal tiempo el día de su partida que no estamos tranquilos...»

La carta se le cayó de las manos a Mary. Jane la recogió y dijo:

—Todo está perdido.

Cinco días más tarde se encontró en la playa de Viareggio un cadáver horriblemente mutilado por los peces. Llevaba en los bolsillos un tomo de Sófocles y otro de Keats, todavía abierto, como si el lector, sorprendido por la tempestad, lo hubiera metido allí precipitadamente.

* * *

Mary quería que enterraran a Shelley en el cementerio de Roma; pero los reglamentos sanitarios no lo permitían y Trelawny sugirió la idea de quemar los cadáveres en la playa, al modo de los antiguos griegos. Byron fué llamado para presenciar la ceremonia fúnebre.

Desenterraron los cuerpos de su sepulcro de arena y los arrojaron en una gran pira hecha de pinos. El calor hacía temblar el aire. Al cabo de tres horas, el corazón de Shelley, de un tamaño enorme, no se había consumido aun; Trelawny, mediante unas tenazas, recuperó esa reliquia. El cráneo se abrió por sí solo y dentro la masa encefálica hervía como en una caldera.

Byron no pudo soportar el espectáculo. Se quitó la ropa, echóse al agua y nadó desnudo hasta el Bolívar, anclado en la bahía. Trelawny recogió las cenizas y los huesos blanqueados y los depositó en una urna de encina forrada en terciopelo negro.

* * *

¿Cuál fué la suerte de los personajes de esta historia?

Sir Timothy Shelley vivió hasta los 90 años y fijó una pequeña pensión a Mary, a condición de no publicar las poesías de su esposo mientras viviera el baronet.

A su muerte, Percy Florence heredó la fortuna y el título.

La desdicha unió a las dos viudas, Mary y Jane. Vivieron juntas en Italia y en Londres. Los amigos de sus maridos eran tan fieles que Trelawny pidió la mano de Mary y Hogg la de Jane. Mary rehusó, alegando que encontraba demasiado hermoso el nombre de Mary Shelley. Jane aceptó; pero en el momento del matrimonio confesó que nunca había sido casada con Williams y tenía un marido, en alguna parte, en las Indias, lo cual no fué obstáculo para que ambos vivieran juntos, en perfecta armonía, sin mayor ceremonia.

Clara se quedó en el continente y fué institutriz en Rusia. A la muerte de sir Timothy, heredó una importante suma que le había legado Shelley y que le sacó de la miseria.

Mientras avanzaban en años, las tres mujeres tenían frecuentemente rencillas a propósito del muerto. Jane pretendía que durante los últimos meses, en Pisa y

Casa Magni, Shelley no la había amado sino a ella. Mary se fastidió y dejaron de visitarse.

Clara preparaba un libro para demostrar, con los ejemplos de Shelley y Byron, como era necesario para la felicidad tener sobre el amor ideas vulgares; pero se le trastornó un poco la cabeza y hubo de reposar mucho tiempo. Vivió en Florencia y se convirtió al catolicismo.

Hacia 1879, un joven que buscaba documentos sobre Byron y Shelley le hizo una entrevista. En cuanto pronunció aquellos dos nombres, vió aparecer entre las arrugas de la anciana señora una de esas sonrisas de muchacha, tímidas y llenas de promesa que la habían hecho encantadora a los veinte años.

—Vamos—dijo—Ud. creerá, como todos, que yo amé a Lord Byron.

Y como él la mirara sorprendido:

—Amigo—agregó—llegará un día en que Ud. conocerá mejor el corazón de las mujeres. Byron me deslumbró; pero nunca lo amé. Habría podido amarlo; pero no fué así.

Hubo un largo silencio.

—Entonces, señora ¿Ud. no ha amado nunca?

La anciana enrojeció y bajó la vista.

—¿Shelley?—murmuró él con voz imperceptible.

—¡Con toda mi alma y todo mi corazón!—dijo la señora, apasionadamente, sin levantar los ojos.

Luego, con encantadora coquetería, le dió una palmada en la mejilla.

ANDRÉ MAUROIS.

—¿Qué quieres, Shelly? ¿No te has dado cuenta de que estás hablando con un hombre que no te conoce?

—¡Claro que sí! Pero ¿qué importa? ¿No te has dado cuenta de que estás hablando con un hombre que no te conoce? ¿No te has dado cuenta de que estás hablando con un hombre que no te conoce? ¿No te has dado cuenta de que estás hablando con un hombre que no te conoce?

—¡Vámonos! ¡Vámonos! ¡Vámonos! ¡Vámonos! ¡Vámonos! ¡Vámonos! ¡Vámonos! ¡Vámonos! ¡Vámonos! ¡Vámonos!

—¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly!

—¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly!

—¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly!

—¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly!

—¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly!

—¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly! ¡Shelly!